



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

SARMIENTO, EN LA EPOCA DE SU ASCENSO A GENERAL

A
OS
1939

CURSOS Y CONFERENCIAS

AÑO VII—Nos. 7-8
VOLUMEN XIV
EDICION DE
FEBRERO 1939
BUENOS AIRES

74

La Argentina que soñó Sarmiento



Por JOSE P. BARREIRO

Conferencia pronunciada en el Círculo de la
Prensa de Córdoba, el 30 de julio de 1938.

ESTE LIBRO NO SE PUEDE VENDER

A LA QUERIDA MEMORIA DE ANIBAL PONCE

He aquí una vida que provoca en nuestro espíritu emociones de fábula. En la intimidad constante que los argentinos hemos ido adquiriendo con ella desde el día en que se apagó, y a medida que mejor escudriñamos las facetas poliédricas del personaje, más nos asombran sus rasgos y más nos enorgullecemos de podernos proclamar sus compatriotas. Es una vida de leyenda, arrojada por la Providencia a este pedazo del mundo —como hubiese dicho él—; acaso para servir de argumento, sin posibilidades de superaciones, en esta hora de las grandes novelas biográficas y de los impresionantes "films" históricos.

En su patria nadie se ha cansado de estudiarle y de exhibirle desde el día en que Aristóbulo del Valle, Pellegrini y Groussac hablaron sobre su tumba recién abierta. Ingenieros, Lugones, Joaquín V. González, Rojas, Carlos Octavio Bunge, entre los hombres de las generaciones maduras; Alberto Palcos y Aníbal Ponce, entre las expresiones de las generaciones nuevas, gastaron unos y

otros, muchas horas de sus jornadas en la tarea de burilar la apología que fuera, digna de sus méritos. Españoles como Azorín y como Unamuno proclamaron su grandeza.

Un brillante camarada de periodismo —Alberto Gerchunoff— nos ha explicado la emoción con que vió, en los estantes de la Universidad de Leipzig, el “Facundo”, al lado del “Quijote”, como expresiones pares del talento castellano. No se había equivocado, pues el padre de aquella obra maestra, cuando afirmó en uno de sus arrebatos de egolatría, que su “Facundo”, así como así, con todos sus defectos, con todas sus imperfecciones, lo amaron sus contemporáneos y lo agasajaron todas las literaturas extranjeras”.

¿Qué podríamos decir, nos hemos preguntado, en este homenaje que el Círculo de la Prensa de Córdoba ha organizado en honor del más grande de los periodistas argentinos?

Hay en el maravilloso caudal de sorpresas y de revelaciones que nos ofrece esta vida, vetas donde por mucho tiempo nadie se cansará de bucear, sin extraer su mineral miliunochesco. Precisamente, hace pocos semanas, en París, un jurado del que formaba parte nada menos que André Maurois, premiaba a Marcel Carayon —uno de los hispanistas más prestigiosos que actúan en el escenario intelectual de Francia— por haber dedicado a nuestro compatriota, en las aulas de la Sorbona, los honores de un verdadero curso sobre “Sarmiento y la formación de la conciencia argentina”.

¿Qué mejor homenaje a Sarmiento que exhibir, entonces, como en un noticiario cinematográfico, como en una historieta de bocetos breves, algunos de sus capítulos, más audaces o más sencillos, más ingenuos o más prodigiosos, sobre el miraje que se forjó de la Argentina y de su destino para acelerar el ritmo de su superación y de su construcción?

Es lo que intentaremos en esta jornada.

UN VIEJO EPISODIO REVELADOR

Hay un episodio de 1826 que exhibe inequívocamente al constructor en potencia. Nuestro héroe tiene apenas 15 años. Exilado en San Luis, recluso en aquel villorrio humildísimo de San Francisco del Monte, al lado de su tío el prebitero José de Oro, se impresiona de la situación de atraso en que viven los habitantes

de aquel pueblo. Era, en efecto, deplorable el estado intelectual de aquellas gentes, habría de evocar Sarmiento cuarenta años después, al lado de Bartolito Mitre, en Nueva York. No había una escuela a treinta leguas a la redonda, e ignoraba, todavía, después de cuatro lustros, si existiera alguna escuela pública en la provincia. Hombres de familias antiquísimas —decía Sarmiento— como los Becerra, los Camargo, los Quirogas, los Gaticas, jóvenes a quienes apuntaba la barba, herederos de grandes fortunas, no sabían leer. En ranchos miserables, Sarmiento vió beldades que hubiesen llamado la atención en Buenos Aires.

¿Qué hace Sarmiento frente a ese espectáculo que lo impresionó, sobre todo teniendo en cuenta que él venía de San Juan donde el cuadro era otro, como se veía, según su paralelo, en el garbo andaluz de la mujer, en la elegancia de sus trajes, en la agricultura, en el cultivo inteligente de las viñas, del olivo, de los cereales, en su propia población aglomerada?

Sarmiento, como acabamos de explicar, es un adolescente. Es apenas "el chico del cura", como lo llaman en los alrededores. El panorama mental y moral de esa gente lo ha impresionado. ¿Qué es lo que podía hacer el sanjuanino entre los médanos de aquellas regiones inhóspitas?. La precocidad de su voluntad y de su espíritu elaboran un remedio que tiene algo del candor de la ofrenda que el titiritero formulaba a la virgen, en el hermoso cuento de Anatole France.

El adolescente prepara bailes para que el cura Oro pudiese reunir a sus feligreses dispersos "e influir con su presencia a limar un poco la rudeza de las costumbres que tenían los pobladores, descendientes de familias nobiliarias españolas, entre los que se contaban hermanos de San Ignacio de Loyola, que en el aislamiento de las estancias habían perdido hasta la cultura de los modales antiguos".

Crea con su tío una escuela de ambos sexos, deja trazada con su tío una plaza triangular y un villorrio. Pero no es solamente la pequeña escuela, las líneas triangulares de la plaza y el esquema del villorrio lo que el sobrino del cura habría de dejar como saldo de su paso por aquellas desoladas regiones.

Casi medio siglo después, alguien le hace una síntesis emocionada de toda esa labor humilde, anónima y benemérita:

“Soy, —le escribe don Gabriel Arce— del séptimo departamento de la provincia, cuya capital es San Francisco del Monte, donde usted estuvo ejerciendo su ministerio sagrado, educando a nuestros padres, que entonces eran niños. Su nombre se recuerda allí con frecuencia... No ha progresado en lo material, pero sí en el orden intelectual. Sigue todavía en movimiento la máquina educacional, merced al impulso que Vd. le dió, y hoy se rescatan anualmente dos mil niños a la vida salvaje que Vd. alcanzó en aquellos desgraciados tiempos.

Todo está cambiado hoy, las costumbres, el método de vida, hasta la manera de vestir de aquellas gentes, sin que se vea ya la clásica bota de potro o el calzoncillo con fleco”.

La carta finalizaba con esta revelación sugestiva. “¡Hasta un pariente de Quiroga viste según el uso moderno...!”

EL SECRETO DE LA “GODOFOBIA”

Pero el destierro es la fuerza que lo alecciona. Tiene razón Stefan Zweig cuando ha dicho que el destierro es el tónico de los grandes temperamentos. ¡Cómo sueña este hombre en el destierro! Lee ávidamente. Se va enterando poco a poco de los nuevos milagros de la civilización. El vapor, el telégrafo, el ferrocarril, las conquistas de la mecánica, la sobriedad republicana de la vida moderna, todo lo catequiza. Imaginativamente, se va identificando con todo ello. Como él lo confiesa en 1849 en uno de sus artículos contra Rosas, “se forma mil castillos de todas las grandes cosas que realizaría en el país con el concurso de todos sus compañeros”.

Y así, cuando se concreta en su vida la ambicionada oportunidad de sus Viajes, estos viajes no son para él un camino de Damasco. Casi no tienen revelaciones. Al contrario. Es como si recorriera un camino ya andado, un sendero familiar. Ha presentido todas las cosas que va a contemplar. Las ha leído en los libros, en los periódicos que el azar ha llevado a su curiosidad de autodidacta. Con paso firme, sin vacilaciones, sabe donde debe encaminar sus andanzas de peregrino, comprende en que lugares debe circunscribir su fiebre de observación y de asimilación, y tenerlas en cuenta para el momento en que sea necesario actualizarlas en la

Argentina. Por eso, es implacable con España. Cruza España y de la primer ojeada, fija, en un cuadro clínico, porque cuadro clínico es aquella su carta al chileno Lastarría, la situación de rémora y de destiempo en que España vive: "dando las doce cuando todos los relojes marcan las cinco".

"Si yo hubiera viajado por España en el siglo XVI —decía— mis ojos no habrían visto otra cosa que lo que ahora ven. Las producciones de España son los productos de los pueblos primitivos. Ninguna industria se ha introducido en tres siglos, salvo la fabricación de malísimas pajuélas fosfóricas. Ninguna ciudad nueva se ha levantado; ninguna villa se ha hecho ciudad. No hay marina nacional. No hay caminos, sino dos grandes vías. Sus carruajes son sui-generis. No hay educación popular. No hay colonias. La imprenta y el grabado han decaído como las ciudades: hoy se imprime peor en España que dos siglos atrás. No hay grabadores.

Esa impresión de atraso técnico, de involución, que Sarmiento recoge en España es lo que explica su godofobia.

A Francia lo llevan sus ambiciones intelectuales y espirituales. Quiere conversar con sus grandes hombres de letras y con sus grandes políticos. Realiza los dos objetivos. Conversa con Guizot y con Thiers. M. de Mazades proclama en las páginas de la "Revue des deux Mondes" la grandeza de su Facundo.

Pero, su incursión por Norte América es lo fundamental, lo que habría de perdurar en el alma y en el cerebro del constructor: significa para él una asimilación de conocimientos superior a la lectura de mil libros.

ESTADOS UNIDOS. EL PAIS ALECCIONADOR

No se equivocaba, en sus últimos días de permanencia en París, cuando revisando su bolsa y hallando tan sólo en ella unos seiscientos duros, formulara las más desesperantes lamentaciones, frente a la posibilidad de que la escasez de recursos le impidiera llegar a la tierra de Washington. "¡Maestro de escuela, en viaje de exploración por el mundo para examinar el estado de la enseñanza primaria —se decía— ¡y regresar a América sin haber inspeccionado las escuelas de Massachussetts, las más adelantadas del mundo!" "A caza de datos sobre la inmigración —agregaba con

el mismo tono melancólico—, ¿cómo podría darse cuenta de ella sin visitar los Estados Unidos, a donde se dirigen todos los años doscientos mil inmigrantes?” “Republicano —monologaba después—, ¿cómo volvería sin haber visto la República única, grande y poderosa que existía sobre la tierra?”. Ello lo amargaba más que no ver la Inglaterra, ni el Támesis, ni las fábricas de Birmingham o de Mánchester, o los bosques de mástiles de los “docks” de Liverpool.

El nuevo panorama lo emociona y lo deslumbra. El sanjuanino observa todo y lo explica todo, exhuberantemente, a pesar de haber manifestado que sólo dos cosas —claro está que fuera del problema educacional— le han hecho desear inspeccionar personalmente los Estados Unidos: “La colonización y la práctica del sistema electoral; es decir, el modo de poblar el desierto y la manera de proveer el gobierno de la sociedad”.

Se siente de inmediato atraído por los problemas concretos, por los adelantos notorios de la técnica, por las estadísticas y las cifras, aunque algunas veces se pierda divagando al observar la libertad social de la mujer, la tendencia hacia el “flirt”, las expansiones sentimentales y afectivas que los enamorados suelen ofrecer indiscretamente en público, o cuando en diez extensas páginas hace la apología del hotel de San Carlos de Washington, en cuya amplitud, confort y magnificencia cree descubrir que se realiza el concepto “falansteriano” de Fourier.

“He aquí — dice asombrado— al pueblo-rey que construye palacios para reposar la cabeza una noche bajo sus bóvedas”.

Pareciera que el sanjuanino quisiera replicar con ese descubrimiento el concepto desgarrado del versículo bíblico: “Sólo el hijo del hombre no tiene una miserable piedra donde reclinar su cabeza”.

Visita todas las grandes ciudades y atraviesa o sigue los límites de veinte de los más ricos Estados. Llega hasta Newton East, tan sólo para dialogar dos días consecutivos con Horacio Mann. Todo lo observa, todo lo anota, para contárselo después a don Valentín Alsina, en sus cartas kilométricas. Geografía, mares, ríos, navegación interior, los caminos de hierro, la transformación prodigiosa de Pittsburg, que en 1800 tenía apenas 45 mil habitantes y que 45 años después albergaría 2 millones, sus extraor-

dinarios depósitos de carbón de piedra, el espíritu de publicidad que está implícito en cada comerciante, los vicios individuales, el caos religioso, la geografía moral, el telégrafo, la distribución de las tierras, que le hace evocar el pensamiento de Rivadavia, los sentimientos políticos, los bosques, la marina, la inmigración europea, el juicio por jurado, etc., ¡Todo lo mira con las pupilas deslumbradas de quien ha presenciado el advenimiento, mientras el vuelo de sus ambiciones le hace desear que se acorten las distancias para el día que pueda aplicar en su país tanta observación asimilada!

Sólo dos o tres cosas le obligan a trazar un paréntesis a su exaltación admirativa. Sobre todo, la esclavitud mantenida en los Estados del Sud. “¡Qué fatal error —dice Sarmiento— fué el de Washington y el de los grandes filósofos que hicieron la declaración de los derechos del hombre, al dejar a los plantadores del Sur sus esclavos!”.

“La esclavitud —agrega— es una vegetación parásita que la colonización inglesa ha dejado pegada al árbol frondoso de las libertades americanas”. Sin embargo, 16 años después, cuando su fracaso gubernativo en San Juan lo lleva nuevamente a los Estados Unidos —esta vez como plenipotenciario argentino— tiene la satisfacción de apreciar, con sus propios ojos, cómo Lincoln estaba destrozando esa vegetación parásita y dedica años después al emancipador, como homenaje póstumo, algunas de sus páginas más conmovidas.

EL REGRESO DE UN HOMBRE DE GOBIERNO

Europa y Norte América, especialmente Norte América, demuestran a su espíritu observador y realista cómo el maquinismo, la escuela, la colonización, la democracia, han terminado por liquidar un ciclo histórico: el ciclo del feudalismo. Donde no han entrado esas conquistas —España, por ejemplo—, hay una parte del mundo que vive anacrónicamente, fuera de hora. Es la gran observación con que regresa a América y cuando reanuda su campaña contra Rosas ya tiene nuevos elementos de juicio para vigorizar más implacablemente aún, la delimitación rigurosa que al trazar la biografía de Facundo ha hecho de la civilización y de la barbarie.

Retorna con la jerarquía mental de un verdadero hombre de gobierno y, psicológicamente, con un caudal de ambiciones que, de acuerdo a la modalidad de su espíritu, no atenúa ni oculta a nadie. Quiere gobernar el país, indiscutiblemente. Para eso ha observado, ha estudiado y ha aprendido. Lo demuestra aquel artículo de 1849 en el que traza un paralelo de lo que es la Argentina gobernada por Rosas y lo que quería si fuera gobernada por él.

Las vías ejecutivas —según el paralelo de Sarmiento— se utilizaban para el exterminio de sus enemigos, “mientras Sarmiento que no ha muerto una pulga, sostiene que las vías ejecutivas se han de emplear para activar la inmigración, para permitir la navegación de los ríos, para establecer correos y para convertir en diez años aquel desierto que se llama Confederación Argentina en un estado rico y poderoso”.

El paralelo es largo. Sarmiento está seguramente en una tarde feliz, pues su estilo lejos de ser iracundo tiene chispazos volterrianos. Rosas sostiene que debe arruinarse a los actuales vecinos, aniquilar a los gauchos con la guerra permanente con todos los pueblos, para que los hijos de los extranjeros regeneren al país. Sarmiento —dice él mismo—, cree, por el contrario, que al mismo tiempo que se protege la inmigración europea debe darse educación a los actuales habitantes, abrirles el comercio, darles garantías y seguridad a fin de que no se embrutezcan. Para demostrar que lo que el despotismo no puede hacer en un siglo lo hace en un año la libertad de acción de los individuos, Sarmiento presenta a Rosas el ejemplo de Norte América donde la riqueza se dobla todos los años, donde hay 138 caminos de hierro, veinte mil navés en los ríos, y máquinas y poder, “mientras que en la Confederación gracias a que don Juan Manuel se ha reservado el derecho de hacerlo y de quererlo todo, la pobreza aumenta, la barbarie crece, los campos se despueblan, los indios los saquean, el comercio se destruye, ninguna nueva ciudad se funda, y todos lo pasan mal, excepto el de don Juan Manuelito que la pasa perfectamente bien...”.

Sarmiento prosigue el paralelo en el mismo tono y como ese día se encuentra optimista y cordial, cierra su artículo con una confesión y un augurio. Confiesa que envidia el puesto que ejerce Rosas y augura “que se propone suplantarlo dentro de diez años, para

lo cual se forma ya mil castillos de todas las grandes cosas que habrá de realizar con el concurso de todos sus compatriotas''. El augurio se cumple recién en 1868, pero se cumple...

SU LECCION EN EL EJERCITO GRANDE

Así es que cuando el pronunciamiento de Urquiza determina su incorporación al Ejército Grande, él ya tiene madurado su plan. Si se le hubiera concedido mayor trascendencia a su obra, a su Facundo, a sus panfletos, a sus requisitorias, al espíritu de observación atesorado en sus Viajes, si al día siguiente de Caseros se le hubiera entregado a él como una ínsula, cualquier pedazo del país, la acción del constructor habría comenzado instantáneamente. Pero Urquiza no estaba en ánimo de concederle jerarquía a esa periodista que se le antojaba pendenciero y jactancioso. Para que tuviese en qué ocuparse, le dió el Boletín, la imprenta y el grado de teniente coronel. ¡Allá él, con sus ínfulas!, se habrá dicho. Sarmiento se lo perdonó recién veinte años más tarde. No creemos que haya sido solamente por el problema de su vanidad política e intelectual herida, sino por el fracaso que ello importaba para sus mejores ensueños. Había pasado los últimos quince años aprendiendo la ciencia de construir su país, y cuando podía rendir examen de ello, se le apartaba despreciativamente...

Sin embargo su actuación en el Ejército Grande le da oportunidad para una de sus demostraciones didácticas. En cualquier sitio levanta su cátedra, con cualquier motivo pronuncia su lección, ya para convencer con esos arrebatos de iluminado, ya para gravitar por simple acción moral de presencia o de antítesis.

La lección silenciosa, pero gráfica, que da en el seno del Ejército Grande habrá parecido en esos momentos ingenua y ridícula, habrá despertado la colera de Urquiza y las sonrisas burlonas de los que avanzaban sobre Buenos Aires, pero, no hay duda alguna, que con esa lección implícita el sanjuanino esbozó la fisonomía civilizada que habría de tener con los años el ejército argentino.

En la delimitación intelectualista y rigurosa que ha hecho de la civilización y de la barbarie, su ilusión hubiese sido que el Ejército del pronunciamiento fuera en todo momento un ejemplo de superación: acción matemática en el desplazamiento, cultura en

sus soldados, marcialidad en las vestimentas, uniformidad en la fisonomía. Pero, la realidad era otra. Se encuentra con un ejército de gauchos, cosa lógica desde que el país era un país de gauchos; con un ejército de guerra civil. El mismo General en Jefe exhibía en la Campaña —como después exhibió en Buenos Aires— aquella insólita aleación de la galera de felpa y el poncho criollo con el uniforme militar, tal como lo vemos en el cuadro de Blanes.

No había Estado Mayor, ni jefe de día, ni ronda, ni rondín, ni patrullas, ni avanzadas, ni orden del día, ni órdenes escritas, ni edecanes reconocidos, ni oficial alguno de Estado Mayor, ni comunicación regular por medio de los ayudantes, como Sarmiento lo va enumerando cotidianamente.

En las marchas, la vanguardia avanzaba sin exploradores, sin reservas, sin flanqueadores. No existía vanguardia de la vanguardia; y el centro —en tres columnas de infantería y dos exteriores de caballería— no tenía ni vanguardia, ni siquiera avanzada de noche. Sin brújula, marchaban a puro instinto de los vaqueanos, veinte mil hombres, cincuenta piezas de artillería y cien carretas.

Frente a ese espectáculo, Sarmiento decía: ¡Qué lujo inaudito de barbarie y de desorden!

¿Qué hace entonces Sarmiento para documentar su protesta silenciosa y para irradiar una lección igualmente silenciosa? Lo recuerda meses después de las apasionadas páginas de su "Campaña del Ejército Grande", que escribió en Yungay:

"Por el caso que yo era el único oficial del ejército argentino que en campaña ostentaba una severidad de equipo estrictamente europeo. Silla, espuelas, espada bruñida, levita abotonada, quepí francés, paletó en lugar de poncho, todo yo —decía Sarmiento— era una protesta contra el espíritu gauchesco".

Así andaba entre las sonrisas irónicas del gaucho general en jefe y de su oficialidad, pertrechado de cosas múltiples. Con un ejemplar de la "Petit guerre" de Backer, la carta topográfica de Buenos Aires levantada por Woodbine Parish y una brújula. Con su navaja inglesa de campo, eslabón para el fuego, lanceta para caballos, velas de esperma para la noche y un almacén de herramientas.

Mientras sus compañeros se desesperaban de sed, él llevaba colgada en el arzón de la silla, su caramañola de platina. Mientras sus camaradas, tenían que afrontar duramente las contingen-

cias climatéricas, él llevaba bien arrolladas la manta, el paletó y una capa de goma elástica para las lluvias.

Iba con su "confort" auestas. Tienda fuerte y bien construída, catre de hierro de algunas libras de peso, mesa escritorio, provisiones de boca. El —en su "Campaña"— afirma que todo podía cargarlo en un caballo, pero no ha debido ser cierto. La carreta que llevaba la imprenta, debía llevar, también, la civilización de su "confort".

Es que todo ello, aunque pareciera pueril, constituía una parte de su plan didáctico y moral contra Rosas y el caudillaje. "Mientras no se cambie el traje del soldado argentino —afirmaba— ha de haber caudillos. Mientras haya chiripá, no habrá ciudadanos".

EL BOLETINERO SUEÑA...

Pero, la campaña del Ejército Grande tiene para él sugerencias extraordinarias y más trascendencia que la de haber sido el boletínero de la expedición y el historiador cotidiano de todas sus alternativas. Sarmiento recién se da cuenta de lo que es el país. Lo conocía apenas a través de sus incursiones entre San Juan y el modesto villorrio de San Francisco del Monte en San Luis donde conjuntamente con su tío el cura Oro se dió a la tarea de retornar a la civilización a las viejas familias de las Gaticas, de los Becerras, de los Quirogas y de los Camargos. Todo lo demás era obra de su imaginación prodigiosa. Se imaginó la Pampa, elaboró el panorama de Tucumán, a puro milagro de intuición, de talento y de audacia. Pero en la realidad de las cosas desconocía lo que era su país y el formidable campo de experimentaciones que podía resultar para una obra civilizadora.

Entonces, sí, que se da cuenta exacta de que el mal de la Argentina es la extensión y que el desierto domina omnipotente en todas partes. Días y días el Ejército Grande atraviesa extensiones sin una casa, sin una sola cabeza de ganado. Por todas partes tierras privilegiadas, dotadas por la naturaleza de toda clase de dones, pero que no habían conocido la iniciativa ni la mano del hombre. ¡Pista para las correrías de las montoneras y nada más!

En el campo atravesado que arranca desde la punta de la Cañada de Cabral, en Santa Fe, y que llega hasta el Arroyo del Me-

dio, el boletínero se maravilla ante la tupida e impenetrable alfombra de los pastos exquisitos que lo cubren, sin una sola maleza. Todo un caudal de riqueza perdida. El boletínero, imagina, entonces, la solución del problema: " segar esos pastos por leguas cuadradas, como se hace con el heno en Europa, y empárrvarlo para el invierno".

Observa las tierras magníficas adyacentes al Paraná, y ante ese espectáculo que la Naturaleza y la providencia le brinda, el boletínero se olvida del último agravio que le ha inferido el general en jefe. El episodio de Rosario, cuando Urquiza se indigna ante la manifestación entusiasta que el pueblo tributa al autor de Facundo, se borra de su espíritu. Queda anotado solamente para la posteridad en el diario de la campaña y el boletínero sueña con el paisaje que pudieron haber divisado sus ojos si la civilización hubiera pasado por ahí. ¿Qué sería este país —se dice— si sus tierras hubieran sido vendidas en lotes de diez cuadras a familias de inmigrantes, ya que el gaucho no quería trabajarlas, con los ríos a un paso, con los pastos que son un caudal, con diez vacas y cien ovejas cada familia, con una noria para extraer el agua que está sólo a una vara y nunca a diez de la superficie del suelo?".

Mientras el ejército marcha, el boletínero que sueña sobre su caballo, proyecta todo un plan de colonización. Treinta y cinco años más tarde, cuando en 1887, navega hacia Asunción buscando la ternura de un clima mejor para sus achaques, Sarmiento tenía el orgullo de decir: "Al recorrer los majestuosos ríos, llenos de vapores; al pasar por cien leguas de las colonias de Santa Fe — la mansión de mayor número de hombres felices hoy en la tierra—, puede decirse: ¡he ahí la inmigración predicada y fomentada!".

Frente al panorama futuro que presiente, el boletínero se siente feliz. Su espíritu "rabelesiano" experimenta la alegría de las grandes y de las pequeñas cosas. Quiebra la monotonía de su alimentación a base de los vacunos asados. Anota en los apuntes de la "Campaña" —y ahí han quedado para la posteridad— hasta las innovaciones que se registra en su menú.

Al hacer la apología de la prodigalidad que la naturaleza ha tenido con esa zona del litoral, Sarmiento escribe en su diario: "Hoy tuve a mi mesa seis perdices de la clase ordinaria y una martineta, que por el tamaño y la delicadeza, es muy superior a las gallinas".

Otro día tiene en su mesa una pierna de gamo y tres perdices. El boletínero, entonces, hace esta reflexión irónica: "Yo afecto en el recinto de mi tienda un epicureismo refinado".

Cuando cerca de la Guardia de Luján, tiene la sorpresa de encontrar unas plantaciones de tomate, se siente más feliz. No solo por el goce que brinda a su epicureismo las plantas halladas, sino porque allí la horticultura rectifica el panorama uniforme y bárbaro de las campañas pastoras. Es lo que ha innovado el simple arraigo de dos o tres familias italianas.

No hay duda alguna de que el paisaje pudo haber sido otro, si los gobiernos y los hombres hubieran querido trabajar.

El boletínero que seguía soñando se imagina la dura tarea que hay que realizar. Entre una burla y una abstracción, entre el agravio del superior jerárquico que deglute con mortificación y las martinetas que saborea con felicidad "rabelesiana", entre un boletín y un ensueño, el sociólogo ha trazado ya el cuadro clínico.

El país no ganará nada con estos nuevos hombres. No es Urquiza quien habrá de modificar fundamentalmente las cosas. Lo apercibe en todo. En el menosprecio hacia su "Argiropolis", en la ironía para sus boletines y para su cultura, en la intrascendencia que otorga a su campaña de Chile, en la prolongación de las normas gauchescas, en la adversión a las conquistas de la técnica, en el cintillo rojo que quiere perpetuar. Así, cuando el Ejército Grande entra triunfalmente en Buenos Aires, él ya ha esbozado su diagnóstico. El país sigue y seguirá enfermo, mientras no llegue otra terapéutica:

"Las vacas dirigen la política argentina —afirma en una maravillosa conclusión sociológica—. ¿Que son Rosas, Quiroga, Urquiza? Apacentadores de vacas, nada más".

LA HORA DEL MAQUINISMO Y DEL RIEL

Pero, el sanjuanino poco tiempo se arredra por el desaire. Cuando comprende el menosprecio de Urquiza, cuando observa la subsistencia del cintillo rojo, vuelve al exilio. Escribe iracundamente desde Río de Janeiro y desde Yungay. Rechaza la diputación que por unanimidad de votos le ha discernido San Juan y cuando Buenos Aires, a raíz del episodio del 11 de septiembre, pro-

voca la secesión, el sanjuanino resuelve entonces trabajar para Buenos Aires y hace de la provincia tribuna para sus campañas, laboratorio para sus ensayos, y taller para sus realizaciones.

El agravio que le ha inferido Urquiza no es estéril. Tiene que agradecerse la historia, pues ese episodio amplía maravillosamente los límites de su panorama mental, de su comprensión sociológica sobre el instante. Es cuando comprende que en el país hay algo más que un problema meramente político o de simples fórmulas institucionales.

Había, en efecto, un problema social y de civilización técnica que era necesario incorporar a la vida de la Confederación. El mundo vivía la hora del maquinismo y del riel. La Argentina —a raíz del paréntesis abierto en 1829— lo ignoraba. Desconocía la máquina a vapor y no había visto jamás una locomotora. La fisonomía técnica del país era una configuración de su fisonomía política, anacrónicamente rural y feudal.

La carreta había sido el símbolo de Rosas. Mientras las líneas férreas comenzaban a multiplicarse en Egipto, en la India, en Australia y, en territorio sudamericano, en Chile y en Perú, la Argentina las desconocía. Ignoraba, igualmente, al vapor de Fulton navegando por sus grandes ríos interiores. Por eso, años después, al delimitar la época histórica que había quedado liquidada en Caseros, Sarmiento —haciendo sociología en su prédica periodística— ensayaba esta acertada síntesis: "El espíritu rural, pastoril de Rosas, se negó a dar a una compañía hace quince años privilegio para navegar los ríos, y el primer vapor que los surcó fué para derribarlo".

Amante de los civiles gráficos, para cavar un abismo insalvable entre los conceptos en litigio, Sarmiento, siguiendo el mismo método implacable e inflexible de Civilización y Barbarie, quiso elaborar su prédica elaborando nuevos símbolos. Es cuando escoge a las vacas y al caballo, como índices de nuestro atraso histórico y técnico.

SU GRAN GUERRA CONTRA EL CABALLO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Comienza, entonces, para vigorizar la doctrina de su posición progresista, su gran guerra contra el caballo. Olvida a Rosas,

a Facundo, a Aldao. Absorto por el trabajo, se le esfuma hasta la reciente indignación contra Urquiza. Hace la guerra al equino, como todas sus grandes cosas, apasionada e iracundamente. Decreta el exilio simbólico y material del ejemplar jerarquizado por Calígula. "Dejémonos de andar metiendo caballos en cosas cultas, —dice—. Los caballos son para Cafulcurá". Elabora la premisa de que "el caballo ha ejercido la más destructora influencia en nuestra organización social, en el atraso y barbarie que todavía nos alcanza. En el país de las distancias despobladas —continúa— en la democracia de los jinetes, el poder, el prestigio, la influencia pertenecieron al más de a caballo".

"Las disensiones que han agitado estos países medio siglo —agrega—, la barbarie que lo ha regido 30 años, los odios y celos de los pueblos, los caudillos que lo han tiranizado, la guerra en que estamos envueltos, —se refería a la guerra de Buenos Aires contra la Confederación—, todo tiene, a mi juicio, por única causa las distancias que median entre los pueblos, el desierto interviniente, el caballo como el único medio de contacto entre los hombres".

Contra el caballo —síntesis, para él, de todos los males políticos y sociales que padecía el país inconexo— Sarmiento levanta con pasión avasallante la necesidad del ferrocarril. El tema, aparece idealizado por su pluma en sus campañas de periodista. Se convierte en el campeón de la incorporación del riel, así como más tarde será el campeón de la educación pública y de los primeros ensayos de colonización. Es el héroe de esa hora de transición cuya esencia muchos de sus contemporáneos no descubren ni adivinan: la liquidación del feudalismo, el punto de partida para la evolución industrial.

Felices los años del Estado de Buenos Aires. No importa que él no sea quien gobierne. Los gobernadores del Estado de Buenos Aires pueden llamarse Lavallol, Obligado o Mitre. El sanjuanino es un simple periodista, un modesto concejal, un miembro del Senado, o, en el mejor de los casos, el ministro de Gobierno. Pero el que se apasiona, el hombre de las iniciativas audaces y revolucionarias, es el sanjuanino que había burilado para su vida este hermoso lema: "provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias, argentino en todas partes".

El sanjuanino proyecta, predica, estimula, exige, controla, se impacienta cuando el ritmo del progreso no le parece lo suficientemente acelerado, recuerda el programa de Caseros y amenaza con su disconformidad: "Insistiremos, pues —dice en "El Nacional", de diciembre del 55— en que se tome en consideración la continuación del camino de hierro. Está nuestro honor comprometido en ello, como pueblo, como hombres políticos, y aun como partido político, y sentiríamos mucho hallarnos en este respecto en disenso con la administración, a cuyas ideas hemos espontáneamente adherido en general, pues creemos interesada la causa que por tantos años hemos defendido, en no dejarla extraviada por el sendero que se extraviaron otros, sin que una voz desinteresada y amiga les señale el peligro".

No era el espíritu "snob" lo que determinaba en él esa obsesión por el ferrocarril. La obsesión exhibe, íntegramente, al hombre de gobierno. El ferrocarril era necesario por el influjo docente, por la gravitación transformadora que el nuevo espectáculo técnico habría de reflejar en el espíritu público, como por el abastecimiento de la ciudad, por el abaratamiento, de los transportes, por la aceleración del movimiento, por la unidad del país y por el dominio del desierto. Las carretas de maíz que venían de Chivilcoy se detenían durante tres meses en los pantanos de San José de Flores. Todo había sido previsto en sus estudios y en sus requisitorias periodísticas.

"Sin ferrocarriles —decía— el país no se poblará en un siglo lo suficiente como para defenderse a sí mismo contra un puñado de salvajes".

"¿Qué mejor constitución puede darse a un Estado —reflexionaba— que cruzarlo de caminos de hierro! La Constitución estaría trazada en el suelo y la llevaría cada uno en su inteligencia desenvuelta y aleccionada con todas las nociones que la ciencia humana ha atesorado".

"Los ferrocarriles —insistía en otra oportunidad— han hecho más por el adelanto de los pueblos que las más profundas revoluciones políticas. El ferrocarril acabará por abolir las fronteras".

Y hasta veía en el ferrocarril un recurso democrático. "El vagón es el nivelador de las distintas clases sociales".

LA OBSESION POR EL FERROCARRIL

Comprendiendo su rol civilizador, su importancia trascendental, esperó con ansiedad el primer ferrocarril argentino. No podía admitir que la hora del progreso técnico que había sonado para otros países de Sud América no vibrara también para la Argentina.

Había visto en Chile cómo se extendían las líneas del telégrafo desde Santiago a Talca, desde Santiago a Valparaíso. En 1845, es decir en los días en que está escribiendo "Facundo", observa en Chile que se quiere establecer un servicio de diligencias entre Valparaíso y Santiago, y protesta destempladamente por ello: "¡Querer establecer diligencias cuando todo el mundo civilizado, se eslabona como una sola provincia por medio de ferrocarriles!"

Había presenciado cómo en tierra chilena el ferrocarril dominaba las distancias y conquistaba las regiones lejanas. Ese ferrocarril a Copiapó, planeado por el francés Monet y realizado por el norteamericano Wheelrigh, se convierte así en su "leit motiv" obsesionante y en la obligada invocación para su campaña en Buenos Aires.

El ejemplo de Copiapó es el tema de su prédica periodística. No hay artículo en que Copiapó no sea exhibido en sus rasgos geográficos, en las oscilaciones progresivas de su población, en sus fuentes de riqueza, en el valor de las líneas férreas construídas, en la renta anual, en la importancia de sus cargas, en el traslado de pasajeros, en el promedio de sus fletes, en la cantidad de carbón mineral transportado. ¡Copiapó! ¡Copiapó! Durante meses y meses sus artículos de "El Nacional", repiten obsesionadamente este nombre indio, como si su conjuro despertara en su espíritu sugerencias de fábula.

Dos años después Sarmiento asiste a la inauguración de la primer línea férrea. No se conforma ante el triunfo. Al día siguiente de que el ferrocarril llega a San José de Flores, recomienza la prédica para la construcción de otros ramales. Inicia campañas que hoy en día nos parecen pueriles e ingenuas. ¡Cómo es de pesada, y difícil la tarea del desbrozador! Quiere, ahora, la prolongación de la línea a Morón, a Chivilcoy, es decir, al escenario de sus qui-

meras colonizadoras. Auspicia entusiastamente el ferrocarril a San Fernando, o la línea férrea a La Ensenada.

¿Qué era un ferrocarril a San José de Flores? Apenas una recta de 6 kilómetros. ¿Qué era un ferrocarril a San Fernando? Una línea de 30 kilómetros. Pero el "pioneer" no podía admitir que la Argentina tuviera en 1859 apenas 4 leguas de líneas férreas, cuando Egipto exhibía 150, cuando la India documentaba 300, cuando Australia multiplicaba sus rieles, cuando Estados Unidos sumaba 26 mil millas, y mientras en Sud América, Perú contaba con 3 ferrocarriles y Chile se presentaba a la cabeza con 5 líneas de 40 leguas.

En agosto de 1859 obtiene su segundo gran triunfo al inaugurar los trabajos del ferrocarril a San Fernando. Aquella tarde, comprendiendo que nadie, ya, podrá detener su obra, grita jubiloso: 'Acabamos de remover esa tierra virgen para colocar sobre ella el primer eslabón de una cadena de hierro que prolongándose al infinito, pueda un día someter a la acción civilizadora del comercio toda la vasta extensión del país, que se extiende desde las templadas riberas del Plata hasta las orillas del Pilcomayo y del Bermejo'.

Apenas pronunciado el lírico introito, repite su alarido belicoso contra el caballo: "Y bien, señores; el ferrocarril viene a poner término al reinado de los caballos, suprimiendo las distancias que le dieron su preponderancia; uniendo las poblaciones entre sí por medios tan civilizadores como rápidos y extendiendo la influencia de las grandes ciudades, con sus gustos refinados, con sus artes y sus hábitos de cultura, haciendo de la campaña suburbios hasta donde llegue una línea de rieles o se alcance a oír el rugido alegre de la locomotora, este caballo de la ciencia, del comercio, de las artes, del progreso y de la libertad".

Enuncia después, el programa del momento: "Multiplicar los ferrocarriles es, pues, reconquistar para la civilización, para la industria, para la libertad, el terreno que nos había arrebatado la barbarie, la holgazanería y el arbitrario".

Y finaliza su discurso de aquella tarde de agosto con una de sus habituales ensoñaciones que no tardaría en convertirse en realidad magnífica: "La ley está dictada, el surco está abierto y la obra comenzada. Que sea rápida su ejecución y provechosa a la empresa, a fin de que estimule su buen éxito a mayores trabajos.

y siguiendo la misma dirección podamos un día no lejano llevar la locomotiva hasta el Rosario, Córdoba y Tucumán, dando a todos sus habitantes un abrazo de hermanos”.

COMO SE REALIZAN SUS ENSUEÑOS

Producido Pavón, “el provinciano en Buenos Aires y porteño en las provincias”, cruza como auditor de guerra todo el país de Este a Oeste. Vuelve a comprender, entonces, como cuando escribió Facundo o cuando actuó en la campaña del Ejército Grande, que nuestro mal era la extensión y que la fatalidad de las distancias geográficas sólo podía ser aminorada, atenuada o resuelta mediante los últimos dictados de la técnica. Ya, en San Juan, gobernando a sus comprovincianos, tiene que circunscribir sus pasiones civilizadoras a otros problemas. Pero el ferrocarril es siempre su gran obsesión, y esa obsesión aumenta cuando en los Estados Unidos comprueba cómo las terribles distancias del vasto territorio habían sido salvadas mediante la civilización y el maquinismo.

Mas, el hombre esperaba desesperadamente la hora en que la suerte pusiese al alcance de sus manos el gran taller de experimentaciones, el formidable laboratorio que para un temperamento de su estructura podía ser, por ejemplo, la Presidencia de la República. Quería algo más que las columnas de “El Nacional”. Después de tanto predicamento, deseaba el recurso y los materiales de la entelequia. Cuando escribía desde Washington sus cartas a Mitre haciendo una manifestación de bienes de los derechos que tenía para reemplazarlo en la jefatura suprema del país, pensaba, soñaba con los ferrocarriles que cruzaran fantásticamente los tres millones de kilómetros cuadrados y cuando el anuncio augural de Pernambuco le hizo comprender que la hora de la gran responsabilidad había llegado para su vida, su júbilo no tuvo límites. Recién sus compatriotas conocerían al constructor.

Efectivamente. De 1868 a 1874 se multiplican los ferrocarriles, sus estudios y sus construcciones. Inaugura el ferrocarril a Río Segundo, a Río Cuarto, a Villa Mercedes. Por el lado de la Mesopotamia las líneas férreas llegan a Mercedes (Corrientes). Proyecta el ferrocarril a Tucumán y por ley de noviembre de 1872 planea estas cinco nuevas líneas: Buenos Aires a San Juan, Mendo-

za a Chile, Totoralejos a San Juan y Catamarca, Tucumán a Jujuy y Mercedes a Corrientes.

El 2 de octubre de 1876, bajo la presidencia de Avellaneda, el ferrocarril llegaba a Tucumán, después de atravesar 350 leguas. El ensueño de su discurso del 59 se había tornado en realidad. Mil pasajeros, en comitiva triunfal, lo acompañaban en esa vigorosa incursión a las terribles distancias que se conquistaban. Como un verdadero símbolo, para definir la condición jerárquica de heraldo, de abre-caminos que tenía el personaje epónimo, "Sarmiento" se llamaba la locomotora que lo conducía.

El 1883, escribe en las columnas de "El Nacional" un balance fabuloso de lo que la línea férrea había significado para el país.

El ferrocarril iniciado en el Parque había hecho posible el ensayo de colonización de Chivilcoy. Ciudades y pueblos habían florecido en todo su trayecto. El ferrocarril traía ya a Buenos Aires: mármoles de la Sierra de la Ventana, maíz y cereales de Chivilcoy. Había finalizado aquella "vía crucis" de la carretas y de los ganados que se sepultaban meses y meses en San José de Flores. El ferrocarril del Oeste, en ese año de 1883, había poblado 2.000 leguas de territorio y había creado 500 millones de pesos de fortuna. Para el ferrocarril a la zona andina que estaba construyéndose, Sarmiento vaticinaba que habría de poblar 4.000 leguas, crearía una renta de 200 millones de pesos y duplicaría las 20 mil cuarterolas de vino que producían entonces las viñas de Mendoza y San Juan. "El vino de Cuyo —decía— llegará a Río de Janeiro y Bahía, en reemplazo de los brebajes europeos, si se logra que la bordalesa recostada en el vagón del ferrocarril de San Juan llegue a Buenos Aires, sin haberla puesto de punta, rodándola, removiéndola y revuelto el líquido que contiene, en cargas, descargas, embarques y desembarques", para evitar que se convirtiera en vinagre.

En mayo de 1884, al volver a San Juan después de larga ausencia, glorioso, casi inmortal, el ferrocarril de la zona andina que él había soñado en 1857 llegaba a Mendoza, y los terraplenes de sus líneas entraban ya a los suburbios de su ciudad natal. Es cierto que con los peones de esas mismas obras, Civit y el roquismo habrían de arrebatarse su última aspiración representativa: la diputación nacional de su propio pueblo. Pero, el signo de los precur-

sores él ya lo había definido muchos años antes frente a la tumba solitaria de Cook . . .

Lo importante era ver que sus quimeras se realizaban. El ferrocarril, resistido por el régimen derrotado en Caseros, cruzaba triunfalmente toda la República. Al año siguiente de su muerte, en 1889, el país, como lo documentó Balestra, tenía ya en explotación y en construcción 27 líneas férreas con una extensión de 11.688 kilómetros y un capital invertido de 127.682.867 pesos oro. El hombre no había predicado en vano . . .

MAQUINAS PARA ARAR Y PARA TRILLAR

Pero, no sueña solamente con el espectáculo mecánico del ferrocarril. En 1857, quiere para la Argentina las trilladoras a vapor que están a la orden del día entre los agrónomos de Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Alemania.

Sueña para nuestras pampas con las espigas de trigo que vió brotar en las llanuras de la Lombardía o en las famosas sementeras de Barletta en el Piamonte. Y como el ensueño viene en él amachimbrado a la acción, este hombre que como propietario no tiene más tierras que el pequeño islote de Carapachay y las que había recogido en los agitados trayectos de sus luchas, siembra en la virgen Chivilcoy, casi en plena pampa, el grano lombardo o el grano piamontés, así como un lustro después habría de llenar de alamos carolinos las calles de San Juan y de estacas de mimbre todos los lugares de América en que pudiera levantar su tienda.

Delira con las máquinas. Quiere acelerar el ritmo de la producción agrícola. Hay en su discurso de Chivilcoy un párrafo de auténtica euritmia bíblica. Es cuando anuncia que algún día llegarán "máquinas para arar, máquinas para segar, máquinas para trillar, máquinas para moler y máquinas para transportar".

En ese mismo discurso de Chivilcoy esboza el miraje quimérico de la Argentina que ambicionaba. Quiere "que se cubran de vapores los mares y los ríos, del humo de las fábricas nuestro cielo, de hierro los caminos, de mieses las campiñas, de bosques los campos y de pastos exquisitos los prados artificiales".

Parece en el ambiente argentino, un anticipo poético del belga Verhaeren. Soñaba hasta con la comida de sus compatriotas. ¿Para

que la fatalidad del groenlandés que solo bebía aceite podrido de ballena por único alimento o del irlandés que solo devoraba papas? ¿Por qué el paisano de nuestras campañas —era el problema que planteaba en 1857— debía circunscribirse a engullir cuartos enteros de vacas, sin otro condimento que la sal?

Observando los resultados que documentaban los cultivos intensivos y las normas de la granja moderna en la Chivilcoy flamante, Sarmiento veía, ya, hasta el progreso en la comida de sus contemporáneos. Como una comprobación de la riqueza mágica que encerraba la Pampa, denunciaba su júbilo incontenido e incontrolado frente al saldo que arrojaba Chivilcoy al primer año de los ensayos colonizadores. "Chivilcoy, decía, ostenta en un año en medio de la Pampa, todas las variedades de granos, plantas, legumbres y animales domésticos que hacen agradable la mesa y fácil la vida, habiéndose generalizado el uso del pan en todas las clases de la sociedad con la abundancia y perfecta condición que no conocieron nunca ni los acaudalados propietarios de la campaña".

SUEÑA CON EL CABLE TELEGRAFICO

No hay conquista de la civilización que pase desapercibida para sus ensueños y sus ambiciones de argentino.

Sueña con que el telégrafo pueda unir algún día el Río de la Plata con Europa, y el destino no defrauda su videncia.

En Enero de 1857, escribiendo en "El Nacional" sobre el espectáculo que significaba el ensayo de la primera locomotora que pisaba nuestro país, el periodista hacía esta digresión quimérica:

"Un gran acontecimiento va a tener lugar en pocos meses, y uno de los más maravillosos de la época será objeto principal la América. En el próximo mes de Mayo será arrojado a las profundidades del Océano que media entre el norte de la América y la Irlanda, en solo ocho días y con el costo relativamente insignificante de 360.000 libras esterlinas, el cable eléctrico que ha de ligar entre sí a ambos mundos y comunicar Europa con América en segundos. Dos buques cargados con las dos mitades del cable se reunirán en alta mar y anudando sus extremos, partirán cada uno en dirección opuesta hasta atar las otras dos mitades, el uno en

New Furland y el otro en la bahía de Valencia en Irlanda, con lo que quedarán en comunicación, al habla se puede decir, San Petesburgo y Nueva Orleans, mediando casi la mitad de la circunferencia del globo.

“La modicidad de los costos de obra tan colosal, menor cinco veces que el ferrocarril que ha de comunicar a Santiago de Chile con Valparaíso mediando solo 27 leguas, hace no mirar como quimérica la propuesta de echar otro cable desde Europa a Río de Janeiro; y cuando tengamos Europa en Río de Janeiro, podremos ya decir que la estamos tocando, sino es que el cable se prolongue hasta nosotros, lo que no aumentará de cien mil pesos fuertes los costos. Qui vivrá verra...”

Efectivamente, es otra de sus grandes quimeras que se realizan. Diez y siete años después el ensueño del periodista Sarmiento lo realizaba el presidente Sarmiento. Con su gran ministro el cordobés Vélez Sársfield había construído ya en el país 1600 millas de telégrafos. Hay en su discurso oficial del 4 de agosto de 1874, inaugurando, el cable submarino, párrafos de una belleza conmovedora.

Oigamos a Sarmiento:

“Asistimos a un acto que a ser sensibles la tierra y el agua, se estremecieran de gozo al sentir atravesar por sus moléculas el pensamiento humano viajando en alas de la electricidad.

“Tócame hoy la felicidad de abrir la comunicación de mi país con el mundo civilizado y doy de ello, gracias a la Providencia, que me ha deparado un favor tan insigne...”

SU JUBILO FRENTE AL MUELLE

El arquitecto que hay en él desata su júbilo el día en que se inaugura el muelle de Buenos Aires. Buenos Aires estaba separada de la Confederación. Era un 11 de Septiembre, es decir, un aniversario del alzamiento de Buenos Aires contra Urquiza.

“Tócame la fortuna —dice Sarmiento— de saludar el 11 de Septiembre sobre el robusto pavimento del muelle de Buenos Aires. El árbol plantado aquel día, ha sazonado ya sus frutos. La barbarie que vencimos entonces invadía las aguas y el europeo que nos traía hasta ayer los productos de la civilización del mundo,

encontraba con sorpresa caballos entre las olas, carros rodando sobre el lecho del río y jinetes en lugar de marinos.

“Hoy atraca el vapor a los costados de esta obra poderosa, que solo gobiernos cultos pueden apreciar y solo pueblos libres ejecutar con rapidez”.

Como es habitual en él, arranca del episodio la correspondiente filosofía. He aquí su exégesis:

“Este muelle es una obra política también. Es el resultado de un sistema de ideas, es la prueba tangible presentada al pueblo que no en vano invocábamos el nombre de la libertad. El extranjero que visite por segunda vez nuestras playas verá en el muelle un cartel en letras gigantescas que le dirá: aquí ha sucedido algo de muy feliz; en mi ausencia ha ocurrido un cambio en los destinos de este país; un sistema bárbaro ha muerto y otro, fecundo, inteligente y útil, le ha sucedido. El muelle dice que el 3 de Febrero venció al tirano hijo de la tierra y de la naturaleza salvaje y que el 11 de Septiembre fué interrumpida de hecho esa tradición de barbarie que el hábito continuaba aún después de derrocada en principio. Porque tal es el significado histórico del 11 de Setiembre, complemento indispensable del 3 de Febrero”.

Inmediatamente, aprovecha la oportunidad para exaltar las consecuencias benéficas del episodio rebelde del 11 de Setiembre. Al levantarse Buenos Aires contra la Confederación, lo había hecho por una exigencia de progreso: por este muelle, por aquel gasómetro, por aquella aduana, por aquellas cúpulas, “por aquellos vapores que vienen dóciles a ponerse a nuestro alcance como el corcel fogoso tiende al amo su cuello”. ¡No se podía exigir para el episodio político y secesionista una explicación más lírica!

UNA ESCENA PARA MAUROIS

No hay problema que no deje de adornarlo con el signo de la grandeza y de la trascendencia histórica. Lo hace indistintamente cuando pronuncia un discurso frente al muelle que se inaugura en Buenos Aires, cuando esboza el programa colonizador de Chivilcoy, cuando inaugura los primeros tramos de los primeros ferrocarriles, cuando habla en San Juan ante los niños y los viejos que están presentes en la colocación de la piedra fundamental de

la escuela que iba a llevar su nombre, y pone la misma intención de grandeza y de historia cuando el colaborador del Estado de Buenos Aires en una de sus jornadas dominicales rodea de trascendencia un acto que parecería infantil e ingenuo.

¡Qué hermosa escena para Maurois!

Anda en su isla de Carapachay con cuatro o cinco amigos, cubierta su cabeza con aquel enorme sombrero de jipi-japa que según Aníbal Ponce le hacían parecer a un poblador de Virginia. Ese día no es ni el combatiente, ni el sociólogo, ni el periodista, ni el político, ni el maestro, ni el senador de Buenos Aires. Es solamente el "carapachayo", como él solía definirse lleno de orgullo. En vez de carozos y semillas lleva, esta vez, dos o tres estacas desconocidas en sus enormes bolsillos. De repente, hace un alto en el islote que recorre. Planta las estacas y ante el asombro de sus acompañantes, como en un acto de liturgia, pronuncia ante tan reducido auditorio un verdadero discurso para documentar el cariño y los vínculos que le unen a la humilde planta que acaba de dejar entre la tierra.

Se trata del mimbre. El orador quiere hablar en medio de sus amigos. Hace años —dice el orador— que me sigue esta planta adonde quiera que voy". Recuerda entonces que la plantó en la Quinta Normal de Chile, que la plantó en Mendoza, que al regresar del destierro después de quince años de ausencia la había plantado en San Juan y que instalado en Buenos Aires su primera preocupación había sido la de propagarlo.

"Faltábame mimbre para las islas —dice en su peroración—. Si ningún otro recuerdo queda de mi presencia en estas islas sepan ustedes, testigos, que hoy, 8 de septiembre, planto con mis manos el primer mimbre que va fecundar el limo del Paraná, deseando que sea el progenitor de millones de su especie y un elemento de riqueza para los que lo cultiven con el amor que yo le tengo".

Un cuarto de siglo después, en 1882, el viejo periodista hacía un balance en "El Nacional" de la fuente de trabajo y de riqueza que esas varillas intrascendentes habían creado. Sumaban millares y millares las toneladas de mimbre que el Delta había producido para elaborar canastas y para la exportación.

SU VATICINIO SOBRE CORDOBA

Córdoba, la cuna de sus dos grandes veneraciones —del general Paz a quien llamó el Wellington argentino y del viejo Vélez— escuchó aquí su palabra en 1871 cuando vino a inaugurar la Exposición Industrial, el observatorio astronómico y el ferrocarril a la Calera.

En cada uno de esos actos un discurso, en cada uno de los discursos un eslabonamiento de consejos y en el consejo la admonición. ¡Era su sistema!

En todas partes sueña. Jamás se circunscribe a la realidad del minuto que vive. Siempre acelerando el ritmo de las cosas, siempre la visión del más allá, siempre adelantando el reloj. En su discurso de la Exposición vaticina lo que será Córdoba con los años:

“ El ferrocarril y los telégrafos la tendrán por centro de muchas líneas; la Universidad, con la profusa difusión de ciencias naturales y exactas, justificará en pocos años su título. Sus sierras, con el estudio de su geología y de su flora, se alzarán cien codos más, pues serán vistas y apreciadas por el mundo científico.

“ Su observatorio astronómico añadirá algunas conquistas en los cielos, sometidos al dominio del hombre; y cuando los paelacios de Buenos Aires y del Rosario sean construídos con los mármoles de Córdoba; cuando su cal y su yeso sirvan de cimientoto a las obras hidráulicas de todo el Litoral y su campaña, Córdoba será menos docta quizás, pero en cambio será más rica, más próspera y más generalmente civilizada”.

EL HOMBRE DEL MIRAJE MULTIPLE

Su ensueño arquitectónico es múltiple; correlativamente con el ritmo vertiginoso de la técnica, sus ambiciones florecen para que la Argentina se supere en lo cultural, en lo social y en lo político.

Veamos tres o cuatro aspectos de ese miraje poliédrico.

Había que “educar al soberano”. Una sola frase, breve, gráfica y rotunda, le sirve para diagnosticar el punto neurálgico de la joven vida argentina, y para elaborar la receta que hubiera fortificado nuestro organismo si los gobernantes que lo sucedieron hubiesen tenido la misma fiebre civilizadora. En sus viajes por Eu-

ropa y por la América del Norte había tenido oportunidad de asistir al nacimiento o al desarrollo de los nuevos sistemas republicanos. Comprendió que la tarea del gobernante, lejos de ser la mera y fría del oficinista, del recaudador o del político, tenía que ser la del constructor social.

En los Estados Unidos en el bosque por desmontar, donde se reunían diez pobladores —son sus palabras—, había visto como se trazaba el local para la escuela. “Hagamos escuelas, compatriotas, decía; eduquemos a toda la generación naciente; entremos de lleno en la revolución que estamos en vano preparando desde hace tanto años. Así, en diez años, tendréis un pueblo culto, industrial, rico, inteligente, salido ya de esas escuelas, que lo prepararán para el trabajo reproductivo, porque el peón es sólo fuerza bruta, mientras que la inteligencia convertida en máquina, en cálculo, en capital, es el motor de todas las fuerzas de la Naturaleza: el agua, el vapor, el hierro, la electricidad”.

Fué el primer argentino que comprende el valor social del salario. “El buen salario, la comida abundante, el bien vestir, y la libertad, educan a un adulto más que la escuela a un niño”.

Es una revelación que tiene en los últimos años, cuando el maquinismo no había plateado aún en nuestro país los modernos problemas sociales. Pero el viejo luchador se anticipa a todo y se da cuenta que no sólo es preciso educar al soberano, sino asegurarle también un *mínimum* de bienestar económico.

En materia política saluda alborozado el imperio de la urna electoral; es el precursor del voto secreto, en el Senado del Estado de Buenos Aires y en el Senado de la República. Como lo dijo una vez, repitiendo una frase de Lincoln, consideraba que “la urna electoral era el sucesor legítimo de las balas”.

En una carta al español Castelar, este hombre que vive aconsejando a todo el mundo, a sus compatriotas y a los extranjeros, esboza para la Argentina y para España un programa político. “Quisiera, le dice, que entremos en la realidad de la República, a saber: que las elecciones fuesen reales, que la representación fuese real que el poder fuese real. Algo más querría, y es que la moral fuese también parte de la política. Le deseo a usted lo que para mí desearía, y es que su patria avance en el camino que se ha lanzado. No edifique sobre arena. Descienda a la educación del pue-

blo: no para el pleito de hoy, sino para el de mañana, sobre el que habrá de recaer sentencia”.

ESTE VIEJO, SI QUE FUE UN MAGO...

¿A qué hombre de gobierno, a qué político, a qué estadista, a qué aspirante a Presidente, hemos vuelto a ver después engolfado en esas obsesiones de progreso? Pedro el Ermitaño de la civilización, lo llamó Groussac ante su tumba.

La verdad es que enseñó a los chicos y a los grandes. Para todos tenía cotidianamente una lección y una admonición. El país se fué acostumbrando a verlo, así, en su rol de constructor y de preceptor.

¡Hermosa vida y hermosa acción para el cultor de la novela biográfica! No para el cronista frío y mecanizado que puede andar recorriendo el mundo —ofreciendo su habilidad técnica a la subasta del prócer más espléndido—, sino para alguien que se adentrara en esta vida argentina y pusiera en su exhibición el asombro por las grandes cosas, la preocupación por las minucias y sobre todo la ternura que Maurois ha puesto para presentarnos a Disraeli.

¡Cómo debemos lamentar la desaparición de Ponce que nos dió un anticipo de la obra de arte que podía builar sobre la vida de Sarmiento en aquellas doscientas páginas de “Sarmiento, Constructor de la Nueva Argentina”.

¡Qué vida, qué facetas, qué alternativas! Este viejo que murió hace cincuenta años, sí que fué un mago. Había en sus caprichos milagrerías de rabadomante, de brujo o de arúspice. Pudo parecer a algunos —a los que no lo comprendían, a los que no confiaban en su espantosa fuerza de voluntad—, loco, inactual, desorbitado y extravagante. Presentía las cosas más irreales y ellas se realizaban cinco, diez, quince o veinte años después del ensueño, porque el destino le deparó la suerte de constatar cómo florecían sus milagros.

Cada una de sus ensoñaciones quiméricas parecía encontrar el contacto de la varita mágica de la fábula. En San Juan, en los días adolescentes, soñaba con Franklin “que debía robar al cielo los rayos y a los tiranos su cetro”. Franklin era para su imagina-

ción juvenil el personaje heroico. El, orientó su temperamento revolucionario y su predilección por las conquistas de la técnica. Envejeció, innovando y revolucionando como Franklin. En San Francisco del Monte, en Chile, soñó con escuelas y vió multiplicarse las escuelas. Soñó con el ferrocarril y el ferrocarril se hizo. Soñó con el cable submarino y el cable llegó. Un día, desde Chile, escribiendo contra Rosas, confesó que le envidiaba el puesto administrativo que ocupaba y se prometió suplantarle para dentro de diez años. La quimera de 1849 se tornó realidad en 1868. Ello explicaba su legítima egolatría. "Dónde quiera que se reúnan seis personas —decía— para tratar de educación, en Rosario, en Tucumán, o en Mendoza, yo estoy con ellos y recibo mi parte". Y la parte la ha tenido y la sigue teniendo en todo aquello que, en cualquier latitud del país, nos enorgullece como un índice de progreso y de superación, cuando nos reunimos para hablar de educación, de colonización, de progresos técnicos, de innovaciones fantásticas, de dinamismo, de periodismo, de rebeldía y hasta de moral.

Sembró por doquier. Escuelas aquí y escuelas allá. Escuelas en Chile y escuelas en el Paraguay. Los ferrocarriles y los álamos carolinos. El telégrafo y el mimbre. El observatorio de Córdoba y el trigo del Piamonte. El Colegio Militar y la Escuela Naval. El Parque 3 de Febrero y el Jardín Botánico. Todos los días, optimista, eufórico, abría su puño para desparramar la siembra al azar, sin importarle que la semilla arrojada floreciera en el campo de su adversario y sin contagiar su espíritu con la melancolía filosófica de indagar si el sembrador habría de beneficiarse con sus frutos o con su sombra.

En los años postreros, en sus últimas jornadas, la formidable energía del constructor se fué utilizando, envuelta en la bruma poética del ensueño. Veía como se levantaba, ya, salvando vertiginosamente las etapas, el edificio presentido de su Argentina en forja. Con la serenidad de Gorgias redactó un día, hermosamente, como la síntesis de sus afanes, el epitafio que presidiría su tumba: "Una América libre. Asilo de los Dioses todos. Con lengua, tierra y ríos libres para todos". Entre la emoción de sus compatriotas se quitó otro día la máscara de su reciedumbre apocalíptica, para pronunciar aquella su Oración a la Bandera, y dejó que la quime-

ra brotara de sus labios espléndida, fabulosa, exhuberante y fantástica. Fué cuando el poeta que vivía subconsciente en él se despertó, y se remontó, nada menos que a la terminación de los siglos, para ver a nuestra bandera “discernida entre el polvo de los pueblos en marcha, acaudillando a cien millones de argentinos, hijos de nuestros hijos...”.

Sarmiento, escritor

Por ROBERTO F. GIUSTI

Conferencia leída en A. I. A. P. E. el 17 de Setiembre de 1938.

Las colectividades humanas producen de vez en cuando seres de excepción, que son sus héroes. Ellos las redimen de la esclavitud, les dan conciencia de nación, las guían en los pasos difíciles, les infunden la gracia del espíritu, les descubren su misión sobre la tierra. No hay pueblo que no tenga éstos que hoy son sus dioses tutelares y ayer fueron hombres providenciales en las horas aciagas o inciertas, para emanciparlo, iluminarlo o conducirlo. La Argentina venera los suyos, cuyos nombres están en boca de todos. Ninguno tal vez más encumbrado en esa veneración que San Martín, a quien no sabemos si debemos más admiración que cariño, porque si fué extraordinario como héroe de la epopeya libertadora, fué aún más grande en el renunciamiento ejemplar a todas las vanidades de este mundo. Pero San Martín, en su propia grandeza inaccesible, no es, no puede ser el perfecto arquetipo de los argentinos. Asegurada por las armas la independencia, su obra estaba cumplida. El presidiría, vivo y muerto, ya distante, como numen tutelar, el desenvolvimiento de la nación. Había que hacer patria, desbatar la materia informe. A ello se aplicarían otros hombres, héroes civiles aunque algunos ciñesen espada al cinto por azar de las circunstancias.

De éstos el supremo arquetipo fué Sarmiento. Yo no sé qué sería de la Argentina si él no hubiese respondido al llamamiento

del destino; pero os invito a medir el vacío que habría en nuestra historia si allá en la lejana aldea colonial levantada por los conquistadores en el valle de Tulúm, no hubiera nacido del seno de Paula Albarracín en los mismos días de la Revolución, aquel Domingo Faustino cuya muerte conmemoramos.

Lo que no se ha tenido, lo que no se ha sospechado siquiera que podía tenerse, no se siente como un bien perdido, como no se llora el hijo que no nació, como no llora la especie humana los sentidos de que carece; pero figurémonos un instante, ahora que Sarmiento es nuestro, qué privación habría sido para la patria su ausencia. No me refiero sólo a su obra de combatiente, de constructor y educador; a sus decisivas campañas contra el despotismo; a su civilizadora acción de gobernante; a sus creaciones en todos los órdenes: escuelas, bibliotecas; no, hablo de algo más trascendente que todo eso, cuya influencia es imponderable, pero que ha penetrado de tal manera en la trama de la vida argentina, que ésta sin duda sería muy diversa si Sarmiento no hubiera existido. La gloria de Sarmiento reside principalmente en su prolongada y vibrante irradiación espiritual.

Es su espíritu, es su luminoso ejemplo, es su gruñona amonestación, lo que más cuenta. Su espíritu, todo él derramado en su obra escrita, obra que no es de literato que se complazca en la contemplación de los fantasmas de su mente, sino de un obrero para quien la palabra también es parte, y no la menor, de la acción. Sus escritos, nacidos de la urgencia de la acción cotidiana, páginas de periódico las más que vuelan sueltas o se juntan luego para formar el libro, son su propia vida que se ostenta arrogante y desnuda en la narración autobiográfica, o arremete irónica y vehementemente en la polémica, o se aplica sagaz a la observación de los fenómenos sociales, o se reconcentra en la meditación sobre las causas y los efectos de aquéllos, o expone, justifica, enseña lo que él está haciendo como lo que aún falta por hacer.

Obra periodística, efectivamente; de foliculario, según el calificativo desdeñoso que le aplicaban sus adversarios de Chile en las violentas polémicas entre clásicos y románticos y que él se complacía burlescamente en recordar en la ancianidad, volviendo con

el pensamiento a aquellos días lejanos en que muchos reputados literatos tenían a menos escribir para los diarios.

Sarmiento fué un periodista. La profesión, que deshonran muchos analfabetos y no pocos pillos, tiene noble y antiguo abo- lengo y es bastante anterior a los formidables rotativos; es con seguridad anterior al periodismo. Si no recuerdo mal, Pablo de Tarso era periodista. Sólo que en nuestra época son diversos de los que él usó, los medios materiales de difusión de las ideas.

Refutar una tontería es mucho más espinoso que hacerlo con una idea seria y bien cimentada, porque no se sabe cómo tomarse con ella sin enredarse en su propia ridiculez. Y difundida tontería en cierto mundillo de pedantes es su finchado desdén hacia los periodistas, nombre que repica en sus labios con retintín. El periodismo es concreción, decisión, acción; es literatura viviente; épocas periodísticas han sido por eso las de fecunda agitación de los espíritus; periodísticas fueron el humanismo, el erasmismo, la reforma, el enciclopedismo, todas las épocas críticas y panfletarias. ¿En qué órgano de la prensa actual habría publicado Pascal Las Provinciales? Nadie niega a Voltaire la no igualada virtud de genial periodista. De haber tenido a su disposición los cotidianos actuales de París y de Londres, ciertamente habría escrito, aparte de sus innumerables opúsculos, menos de sus tantas admirables cartas particulares y más "Correspondencias". Aquel activo y magnífico carteo de la Europa del siglo XVIII era periodismo. Periodista fué en España, entonces, como pudo, el valiente padre Feijóo. Antes de él habíalo sido Quevedo. Periodista fué Lessing. Estoy pensando que a Montaigne le hubiera convenido, para sus desordenados ensayos, una buena revista acogedora. Precisamente el ensayo suele ser un género periodístico. Otros lo son por naturaleza: la crítica, la sátira, la polémica.

Recurrir a ejemplos del siglo XIX, el del periodismo, me avergüenza. ¡Ese Sainte-Beuve, el Tomás de Aquino del siglo XIX, como lo llamó Anatole France, aludiendo a la vastedad enciclopédica de su obra, obligado a cocinar un artículo para cada lunes!

Precisamente Sarmiento, descubierta al fin en 1841 su vocación, aquella de la cual dijo que tenía afinidad química con su esencia, hizo en *EL Nacional de Santiago* en un denso artículo el cálido elogio del diarismo, si bien reconociendo cómo a menudo

las páginas del diario imponen a la expresión literaria, su estrechez, su superficialidad y su valor de circunstancias.

Tal fué el carácter general de su obra escrita, expresión cotidiana de sus trabajos, de sus propósitos, de sus pasiones, de sus ambiciones y de sus ideales. Siempre escribió de prisa, improvisando, al descuido, apremiado por la pasión o la obligación, casi sin corregir. De ahí que muchas de sus páginas sean realmente borradores o embriones sin madurar. Sin embargo, o por lo mismo, de los 52 tomos de sus obras completas pueden extraerse por millares las páginas bellísimas dictadas por la emoción y por su estro genial; anécdotas pintorescas, descripciones llenas de color, retratos vigorosos, brillantes o profundas reflexiones sociológicas, morales, políticas y didácticas, dichos agudos, críticas aceradas, elocuentes pasajes oratorios, o líricos, o tiernos, o humorísticos, ingeniosos rasgos satíricos, todas las expresiones de la prosa literaria, entremezcladas con el fárrago de muchos escritos ocasionales, ya sin interés o decididamente insignificantes o triviales. Y de ellos, con todos sus altibajos, se desprende un aliento rudo y genial, inigualado en América.

Si esto no hace un literato, según las ideas corrientes, hace algo más, que es un escritor.

Hay por lo menos dos especies de escritores: el que escoge, corrige, lima, rehace, conforme a un concepto severo del arte mal dicho académico; y el que se abandona genialmente a su espontaneidad. El uno aspira a la forma perfecta; el otro recoge en la punta de la pluma (disculpádmelo: soy un hombre del pasado que morirá sin admitir que a máquina pueda hacerse otra cosa que cartas, copias o páginas volanderas) digo, recoge, lo que le brota generosamente de adentro. El primero no es para mí el frío retórico, que compone penosamente y sin alma correctos mosaicos de palabras, ni el fabricante de pastelitos, relamidos y abrillantados, sino el héroe de aquella gesta de la forma que celebró Rodó en una hermosa página, "epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser". El otro no es el grafómano que derrama océanos de tinta destenida, sino aquel que, conversador expresivo, rico de ideas y sentimientos, sabe conformar maravillosamente la elocuencia escrita al habla oral. Sarmiento pertenece a la segunda especie. Desde sus

primeros artículos de Chile, donde nació a la vida literaria, él proclama como norma la espontaneidad. Su romanticismo de entonces lo hace un escritor rebelde, quizás por ignorancia, para él afortunada, de los supremos modelos antiguos, y ciertamente por odio a preceptistas tales como el mezquino Hermosilla y a los falsos clasicistas del siglo XVIII. Había otra razón: "un estilo castizo y correcto sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa", escribe. Por el momento, en América no había tiempo para tales cultivos. Había que hacer, que alumbrar las conciencias, que decir cosas. "En lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o fray Luis de León, — escribía — adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grande luminaires de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado aunque a veces sea inexacto; agrada al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro; nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán".

Esta sumaria preceptiva es del año 1842, y fué formulada en medio de una polémica con los guardianes de los sagrados modelos, Andrés Bello y su círculo. Es un grito de insurrección del alma americana que reclama la independencia elocutiva — sobre todo con respecto a España — como ya había conquistado la política. En ella está contenido ya el *Facundo*.

Pero si analizamos bien los términos de la doctrina que acabo de leer, veremos que tratan de cosas tan distintas como son, por un lado la materia de lo que escribimos y por el otro la elocución; por uno, la corrección gramatical y por otro el estilo.

Sarmiento, espontáneo genial, incurre aquí en el error, que no es sólo suyo, de creer que basta tener cosas que decir para decir las bien. Sí, es verdad que el que concibe bien escribe bien; pero

es que la famosa distinción de forma y fondo de los preceptistas no resiste al análisis, y cuando hemos pensado bien, ya hemos encontrado la expresión adecuada, justa, necesaria; en cambio no hemos todavía pensado o se ha formado apenas en nuestra mente un fantasma, un jirón de pensamiento, hasta tanto no le hemos dado cuerpo mediante la palabra, aunque ésta sea interior. Lo que ocurre en espíritus como Sarmiento es que en ellos el pensamiento no necesita tomar forma lentamente, por aproximaciones verbales sucesivas, sino que sale armado ya de todas sus armas, como Minerva, según la resabida imagen, de la cabeza de Júpiter. Esto en sus momentos felices, como lo fueron aquellos en que él escribió sus páginas más memorables, o descriptivas o polémicas, pues en otras muchas están patentes el desaliño, la improvisación, la labor expresiva inacabada. Thomas Mann, el gran novelista contemporáneo, valiente autor de la *Advertencia a Europa* — ya véis que no cito a un estéril retórico — ha definido al escritor un hombre que escribe con suma dificultad. Bien: Sarmiento no pertenecía a esta especie de espíritus, y por eso, parte de sus escritos son ya caducos. Lo salva en las mejores páginas del *Facundo*, de *Recuerdos de Provincia*, de sus *Viajes* — sobre todo en los escritos de la madurez — y en muchos de sus artículos polémicos y discursos, su demonio familiar, su inspiración genial, cuando escribiendo d'un jet — como dicen los franceses — de un chorro, funde la materia hervorosa del pensamiento en moldes vivientes. Y aun siendo así, me queda la duda sobre hasta qué punto no retocó y rehizo algunas de sus páginas más celebradas de Chile, aquellas que tienen duradero valor literario.

La otra confusión es la que suele hacerse — y él mismo hacía — entre corrección gramatical y estilo. ¿Si tiene estilo Sarmiento? ¡Y se pregunta! Pocos prosistas americanos, y diré, ningún argentino, pueden jactarse de haber poseído como él, tan personal e inconfundible, “esta dote tan rara del escritor consumado, que cuando llega a manifestarse y tomar forma, ha dado lugar a decir: El estilo es el hombre”. Las últimas palabras que he citado son suyas. Aconsejando en 1868 desde Nueva York a su amiga Aurelia Vélez, le decía: “Acometa la empresa y escriba con el abandono con que me escribe a mí: he ahí el grande estilo” ¡Qué duda cabe! Pero esa difícil facilidad no está al alcance de todos, y

para conseguirla, no basta decir: Me abandono a lo que me dicte la inspiración. Escritores de este linaje, que escriben como se habla, conforme al ideal de Sarmiento, no se encuentran a montones en la historia literaria. En todos los que hacemos de la pluma un oficio o una necesidad, también en los que procuramos decir las cosas llanamente, hay algo de hechizo, de postura, de inevitable afeite, de indisimulable propósito literario. Tampoco Sarmiento escapa a esta observación. Escribir con el desaliño y la frescura de la palabra hablada, y hablada al descuido, como escribía Santa Teresa a quien la relación de su Vida, ella misma lo ha dicho, no le costó más cuidado ni tiempo que el que gastó materialmente en redactarla, es un milagro del genio. Otro tanto puede decirse de Bernal Díaz, el más interesante de los historiadores de la conquista de Méjico, porque habló de cosas vistas, con sinceridad de rudo soldado. Y lo mismo, de la Vida de Benvenuto Cellini, célebre por la espontaneidad del estilo, por la singularidad de su prosa, tan viva como la que él hablaba. Y también de Unamuno, admirador, por cierta afinidad espiritual, de Sarmiento, si no maleara su prosa esa afición suya tan hispánica a la sutileza y al juego de vocablos, que de conceptista degenera en equivoquista. Nótese que esta peculiaridad se da principalmente en los autores de autobiografías, o en los de cartas íntimas, o en los polemistas apasionados que se hacen protagonistas de la polémica, por lo que no ha de sorprendernos que la descubramos en Recuerdos de Provincia, en la Vida de Dominguito y en quien gustaba tanto de la confianza epistolar o de arrojarse desnudo en las batallas periodísticas.

Cualidades excepcionales de estilo que pueden juntarse perfectamente con la incorrección gramatical. Esta en efecto llega a ratos a lo insufrible en Santa Teresa y lleva a Benvenuto Cellini a quebrantar todos los preceptos de la sintaxis.

Tener estilo es ser eficaz en la expresión de las ideas y sentimientos: darles color, plasticidad, brío, animación, vida, en fin. Sarmiento es eficaz en la narración, en la descripción, en el retrato, en el apóstrofe, en el sarcasmo. ¿Pero es de veras un escritor tan incorrecto como suele decirse? Atengámonos por supuesto a sus libros más célebres, y desechemos tantas páginas escritas, hasta sin releerlas, en la mesa de redacción, en el apremio de la lucha, entre preocupaciones gravísimas, las cuales han pasado además al libro

ensuciadas por las erratas de los pobres tipógrafos que debían deletrear en la alta noche la letra febril del púgil. Es un lugar común decir que Sarmiento está plagado de galicismos. Hay en ello por lo menos manifiesta exageración. Es sabido que él se nutrió de autores extranjeros, leídos en su propia lengua, sobre todo franceses. En éstos encontraba aquel pensamiento político y social que necesitaba asimilar para desbarbarizar a su patria. A los españoles los desdeñaba, porque salvo excepciones como la de Larra, entre sus contemporáneos, no le decían nada de provecho. El mismo confesó haber frecuentado poco a los clásicos castellanos, si no era el Quijote, y sin duda hay huellas de la amplia y a veces jadeante prosa cervantina en algunas de sus páginas.

La deducción queda pronto hecha: Sarmiento no lee sino libros franceses; luego, es un galicista. Y no hay tal. Le gusta mechar de vocablos franceses sus escritos; pero éstos no son los verdaderos galicismos. El extranjerismo de dicción es raro en su léxico y en su sintaxis. Referiré una anécdota poco conocida de su vida: En 1879 puso el Facundo en manos de un autorizado hablista cubano, extremadamente purista, don Luis Felipe Mansilla, para que lo depurara de galicismos, si los hubiere — decía; y Sarmiento, escribiendo sobre él años más tarde en ocasión de su muerte, manifestaba: "Sus observaciones son curiosas y no deben perderse, como que venían de un hablista". Pues Mansilla no había encontrado en el Facundo galicismos sino americanismos que debían conservarse, por cuanto daban una expresión peculiarmente americana a las ideas. Y el cubano creía más: que Sarmiento había leído muchos escritores antiguos castellanos, impregnándose su estilo de locuciones castizas, lo que el nuestro, precisamente negaba (1). Ahora bien. ¿De qué modo explicarse que este extranjerizante tuviese una prosa señalada como castiza, porque indudablemente lo es el genio de su sintaxis?

Haced memoria de aquella página de Recuerdos de Provincia, en que hablando de una amiga de su madre, doña Francisca Venegas, última de este apellido en San Juan y descendiente de las familias conquistadoras, cuenta Sarmiento que ella y sus hijas, decían cogeldo, tomaldo, truje, ansina, entre otros vocablos antiguos.

Es decir, esta familia conservaba en su aislamiento, por tra-

(1) En carta a don Matías Calandrelli, de 1881.

dición doblemente secular, ciertas peculiaridades del idioma de los conquistadores, el mismo que hablaron y escribieron Juan del Encina, Santa Teresa, Bernal Díaz, y el anónimo autor del *Lazarillo de Tormes*, y se conservó en algunas formas del lenguaje gauchesco. Aunque no todos en San Juan hablaran arcaicamente como las Venegas, cuyo lenguaje, según afirma Sarmiento, prestaba asidero a la crítica del vulgo, esta sola referencia nos prueba que él procedía de una región donde la casticidad del idioma se conservaba relativamente intacta. Esa lengua del terruño, genuinamente española, dió castiza estructura a su sintaxis; y cuando estas cosas se aprenden de niño, se han bebido con la leche materna, ya no se olvidan. Groussac, admirable prosista de nuestro idioma, hecho por el talento y el estudio, tendrá siempre hasta la vejez, en su sintaxis, resabios de galicismo. Podemos, pues, afirmar que Sarmiento, a pesar de su desdén por los escritores españoles, ha sido quizás el más español de los escritores argentinos. "Mi castellano es un poco colonial" — dijo alguna vez con acierto. No así el de Alberdi, quien lamentaba en la vejez haber despreciado a los clásicos, y cuya prosa incorrecta está plagada de horrendos galicismos.

Estoy seguro de que me excusaréis si no me detengo a examinar largamente sus libros más famosos, de todos conocidos. Estrictamente clasificables entre las obras literarias compuso tres: en orden cronológico, *Facundo*, de 1845, los *Viajes*, coleccionados en 1849 y escritos en el trienio anterior, y *Recuerdos de provincia*, de 1850, cuyo embrión está en *Mi defensa*, de 1843. Todas son obras de la madurez y de la estada en Chile, porque al autodidacta genial no se le descubrió la vocación de escritor hasta el día en que publicó en febrero de 1841 en "El Mercurio" de Valparaíso su descripción del paso de los Andes y la batalla de Chacabuco, atribuida fingidamente a un anciano teniente de artillería. Con todo, señal indudable de su talento literario, cuando se puso a escribir regularmente — paso por alto sus escaramuzas periodísticas sanjuaninas — aquél estaba formado. Ese primer artículo, aprobado por los exigentes puristas chilenos y el propio Andrés Bello, y el que le siguió en abril sobre la derrota de Cancha Rayada y la victoria de Maipo, muestran una pluma diestra y vigorosa. Algún rayo del arte descriptivo de Chateaubriand descende

a iluminar sus cuadros de la naturaleza y del combate e inspira las imágenes más felices. Leo en el segundo: "La noticia del desastre, que hacía inútil y derrisoria la sangre derramada en Chacabuco, llegó por un telégrafo de terrores a la malaventurada Santiago...". Notemos ante todo ese adjetivo "derrisoria", que es voz anticuada y confirma lo dicho de su casticismo. Y luego, ¿quiérese expresión más de hoy que ese "telégrafo de terrores" por donde llega la noticia a través de los espantados fugitivos, a Santiago en fiesta? Y más adelante, refiriéndose a San Martín: "3.500 bravos seguían sus órdenes que no sus pasos, porque él marchaba el último de todos". La frase es digna de Tácito. Y en seguida: "¡Desgraciado el soldado que se separase un paso de la columna cerrada en que se retiran formados! ¡Desdichado de aquel que se detenga a aplacar la sed, que el cansancio y el polvo estimulan! La muerte ha sido colocada por el jefe en todas partes, y ronda en torno de la sagrada columna que guarda el paladium de Chile. El soldado marcha en silencio y sólo se oye el paso acompasado de los batallones, mezclado al ronco gruñido del cañón que Blanco Encalada arrastra penosamente". Esta es cabal prosa romántica. Verdad que un tartamudo como Antonio de Valbuena se habría burlado de los dos sonsonetes del comienzo de la frase: "desgraciado el soldado que se separase un paso", y que Flaubert, el cual se sonrojaba de haber escrito "une couronne de fleurs d'orange" no los habría ahijado; pero Sarmiento no es de los escritores que liman tales asperezas. Va directamente a su objeto, con frase de ritmo rotundo, sí, pero sin importársele los tiquismiquis de la armonía interior.

Con esta misma pluma aun mejor adiestrada en el ejercicio de la crítica teatral y literaria y en interesantes artículos de costumbres, escribió tres o cuatro años más tarde el *Facundo*, precedido en 1843 por la *Vida del fraile Aldao*, el primero de sus ensayos sobre el caudillaje. Obra "sin pies ni cabeza" la calificó él mismo. Y ¿por qué? ¿No tiene estructura? Las tres partes en que puede dividirse tratan de materias diferentes; pero el libro, aunque se resiente de la improvisación con que fué compuesto, tiene la unidad que nace de su espíritu y del propósito que le dió vida. Ensayo descriptivo, crónica, biografía novelada, libelo, explicación sociológica, alegato político, no cabe sin duda en las

corrientes clasificaciones de los retóricos; pero ¿qué importa? ¿Para afirmar el valor de un libro es preciso antes encasillarlo? ¿Dónde pondremos La Divina Comedia, si la comparamos con la epopeya homérica y virgiliana? ¿y qué casilla había para el Fausto de Goethe antes de ser escrito? El Facundo vive por sus admirables descripciones de la pampa y de sus tipos característicos, hechas sin embargo, no aprés naturees sino sobre referencias de viajeros, arrieros y militares; vive por la intuición, genial en su tiempo, de la relación entre el medio físico, el hombre y la historia, y por la interpretación unilateral y simplista, del caudillaje y nuestras luchas civiles; vive porque esculpió para siempre en perenne granito la figura del protagonista, a la cual ningún esfuerzo de la rectificación histórica ni sus propias atenuaciones posteriores han podido ni podrán ya cambiarle los rasgos siniestros. ¿Quién nos ha puesto sobre la pista de una explicación racional de nuestro pasado, de nuestra tierra, de nuestro pueblo, sino este libro, completado y superado desde el punto de vista sociológico, 37 años más tarde, por Conflictos y armonías de las razas en América? Abro un paréntesis para hacer justicia al otro gran pensador argentino, Juan Bautista Alberdi, el solo que iguala a Sarmiento o tal vez lo aventaja en eso de haber visto "cosas nuestras" y haber propuesto a los males remedio y a los problemas soluciones. Sin ellos ni tendríamos la cabal conciencia de lo que somos como pueblo. Aquel descubrimiento de la llanura argentina y del gaucho en la primera parte del Facundo, otros países de América han tardado más de medio siglo en hacerlo de su propia tierra y sus habitantes. Aun cuando Sarmiento errara en alguno de sus juicios, ellos son el substracto de nuestro pensamiento sociológico y de ellos hay que partir necesariamente así sea para contradecirlos, negarlos o superarlos. Sus libros son la levadura de toda sociología de esta parte de América.

Me he apartado del asunto. Me ha arrastrado el contenido del libro. Pero ¿acaso la literatura sólo es el arte de combinar lindas palabras y evocar deleitosas imágenes? El Príncipe de Maquiavelo, la Grandeza y decadencia de los Romanos de Montesquieu, Port Royal de Sainte Beuve, la Ciudad Antigua de Fustel de Coulanges, la Historia de Jesús de Renán, Uchronía de Renouvier, y cien libros más, famosos, de sociología y de historia, perte-

necen a la literatura con igual derecho, que el *Orlando Furioso*, las *Soledades*, las *Orientales* o los poemas de Mallarmé.

En *Recuerdos de provincia*, crónica, autobiografía e idilio en el sentido clásico del vocablo, el escritor nos descubre otra veta de su talento: la emoción y la ternura comunicativas. Porque a este hombre rocalloso le corría por las entrañas un manantial fresquísimo de humanidad, como lo probarían, si no bastaran la *Historia de mi madre*, *El hogar paterno*, la *Vida de Dominguito*, *Mis pajaritos* y muchas otras confidencias íntimas, su amor a los niños, a los árboles y a los animales. Como tampoco le falta la vena del humorismo, desde el afectuoso y risueño del narrador de sus andanzas muchachiles junto con Barrilito, Piojito, el Chuña, Velita, Capotito, el Guacho, hasta el jovialmente rabelesiano de algunas polémicas, celebrador del buen reír que humaniza la contienda.

Con muy buenos libros de viajes cuenta la Argentina: memorias de Alberdi, uno muy interesante de Cané, otro de Lucio López; de Groussac, *Del Plata al Niágara*; de Angel Estrada, cinceladas evocaciones: esto, para citar solamente los más autorizados. Los *Viajes por Europa, África y América*, cronológicamente anteriores a todos, no desmerecen ni del más denso en cuanto a la riqueza de las observaciones y reflexiones morales y políticas que encierran, ni del más pintoresco. Es el libro de un hombre práctico, que hace tesoro de cuanto ve, y a la vez de un artista, que sabía serlo Sarmiento cuando se lo proponía. Este vigoroso retratista era también un excelente pintor al fresco, extraordinariamente dotado para la percepción del color.

Contempla a Río de Janeiro y escribe:

...“En los climas templados reina sobre toda la creación un claroscuro débilmente iluminado que revela la proximidad de las zonas frías, en donde el pinabeto y el oso son igualmente negros. Suba usted la temperatura algunos grados hasta hacerla tropical, y entonces los mismos insectos son carbunclos o rubíes, las mariposas plumillas de oro flotantes, pintadas las aves, que engalanan penachos y decoraciones artísticas: verde esmeralda la vegetación, embalsamadas y purpúreas las flores, azul cobalto el aire, doradas a fuego las nubes, roja la tierra y las arenas entremezcladas de diamantes y de topacios”.

Pasajes como el leído, de colorista por temperamento, abundan en sus libros, y, naturalmente, en los Viajes, por su propia índole.

En una rápida ojeada hemos visto, pues, la multiformidad de las dotes de escritor que poseía Sarmiento, y eso que apenas nos hemos referido de paso al crítico y al polemista, o al orador que sabía remontarse hasta la más alta elocuencia sin recurrir a la hipérbole castellana y a la exageración de los epítetos, denunciados por él como un extravío parlamentario. El tema ha sido apenas rozado por mí. Todavía no hemos salido de las generalidades ni podíamos hacer más en el tiempo que me he asignado. Un estudio estilístico, psicológico y gramatical a la vez, de la prosa de Sarmiento, aun no ha sido hecho. He ahí un asunto tentador para la tesis de un estudiante de humanidades: lo sugiero a aquellos que puedan haberme honrado con su presencia.

Y antes de concluir séame permitido decir dos palabras del hombre:

Si ésta no fuera una época en que la formación de la leyenda es impedida por la crítica vigilante, Sarmiento sería ya a los cincuenta años de su muerte, el héroe de alguna fabulosa epopeya, y quizás, dentro de pocos siglos, para las generaciones futuras, un semidiós.

Si lo primero, él mismo evocó con una feliz imagen, refiriéndose a la gloriosa campaña que tuvo fin en Caseros, los tiempos heroicos de nuestra patria, "la toma de Ilión por los héroes griegos conjurados", son palabras del admirable discurso con que agradeció el saludo de sus conciudadanos al cumplir los setenta y cinco años, dos antes de morir. Si un semidiós, ¡qué mito maravilloso podría construirse con su historia! Groussac, escribiendo sobre él en ocasión de su muerte, lo comparaba con el centauro Quirón, el preceptor de Aquiles y amigo de los héroes, cuya figura aconsejaba se esculpiese en su monumento. "Destacado del zócalo en alto relieve, erguiríase el divino sagitario — escribía — como en el mármol del Louvre: el torso atlético sosteniendo la noble cabeza humana, de frente pensativa y mirada augural, en tanto que la vibrante grupa ecuestre ondula, como resorte de

músculos, próxima a desprender del suelo el duro casco y soltar por montes y llanuras la frenética carrera”.

Pero no hay necesidad de recurrir a los mitos clásicos. La figura de este hijo bravío de la provincia calcinada que se extiende al pie del Ande, pide por marco una cosmogonía de esta tierra, en la cual no podrían faltar sin embargo inevitables reminiscencias de los cavernosos cíclopes, forjadores de rayos, y de los trabajos de Hércules, limpiador de establos y debelador de monstruos. Cosmogonía que un Hesíodo americano podría cantar desde la divina infancia en que el hijo semejante a la madre, tejedora incansable y edificadora perseverante de la casa familiar, obra de su industria, es arrebatado tempranamente por los dioses a los mezquinos tiranuelos, para que se cumpla, detrás de las altas montañas, su destino de vencedor del rojo tirano de ojos celestes, fruto del connubio de la pampa gaucha y el arrabal negro, hasta la hora en que al desaparecer de entre los hombres y ascender al cielo de los inmortales, elige la selva lejana en el país del sol, a fin de esconder la decrepitud de sus despojos terrenos, a los ojos de quienes siempre lo vieron en gallarda actitud de combate.

Y ahora volvamos al hombre que muchos contemporáneos han visto y conocido, el que llenó con la pluma tantas páginas memorables, y con sus hechos, no menos número en la historia de la patria. El había dicho en víspera de ascender a la Presidencia: “Veinte años después de mi muerte, recién seré apreciado”. En efecto, su figura se engrandece a medida que el tiempo pasa y que los infinitos caminos por él trazados a todos los rumbos, son anchas avenidas despejadas por donde la Argentina marchará segura, si no se aparta, novelera, de ellas. Hagamos justicia a su esperanza, expresada humildemente en una magnífica página autobiográfica, que asocio involuntariamente por su sencilla sobriedad con páginas parecidas de Juan B. Justo y José Ingenieros: “He labrado como las orugas mi tosco capullo, y, sin llegar a ser mariposa, me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan”.

Si bien en 1888, en el trayecto de la Asunción a Buenos Aires, se tributaron a sus restos honores de apoteosis, y aun sus enemigos y adversarios inclinaron las armas a su paso, cuando murió

sangraban todavía los heridos en tantos rudos encuentros con este hombre que no daba ni pedía cuartel, y no podía pedirseles a todos el juicio sereno de la posteridad. Pero ya en los días del centenario de su nacimiento, en 1911, vimos su figura remontarse en el cielo de la patria, desprendiéndose luminosa de las páginas de prestigiosos estudiosos y biógrafos tales como Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones; y hoy, más de veinticinco años después, la valoración definitiva está hecha, y no han de oscurecer su imagen algunos pasquinistas mal nacidos, que representando en la época presente las más tenebrosas fuerzas del pasado, se esfuerzan en vano por salpicarla con el barro de que está formada su alma. Estos no le perdonan la escuela laica y repiten contra él las calumnias de sus adversarios del 84; los bárbaros, que nos haya desbarbarizado; los esclavos, que nos haya enseñado a ser libres y a defender la libertad, no ya del enemigo exterior, que no hacía falta después de la gesta emancipadora, sino del prejuicio, de la rutina, de la ignorancia y el despotismo.

Tener fe en Sarmiento es tenerla en la democracia y en las instituciones republicanas sustentadas en la educación y voluntad populares, fe hoy más necesaria que nunca, cuando vemos que por progresiva entrega de un gran pueblo, Europa puede ser hundida en un océano de sangre y miseria por la sola palabra, que dirá cuando se le antoje, de un hombrecillo esfinge, de quien no se sabe siquiera si es un político realista o un iluminado belicoso. (1).

El maestro ejemplar, el gran viejo rezongón, a los 75 años dejaba como legado a sus conciudadanos una máxima política comprobada por los siglos, y es ésta: "Los pueblos se suicidan cuando dan en creerse a sí mismos, inmorales, degradados y corrompidos. El mal existirá siempre en la tierra; pero hoy más que nunca los pueblos libres brillan por sus virtudes. Si os reconocéis venales o abyectos, os gobernarán como a presidiarios".

No, no creamos en quienes hablan de la venalidad y abyección de esta época. Nos quieren convencer de que somos abyectos, para ponernos bajo tutela so capa de redimirnos. Hoy como ayer, arden en muchos pechos puros sentimientos, y exaltan los ánimos

(1) Estas palabras se decían en el angustioso mes de setiembre, cuando el mundo se vio al borde del abismo en que estuvo a punto de despeñarse.

nobles ideales. No era superior el medio en que Sarmiento luchó, y si algún iluso alabador del tiempo pasado lo duda, recuerde los desalientos del luchador, y repase sus batallas. Almas grandes, voluntades férreas como la suya, eran entonces tan raras como son hoy. A estos hombres no basta admirarlos; hay que procurar imitarlos, combatiendo las batallas del propio tiempo

Actualización de Sarmiento

Por LUIS REISSIG

Conferencia pronunciada en A. I. A. P. E. el 17 de Setiembre de 1938.

Quien lea por primera vez a Sarmiento se sentirá como sacudido por una mano robusta que lo despierta. El tiene que presentarse así, en su figura de gran Gulliver, pero más enfático, más recio, más primitivo; con algo de Gargantúa y de fauno; como un gigante con los pies hundidos en el barro, levantándolos pesadamente, dando manotones y zancadas, un pescozón aquí, un moquete allá; con un belfo caído y su amplia mandíbula irritada, retando a los muchachos, empujando a los jóvenes, cantándole cuatro frescas a los indiferentes o cuatro verdades a los pícaros. Y bajo su apariencia de señor enfurruñado, de mirada hosca y palabra tajante, un hombre tremendamente bueno, tremendamente voluptuoso, abierto como el mar, tan hecho para sentar en sus rodillas a los niños y enseñarles a leer, tan hecho para cuidar una huerta, tan hecho para recitar una poesía al oído de una linda muchacha como para ser el civilizador, el artesano, el maestro de esta Argentina que nos entregó libre y que hoy dejamos, con mucho de cobardía y algo de retórica, que permanezca maniatada.

Gran Señor de las cosas, con la magia de fuego de un Vulcano y la potencia de un demiurgo, necesitaba ilimitados campos pa-

ra cumplir su obra. No se satisfacía con nada. Pasaba de un tema a otro, volvía sobre el primero, lo ajustaba, y proseguía su labor ciclópea. Parecía una de esas madres prolíficas que tienen que hacerlo todo: amamantar al pequeño, coser aquí un botón, allá una cinta, lavar y peinar a la prole, correr a la cocina, ir de compras, alimentar, educar, organizar; pasando de un menester a otro con la angustia del tiempo pero con la concentración subitánea de quien sabe descubrir cosas grandes en las cosas pequeñas.

¡De qué no se habrá ocupado Sarmiento! Asombra hoy su energía inagotable, su visión de los hechos y la solidez de sus realizaciones. Y pensar que él tenía que improvisarlo todo, desde el silabario hasta la siembra. Cuando hoy oímos hablar de dictadores que levantan puentes y construyen caminos con ejércitos de ilotas; cuando hoy se nos muestra todo el mecanismo de la gleba de burócratas que ajusta su vida al trabajo a cadena, y volvemos la mirada a Sarmiento, sonreímos: él fué siempre entre nosotros el gigante en el país de los pigmeos. Por eso sus pullas más inocentes levantaban ampollas y su cólera parecía un tifón. Por eso su voz, venida de allende los Andes, suena en Buenos Aires como un bombarzo. Todos los demás expatriados o desterrados son un coro de ángeles comparados con su carcajada de demonio; porque este hombre vomita el fuego que arrasa con las alimañas de los pastizales; este hombre tiene un montón de verdades atadas en la punta de su larga cola, para sacudirlas (y las sacude), quedándose con las manos libres para cavar los cimientos de la Argentina en que hoy vivimos y que nace con él.

¡Y qué prosa cálida, robusta y animada la suya! ¡Qué placer volver a leerla! Salimos de ella como de un baño de mar después que nos han volteado alegremente las olas, desnudos de aderezos y limpios de afeites; y aunque no tiene la armonía de Venus emergiendo por entre la espuma de las aguas, posee su fecundidad.

Hay prosas estériles y prosas fecundas. Tales como los hombres que las expresaron. Y Sarmiento es la imagen de la fecundidad. Lo que escribe cae al papel como una letra, pero rebota en seguida como uno de esos enanitos de los cuentos que empiezan a gesticular y moverse de un lado para otro. Por eso se le temía. Una multitud de palabras asaltaban al adversario por los cuatro costa-



EN ESTADOS UNIDOS, EN 1862

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

zonda. A otros dejó que cultivasen la prosa engolada o mezquina, la prosa servil de la mayor parte de los escritores de la Argentina, prosa de poncho o capa, mala e incómoda prosa para trabajar de veras por esta patria a medio hacer todavía. Su castellano fué un castellano para hijos de gringos, es decir, el futuro castellano de la Argentina. Fresco y vigoroso como la corriente de trabajadores que han dejado aquí sus huesos con sus patacones, el castellano de Sarmiento expresa, como ninguno, la epopeya de la construcción nacional. Todos lo entienden porque responde, palabra por palabra, letra por letra, al problema de nuestro progreso: Educación, Inmigración, Tierras.

¡Educación, inmigración, tierras! Medio siglo ha pasado desde su muerte y estos mismos problemas se nos presentan como si fueran sólo de hoy. Tanto, que si pensáramos en un programa de gobierno que pudiéramos expresar en pocas palabras como bandera, diríamos: "Programa Sarmiento: educación, inmigración, tierras".

Cuando se piensa en este programa, se comprende mejor el por qué de todos los ataques a Sarmiento. El era polemista, pero tenía que serlo. El combatía rudamente, pero es que tenía que combatir. No ignoraba que los privilegios no se vencen con romanzas y por eso le hablaba al pueblo en el llano y claro lenguaje en que éste le podía comprender. ¿Nos damos cuenta, ahora, del por qué del castellano para hijos de gringos que usaba Sarmiento? El escribía "para el millón", como se complacía en decir. Para el millón de gringos y de hijos de gringos que iban venciendo con la pala y el arado de mancera, con su arte y su industria, con su ciencia y su cultura, el espíritu reaccionario de la Colonia.

Y estamos hoy todavía con la Colonia en ancas. La historia argentina se mueve, aun, sobre cuatro patas; política, economía, educación, todo se apoya en el ganado. Con Sarmiento, se afirmó por un tiempo la historia de los bípedos inteligentes; comienza la agricultura, se organizan pequeñas granjas, se instalan industrias. El hombre pasa a un primer plano, del cual el ganado volverá a desalojarlo después.

La estancia es la colonia. Azara, empleado de la corona, calcula la superficie del Virreinato de Buenos Aires, y llega a la conclusión de que el país puede admitir 80 millones de cabezas de gana-

do con solo 170.000 cuidadores. ¿Cuánto producirían al año 80 millones de cabezas de ganado? —se pregunta Azara—. Y el resultado le llena de asombro a Azara. Y Sarmiento interroga a su vez: ¿Cuánto producirían 80 millones de hombres cultos, en lugar de esas vacas?

El librito que contiene esta pregunta es la “Memoria enviada al Instituto Histórico de Francia” por Sarmiento, desde Yungai, en 1853. Es allí donde define con toda claridad uno de los postulados de su política de legislador y gobernante. “La tierra —dice— es la base de la propiedad. La tierra es la única base de la civilización. Es preciso poseerla, explotarla, habitarla, poblarla, para que las artes y las leyes nazcan o se fundan, y se perpetúen”. Y como el ganado “barbariza y embrutece a los que lo apacentan”, la tierra será para Sarmiento el capital que debe entregarse al trabajo que venga con la inmigración.

Sarmiento está así contra el latifundio, que es ya el cáncer de la Nación. ¿Queremos saber por qué está contra Rosas? Se dirá: porque Rosas es la barbarie y la tiranía. Respondamos mejor: porque Rosas es el gobierno ejemplar del ganado y de los latifundios. “¿Quién era Rosas? —se pregunta Sarmiento—. Un propietario de tierras. ¿Qué acumuló? Tierras. ¿Qué dió a sus sostenedores? Tierras. ¿Qué quitó o confiscó a sus adversarios? Tierras”. (1) Y en una frase que explica la violencia de sus luchas contra caudillos y tiranos, dice: “Las vacas dirigen la política argentina. ¿Que son Rosas, Quiroga y Urquiza? . . . Apacentadores de vacas, nada más”. (2).

Dígasele después a Sarmiento que modere sus epítetos, mida su gesto y se pliegue, como otros, a una política de pasteleros. Sarmiento tiene que gritar las verdades que le queman la lengua. ¡Y cómo las grita! Hasta en las cartas confidenciales su lenguaje es violento. Después de Pavón, le escribe a Mitre: “No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos”. (3).

¿Por qué Sarmiento, el educador, el constructor, el que sabe

(1) “El Nacional”, agosto 23 de 1855.

(2) Obras completas. Tomo XIV, página 281.

(3) Archivo del General Mitre, IX, 360. (Cit. Palcos).

cómo transforman al niño y al hombre las artes manuales y el silabario, la agricultura y la técnica, lanza ese consejo que espanta?

Es que Sarmiento identifica al gaucho con la colonia misma en retraso, sirviendo los intereses del ganadero y del latifundista en las luchas civiles.

¡No economizar sangre de gauchos!... La sentencia es tremenda. Pero Sarmiento está en ese entonces arrojando venablos, envuelto en la polvareda de sus mil batallas, y no puede dominar su impaciencia ni ver claro todo el problema de explotación social cuyas primeras víctimas son el gaucho y el indio. Sarmiento no puede dominar su impaciencia y esperar años hasta que se opere el milagro del silabario sobre aquellos cerebros en sombra y su transformación en la nueva economía social con la división de las tierras.

Para nosotros, matar al gaucho como matar al indio significa solamente concluir con los regímenes económicos de servidumbre que ellos han tolerado, con los regímenes políticos antidemocráticos que ellos han sostenido. ¡Ya no más indios ni gauchos, ni caudillos, ni jefes de tribus, sino trabajadores libres!

Nuestra aristocracia latifundista, y nuestra burguesía vacuna, baten parche, desde hace años, a la gloria del gaucho. ¡Ellos saben por qué lo hacen! El gaucho es la única nota musical de su concierto de becerros y equinos en su dilatado campo de la economía colonial y de sus mercados de privilegio. Una nota musical que ha cantado sus penas, o a lo sumo se ha conformado con cantar las cuarenta, como en Martín Fierro. Y además, ¿cómo podían tranquilizar a la burguesía y a la aristocracia esos cantos de amargura y desahogo, de soledad y de impotencia? Otra cosa hubiera sido si a la voz de "aura" de Martín Fierro los señores feudales hubieran visto sus tierras divididas, sus ganados repartidos y el arado abriendo en sus tierras confiscadas la ruta del porvenir.

Pero mientras Martín Fierro tocaba tranquilamente la guitarra y cantaba sus coplas, una sola familia, los Anchorena, poseía tranquilamente medio millón de vacas e ignoraba el número de ovejas que le pertenecía; el señor de la carreta marcaba y contramarcaba, sin sobresaltos, para no dejar morir a las pobrecitas bestias sin el bautismo; y Rosas repartía entre sus cómplices 1500 leguas de campo!

Mientras Martín Fierro tocaba tranquilamente la guitarra y cantaba sus coplas, la República estaba agobiada por dos sistemas sucesivos de milicias destinadas a proteger tres millones de cabezas de ganado en campo abierto, produciendo un tercio de lo que debían producir, estorbando la población y cultura del suelo; y en la ciudad de Córdoba, la docta, entre frailes y latines, sólo treinta y seis niños aprendían a leer.

Mientras Martín Fierro tocaba la guitarra y cantaba sus coplas, el país poseía millones de vacas y no se fabricaba un solo queso, valía en el mercado seis duros una arroba de carne, el pan se vendía más caro que en Europa, y en Chivilcoy trescientos labradores que habían poblado, arado y plantado árboles, veíanse expuestos a abandonar sus casas y sus mieses sin cosechar, desalojados por los falsos propietarios de los boletos de sangre.

Y cuando Martín Fierro suspende sus coplas y cuelga la guitarra; cuando parece que por fin la realidad que lo acorrala le abre los ojos, no hace otra cosa que dividirse en la turbia lucha entre federales y unitarios.

¡Federales y Unitarios! ¡Cuánta sangre y cuánta tinta han derramado! ¿Qué los diferenciaba en el fondo a uno del otro? La lucha no era por un lado la civilización y por el otro la barbarie. La lucha era entre burguesías desposeídas y burguesías conquistadoras. Lo que diferenció a Federales de Unitarios fué solamente la personalidad de Rosas, con sus crueldades y su ignominia. Los dos grupos estaban asentados sobre el mismo régimen económico: latifundio, analfabetismo, ganado.

Por eso Sarmiento es doblemente grande después de la tiranía. Si ha caído con Rosas el obstáculo personal en la transformación de la República, subsiste con todas sus raíces el obstáculo social y económico. Ya se verá cómo los males que dieron base a la tiranía o a las guerras civiles se yerguen. Y contra todos ellos, Sarmiento irá con los bolsillos llenos de silabarios, con sus leyes agrarias y su efectiva conquista del desierto. El pedirá tierra para los agricultores, ganado para las granjas, casas para los pobladores; abogará hasta porque la inteligencia expatriada de la Francia de Napoleón III, empujada a las Guayanas, derrame su fruto en estas tierras.

¡Educación, inmigración, división de las tierras!

Pocas veces un homenaje a un argentino ilustre, tanto que podemos llamarlo, sin error, el más grande de los argentinos, se celebra en hora tan llena de su recuerdo. Estamos, todavía, como en los días tempestuosos de Sarmiento, con el mismo problema del analfabetismo, del latifundio, de la inmigración. Las clases conservadoras, unitarios y federales de entonces, conspiran contra el progreso del país en beneficio de su propio progreso. La escuela confesional quiere devorar lo que penosamente se ha podido crear en materia de escuelas. El alto precio de la tierra y los salarios bajos impiden que la tierra se subdivida; y los problemas de razas — problemas de competencia económica— obstaculizan y paralizan la inmigración.

Si un programa inmediato tuviéramos que cumplir en bien del pueblo y del país, sería el programa Sarmiento: educación, inmigración, tierra barata, salarios altos.

¿Y qué dirían nuestros latifundistas, los socios de los grandes monopolios, si alguien, con visos de verdad, lanzara a todos los vientos esta terrible frase: ¡Sarmiento está de vuelta señores!

La vejez de Sarmiento

Por ANIBAL PONCE

Después de batallar cincuenta años por la cultura del país, tolerado por unos, denigrado por otros, comprendido por muy pocos, Sarmiento esperó confiado la aparición de los primeros frutos. Había puesto en ellos el único objeto de su vida, y presidente o minero, ministro o soldado, por ellos venía predicando desde sus años mozos con la iracundia de un mago pertinaz que repitiera veinte veces un conjuro sin efecto. No sabía ya, a ciencia cierta, cuántas escuelas llevaba fundadas ni cuántas academias ni cuántos institutos; pero como si todo le pareciera poco, continuaba echando a voleo sobre la extensión enorme de la República, aquellos libros famosos de las bibliotecas populares que no en vano llevaban, en la humildad de la tela verde, las armas de la patria grande grabadas a fuego sobre la tapa.

La Revolución había planteado el problema con claridad inequívoca: el mal estaba en nosotros, en la sociedad envejecida, en las costumbres de la Colonia, en todo aquello que se escapaba todavía desde el subsuelo político como el vaho nauseabundo de las bodegas de los buques viejos. Y era tal la persistencia de esos hábitos, habían arraigado de tal modo en la mentalidad de la época, que treinta años después de la Revolución, la Tiranía seguía siendo el feudalismo y la colonia. Se imponía pues la necesidad imperiosa de arrasar con tal herencia, y ese aspecto negativo de la

lucha no lo halló a Sarmiento extraño. La Colonia tuvo en él el incendiario formidable que remueve y desmantela para alzar sobre la limpieza de las explanadas las construcciones futuras. Diseñábanse ya impregnadas de un espíritu nuevo y no se habían extinguido las dianas de Caseros, cuando Sarmiento afirmaba que a los ejércitos iba a suceder la escuela; a la represión, el desarrollo. "El presente —decía— en cuanto a la tranquilidad está asegurado. Quédanos tan sólo empezar a constituir el porvenir".

Sobrábale para ello el entusiasmo exuberante y sabía desear con una intensidad tan exasperada que el presente quedábale siempre en retardo. El tiempo que a nosotros nos cierra el paso como una muralla hostil, no existía para él, y Argirópolis bien dice a las claras hasta donde llegaba la magnitud de sus sueños. Junto a la afirmación dogmática y racionalista, hervían así las certidumbres quiméricas, las anticipaciones aventuradas. Equivocábase por eso muchas veces, pero en el error o en la verdad era un espectáculo magnífico la fuerza de su pasión.

Las ideas no eran para él representaciones pálidas desvinculadas de la vida: las sentía, por el contrario, como fuerzas actuantes aliadas o enemigas, entremezclándose y dirigiendo los gritos de la plaza. "Son ideas —había dicho— todas las que regeneran o pierden a los pueblos. La falta de ideas es la barbarie pura".

Frente a la Colonia, monárquica y teológica, quería construir una nueva cultura sobre la base del trabajo que emancipa y de la ciencia que destruye los temores vanos. Y mientras echaba presuroso los cimientos, perseguía implacable con sus sarcasmos a esa otra semicultura literaria que se concilia a menudo con la pereza y los prejuicios o a ese otro viejo humanismo complaciente que se preocupa muy poco del alcance de un concepto siempre que el concepto llegue en buen estilo. No en vano había entrado a la vida discutiendo a los sansimonianos y afiebrando su juventud heroica con la quimera del romanticismo socialista. Los años no consiguieron atenuar el impulso del fervor primero, y entre las polémicas de la política menuda o las sacudidas de los últimos motines, Sarmiento continuaba espiando como un vigía el advenimiento de la cultura nueva.

En la vida de los grandes civilizadores las largas expectativas tienen algo de dramático. Cuando se lucha a campo abierto la in-

minencia misma del peligro no deja pensar más que en lo actual, pero cuando la tregua sobreviene y es necesario aguardar, la impaciencia mortifica como una pesadilla. Llegan entonces los momentos de duda, los largos soliloquios con la propia conciencia, las horas grises de la melancolía. Se piensa en la inutilidad del esfuerzo, en la fugacidad de la acción y se persigue en la naturaleza el apoyo que falta como si, para conservar intactos sus atributos, fuera preciso buscar en la amistad de sí mismo aquella signoria de que hablaba Leonardo.

Sarmiento sintió desde temprano, la urgencia de la soledad interior que parece ser el patrimonio de las grandes almas. Era chiquillo y ya distraía sus ocios de escolar modelo, vagando por las tardes en el silencio de la selva puntana, al hombro el fajo de la leña familiar. Y sólo así se explica, por lo temprano de la afición, esa codicia de los largos crepúsculos que habría de inspirar más tarde, en los libros del viajero, la descripción de tantos atardeceres deslumbrantes: puestas de sol, en Africa, bajo el cielo ardoroso y sobre las alturas del Atlas; soles de Italia con el Vesubio y San Telmo por decoraciones; soles del lago Ontario, que parecían agregar al horror de la cascada vecina, el incendio de los bosques en que se ocultara, no hace mucho, el último mohicano. De regreso a la patria, el preso político de Mendoza llegaba hasta olvidar su calabozo en los altos del Cabildo, fascinados los ojos por los paisajes del fuego sobre el cielo azul cobalto. Y ahora que se había extinguido para siempre el eco de la montonera y la ciudad porteña se tornaba afanosa, Sarmiento buscaba todavía la quietud de un refugio en el mirador apacible de la vieja casa de la calle Cuyo o en la glorieta orgullosa de su Carapachay que había hecho levantar sobre la copa de los árboles.

No fué obra del acaso la elección de aquella isla. El Delta tuvo en él su primer viajero inteligente, y su gesto hurano de tierra salvaje debió conquistar para siempre a este civilizador infatigable. Mientras esperaba de los hombres el fruto de tantos años, calmaba allí sus nervios abriendo caminos, levantando puentes, hundiendo estacones en la tierra tibia y amarilla. Cuando terminaba de podar sus plantas o de reparar la verja de tacuaras, echábase a andar entre las espadañas y los juncos o saliendo río afuera complacía en mover sus fuertes brazos de remador. Muchas veces, la

noche sorprendíalo bogando en la chalana y entre el sordo murmullo del río animado y el húmedo olor a creación que parecen desprender las tierras siempre empapadas por las aguas, el gran viejo continuaba soñando los mismos sueños de su juventud.

Vinieron así, los años últimos. Pero pocas veces, justo es decirlo, los anhelos de una vida heroica lograron en la vejez satisfacción más amplia. El destino quiso darle, casi al borde mismo de la tumba, el espectáculo de una generación soberbia que lo saludaba su animador y su maestro.

Cada generación que entra a la vida renueva sus ideales, impone un ritmo distinto, anuncia la posibilidad de algo mejor. La rebeldía es por eso el más urgente de sus deberes, y todas las ambiciones noveles comienzan por decapitar la historia. Es la edad de las negativas rotundas y de las irreverencias despiadadas. Se vive en la tensión permanente del futuro, y nadie tiene tiempo de volver los ojos al pasado. Muchas veces se comprueba, sin embargo, que algunas de las inquietudes del momento vienen resonando en grandes figuras que se fueron y se descubre entonces no sin cierta sorpresa, que admirar es también una manera de reconocerse.

La vida, sin duda, no ha corrido en vano. Cada recodo del camino parece exigir un nuevo acento y fuerza es aligerarse de recuerdos para emprender más ágil la marcha hacia adelante. Pero se siente un gozo profundo en no saberse extraño sobre el suelo que se pisa; que cada ideal nuevo entronca en la tradición liberal de nuestra patria; y que está allá, vibrando a las espaldas, la voz profética de un viejo singular que un año antes de morir confesaba que había sido su defecto desde la juventud el entusiasmo desbordante y que aún sentía —según sus propias palabras— “derramándosele por el alma la generosa espuma de la vieja cerveza”. Y he ahí por qué pudieron encontrarse muchas veces con Sarmiento, los hombres jóvenes de entonces.

Los había escuchado rumorear en torno suyo, seducidos primero, conquistados después, por su talento y su pasión. Desde el

Facundo sabían ya por qué peleaban, cuáles eran los enemigos, cuáles eran los ideales. Pero Sarmiento significaba para ellos, algo más que el padre de aquel libro: su comentario viviente, su prolongación luminosa. Avellaneda ha contado en una carta íntima, cómo vino buscando desde la Córdoba claustral a este implacable removedor de viejas creencias, y corre por aquella carta una tal sinceridad de entusiasmo que puede reconocerse todavía la palabra empañada de la emoción. Era el milagro del genio; siempre agresor, siempre agredido, Sarmiento despertaba en los jóvenes la inquietud de las alas. Haber colaborado junto a él, en las columnas del antiguo "Nacional", fué desde entonces para ellos el más legítimo título de orgullo.

Sarmiento no se limitaba, sin embargo, a la gravitación natural de su prestigio. Se interesaba por cada uno, alentaba los comienzos, aplaudía los primeros libros, los señalaba después como un ejemplo. Cada manifestación intelectual por humilde que ella fuera, tenía en él al espectador clarividente que sospecha en el trabajo actual la promesa de triunfos venideros, como se puede señalar en la matriz hinchada de las flores aquellas que habrán de convertirse en frutos. Para una sensibilidad no aguzada, el momento presentaba dificultades grandes. La corriente inmigratoria, los viajes frecuentes, la influencia constante del modelo europeo habían renovado el gusto literario y ensanchado los horizontes de la cultura. Al ímpetu del romanticismo había sucedido la reflexión parnasiana; a la sonoridad generosa y al efusivo lirismo, el adjetivo preciso y la frase sustancial. Y era ahora el teatro analítico de Dumas, la novela realista de Zola, la crítica filosófica de Taine, el verso inhumano de Leconte...

.....
.....
Un congreso pedagógico, sin trascendencia aparente, le dió motivo muy pronto para demostrar hasta donde merecía el cariño de los jóvenes. La reacción conservadora que desde Castro Barros hasta Goyena pujaba en vano por cortar el paso a la Revolución triunfante, levantábase de nuevo para librar al fin, su última batalla. La escuela laica era en realidad la conquista definitiva de la devolución. La profunda renovación en la cultura tenía que acompañarse de una no menos profunda renovación en la en-

señanza. Así lo habían comprendido Moreno con los enciclopedistas, Rivadavia con los ideólogos; así lo comprendían ahora las fuerzas juveniles del país. El momento era peligroso y podía perderse en un minuto de debilidad la ruda labor de casi un siglo. La lucha había llegado a límites extremos y sólo podía terminar con soluciones decisivas.

La tradición liberal, cierto es, no estaba ausente en el gobierno, y Wilde era Sarmiento desde su banca de ministro, como del Valle lo sería desde la cátedra de derecho. Pero Sarmiento debía a la juventud de su país la última lección de su gran vida. Hay algo que los jóvenes no perdonan jamás en los maestros: la contradicción en el pensamiento, la inconsecuencia en la conducta. Se tiene en esa edad el orgullo profundo de dirigir la propia vida con las solas inspiraciones del porvenir y del ideal. Toda traición resulta, así, una ofensa; toda indiferencia, una deslealtad. Y hay una tragedia honda en quienes se acercaron alguna vez a un maestro predilecto y sólo vieron en él las flores descoloridas del árbol viejo, las emociones como apagadas de los que murieron hace mucho.

Pero los jóvenes de entonces no llamaron en vano a las puertas de Sarmiento. Yo no conozco en la historia del país un momento más solemne que ese momento de su última cólera. Hay que recorrer las páginas de *La escuela ultrapampeana* para imaginar todo el empuje de aquella fuerza, todo el contagio de aquella pasión. Era el mismo ardor de los años juveniles, la misma feroz acometida del panfletista desterrado, su tono iracundo, su adjetivo pintoresco, su frase sarcástica de brutal oportunidad. Bajo la violencia del golpe, los enemigos surgían por millares, lo cercaban entre el vituperio o el escarnio, le revolvían el terreno fangoso de los detalles mezquinos. Era de ver entonces la flexibilidad de su cuerpo nervioso, la terrible expresión del rostro en cólera, la vigorosa sacudida de su mano de atleta, el gozo feroz del combatiente que levanta al enemigo humillado para luego quebrarlo como un mimbres sobre su muslo robusto. Cuarenta años atrás, había dicho desde "*La Gaceta del Comercio*", que no rehusaba ningún arma cuando se trataba de hacer al país y a la América un gran bien o destruir un gran abuso. Y porque creía realmente en su destino superior, se reconocía todos los derechos cuantas veces sintió la necesidad de ejercitarlos. Odiaba, por ello, la inde-

cisión o la tibieza, las actitudes prudentes, los gestos cavilosos, las frases ambiguas de quienes no dicen todo lo que saben... "Yo admiro la moderación de los moderados —comentaba con sorna— de todos esos que no se cuidan del interés de las propias ideas".

Fué su participación tan decisiva, tan evidente la franqueza de su ademán, que nunca como en aquel instante Sarmiento estuvo tan cerca de la juventud. Y cuando rudamente perseguido, lo amenazaron hasta en la venta de su diario, pudo ver, en una tarde de julio, irrumpir en la imprenta de "El Nacional" doscientos estudiantes que iban a recoger las hojas recién salidas de las máquinas para pregonarlas luego por las calles de la ciudad porteña. Razon de sobra tuvo Samuel Gache, el joven presidente del Círculo Médico, cuando en la manifestación liberal del 83 pudo adelantársele y decirle: "Estáis en medio de la juventud; estáis con vuestros amigos".

Con semejante adversario, la reacción conservadora fracasó ruidosamente, y desde entonces la escuela laica y el matrimonio civil quedaron incorporados a nuestra legislación. Cuando el peligro pasó, Sarmiento tuvo la impresión definitiva de que la patria había concluído su largo noviciado. Un período nuevo comienza para él, como si después de haber corrido tanto hubiera llegado al fin, un poco de transparencia para sus aguas de borrasca. Sabía ya que el esfuerzo no era vano, y a la manera de aquel legislador del Estado de Ohio —que alguna vez él mismo recordara,— podía exclamar con un texto sagrado, levantando las manos al cielo: "Y ahora, señor, permite que se retire tu siervo, porque ha visto ya la salvación".

Bajo la ruda corteza de sus formas desapacibles, latía el orgullo de la patria nueva, un orgullo íntimo y profundo que se transparentaba lo mismo en el calor del aplauso que en la manera como regañaba a su pueblo con impacencias de abuelo gruñón. Sintió, muchas veces, la necesidad de confesar tamaño orgullo, y en un artículo que empezaba diciendo: "No todo es política", con-

cluía afirmando: "Es la edad de oro de las letras y del pensamiento argentino".

Aguardaba sin zozobra el fallo de la historia; pero infatigable en su destino de aprender y de enseñar, se entremezclaba diariamente a las preocupaciones de su medio. "Dondequiera que se reúnan seis personas para tratar de educación —decía— en Rosario, en Tucumán, en Mendoza, yo estoy con ellos y recibo mi parte". Era así en efecto: tenía 75 años y redactaba "El Censor", traducía obras de texto, publicaba la Vida de Muñiz, difundía libros extranjeros y sentíase tan en el pleno dominio de sus fuerzas mentales, que se atrevió a sostener que la inteligencia es el fruto de un órgano que se robustece con el ejercicio, como se fortifican los músculos al remover grandes pesos.

Una vieja enfermedad al corazón le tenía sentenciado, sin embargo. Conocía la proximidad de la partida, y de acuerdo con el pensamiento de Carlyle, que le sirviera cierta vez de epígrafe, quiso entregar su espada rota al destino vencedor, con varonil serenidad. El cristianismo ha enturbiado con sus terrores, la transparencia magnífica de la muerte pagana. El griego que se resistió a hacer del mal una divinidad, no podía ver en la muerte sino la aceptación reflexiva de lo ineludible. No le quitaba por eso su cortejo augusto y anhelaba acercarse hasta ella, sin debilidad y con firmeza. "Quiero una buena muerte corporal" —solía decir Sarmiento,— y él mismo cultivaba la hiedra de su tumba. Temía, sin embargo, las horas anteriores a la despedida, los momentos inconscientes de las conversiones y de las apostasías, los largos horrores de las agonías indignas. Y adelantándose a los posibles desvaríos, recomendábale a su hija con masculino estoicismo: "Yo les he respetado sus creencias sin violentarlas jamás. Devuélvanme ahora ese respeto. Que no haya sacerdotes junto a mi lecho de muerte. No quiero que por un instante de debilidad pueda comprometerse la dignidad de mi vida".

La tibieza del cielo paraguayo dió mayor serenidad a su cre-

púsculo y como si en él todo fuera ejemplar no le faltó en la hora de la muerte, ese agudo deseo de luz que vuelve radiante la agonía de los grandes hombres. Desde la poltrona en que gustaba leer, quiso contemplar a través de la ventana, el comienzo dorado de su último día: "Pónme en el sillón para ver amanecer", dijo a uno de sus nietos. Estuvo así un largo rato, fijos los ojos en el horizonte remoto, y de ser verdadera la visión panorámica de los agonizantes debió experimentar al recorrer su vida heroica una alegría infinita; e iba, en la alegría, el aplauso del Creador a su obra, el regocijo del séptimo día. Y esperando la luz, lo sorprendió la muerte.

Había nacido con la revolución argentina, que marcó su destino como un horóscopo. Para salvar sus principios en peligro, lucharía veinte años contra el tirano, y quedaríanle alientos todavía y voluntad para poner a la Nación en marcha, y para enseñar a las generaciones posteriores a amar y defender su obra de titán. Sin dejar de ser un hombre de su tiempo —combatiendo día a día—, fué Sarmiento ante todo un hombre del futuro, un anunciador no siempre escuchado con fe, a quien hoy damos razón.

Con la publicación de los trabajos que acaban de leerse, CURSOS Y CONFERENCIAS participa en la conmemoración de su cincuentenario.

En el umbral de la filosofía

Por EUGENIO PUCCIARELLI

Conferencia dada en la Universidad Nacional de Tucumán, al inaugurar los cursos de Introducción a la filosofía del Departamento de Humanidades, en junio de 1938.

ASOMBRO Y DESESPERACION, RAICES DE LA FILOSOFIA

Detrás de los sistemas de ideas, que se han sucedido en el curso de la historia en abigarrada diversidad, hay una actitud espiritual que los hermana, una disposición de ánimo permanente, que constituye el manantial de donde brota la filosofía. Pero ese resorte psicológico, que mueve la meditación y la incita a recorrer siempre nuevos itinerarios, asume dos formas distintas. En unos se exterioriza por medio del asombro; en otros se traduce por la desesperación.

Con el asombro nace la filosofía; se inicia la superación de la actitud ingenua en que el hombre vive normalmente, ajeno al cariz problemático de la realidad; ignorando que el caos sonoro y cromático, que lo envuelve y aturde, es la máscara que disimula un rostro desconocido. Con el asombro nace la crítica, despierta la suspicacia y se inicia la reflexión filosófica. El asombro descubre el tamaño de nuestra ignorancia y estimula nuestra necesidad de conocimiento. El hombre es el animal que quiere conocer. Experimenta este ansia de un modo irreprimible y procura satisfacer-

la plenamente; exige un conocimiento absoluto, una ciencia universal. La filosofía, concebida como unidad sistemática del saber, constituye el fruto de esta raíz asombrada que extrae sus jugos de lo más profundo de la naturaleza humana.

No solo el asombro, también la desesperación constituye una raíz de la filosofía. El sentimiento de soledad, la angustia de la finitud, reclaman un fundamento absoluto para lo contingente, un sostén eterno para lo efímero, una raíz duradera para el devenir. Porque lo finito remite a lo infinito, lo contingente a lo necesario y lo efímero a lo eterno. Un alma en íntima zozobra, despedazada por la incertidumbre, prisionera de la desesperación es también manantial de filosofía, lo mismo que el alma serena pero extrañada que contempla al mundo con mirada crítica. Si ésta busca una verdad ajena a todo fin ulterior, la otra pone el acento sobre una verdad desde la cual sea posible vivir. No le interesa conocer la verdad sino estar en ella: que la verdad penetre la vida entera.

Hay, pues, dos tipos humanos: el que se asombra sin perder la serenidad y el hombre atormentado que se desespera. La historia ilustra con numerosos ejemplos ambas actitudes; baste recordar para la primera a Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Kant y Husserl; para la segunda a San Agustín, Pascal, Nietzsche, Kierkegaard, Unamuno y Chestov. La filosofía es, pues, hija del asombro y de la desesperación.

FILOSOFIA Y VIDA FILOSOFICA

Desde muy antiguo se ha subrayado el carácter esotérico de la filosofía, mostrando en él uno de los principales escollos con que tropieza su enseñanza. Sobre la puerta de entrada a la Academia platónica había una leyenda que limitaba el ingreso a una minoría de iniciados: "No entre quien no sea geómetra". Platón sabía que la disciplina severa de la ciencia adiestra a la razón y ayuda a superar la actitud espontánea, alegre y confiada, que el hombre adopta normalmente ante las cosas. No ignoraba, sin embargo, el carácter relativo, precario y epidérmico del saber científico y su impotencia para acallar urgentes y angustiosas necesidades del espíritu. Pero exigía su posesión como un ejercicio preliminar. Por-

que solo de este modo era posible encarar la realidad con ojos críticos y ganar el camino que conduce a la filosofía.

No todos tienen la dicha de ver las cosas por sí mismos, de emanciparse de la actitud ingenua y descubrir el método que permite alcanzar la verdad. Es posible que muchos posean la disposición espontánea para lograrlo. Pero, las más de las veces, requiere ser auxiliada. Porque hay cosas que cualquiera puede enseñarnos y hay también cosas, que estando al alcance de la mano de todo el mundo, nadie podría sin embargo entregarnos. La ciencia se enseña, la filosofía se aprende. Bajo la forma de conocimientos ya logrados, de sistemas de verdades, recibimos la ciencia. Como un conjunto de problemas que esperan respuesta y como una serie de preceptos metódicos, se nos presenta la tarea de la investigación científica. Más difícil de apropiarse que la ciencia ya hecha, la investigación supone la adquisición de hábitos, el manejo prolijo de instrumentos, disciplina y perseverancia en el trabajo. Pero una y otra —ciencia e investigación— pueden ser transmitidas de una manera objetiva que cualquiera puede asimilar.

En la misma forma podemos transmitir un sistema filosófico determinado. Pero debemos cuidarnos de confundir filosofía con ilustración. Asimilar un sistema extraño no es filosofar. El pensamiento ajeno constituye indudablemente un estímulo para la propia meditación pero no puede suplir el trabajo creador del espíritu. La historia de la filosofía solo puede ver verdaderamente fecunda para quien experimenta curiosidad por los problemas y se siente atraído por el fondo enigmático de las realidades. En caso contrario se convierte en simple ilustración, en un factor de cultura.

Frente a la objetividad del saber científico, la filosofía exhibe un marcado acento personal. Porque es, ante todo, una tarea privada. Es la vida humana, que al tomar conciencia de sí misma, interroga por su ser y su destino. No importa que aspire a expresarse en términos de validez universal. Esa es su lengua propia y sería erróneo censurársela. Desde la precaria situación psicológica e histórica en que se encuentra, el hombre pugna por elevarse a lo universal y lo eterno. La filosofía es hija de ese esfuerzo.

Iniciarse en la filosofía equivale a ingresar a la vida filosófica. Sus problemas constituyen un núcleo de cuestiones que afectan al

ser íntegro del hombre; que se presentan como conocimiento en el plano, más o menos desinteresado, de la teoría, y como norma moral o camino de vida en la acción práctica. Se la podría definir como un pensamiento que impregna la totalidad de la naturaleza humana.

LA BUSQUEDA DE LA VERDAD: CONVIVENCIA Y SOLEDAD

Es difícil transmitir el saber filosófico. Semejante tarea exige madurez interior, familiaridad con los problemas, seguridad en la solución. Hay hombres que disponen de especiales virtudes para esa tarea. La historia griega nos brinda el ejemplo elocuente de Sócrates. En busca de la verdad que le preocupa y apasiona, Sócrates deambula por calles y plazas, inquirendo siempre. Sabe atraer al distraído ateniense que se cruza en su paseo, despertar en él la curiosidad por los problemas e incitarlo a buscar por sí mismo el conocimiento. Por obra de la pregunta, el distraído se transforma en el discípulo atento y curioso que colabora con el maestro en la investigación de la verdad. Sócrates ha logrado un contacto real entre las almas mediante el vehículo del amor. De ahí el carácter erótico de su filosofía. "Nada sé fuera de una exigua disciplina de amor", solía repetir. En su discípulo Platón aparece una dialéctica del amor. Método filosófico y a la vez gracia divina, el amor constituye un instrumento de liberación de la materia sensible que nos oprime y una puerta de acceso abierta a lo inteligible que duerme en el fondo de nuestras almas. Como su maestro, Platón supera la soledad por el amor. A su luz se ensancha la realidad, muestra aspectos inéditos, se carga de valores inadvertidos para el hombre ajeno a su influencia. A su luz se realiza también la iniciación filosófica que consiste en ingresar a un orbe de valores distinto del que se ofrece al hombre colocado en la actitud natural. En él adquiere dignidad la vida humana. Vivir, ahora, ya no es abandonarse a la fuerza espontánea de la naturaleza, sino ascender en ese orden superior alcanzado. De ahí el sacrificio de la vida en aras de la teoría. La muerte de Sócrates forma parte integrante de su

doctrina. Es, por decirlo así, un momento dialéctico de su sistema. Vida y filosofía engranan armoniosamente.

El espíritu meridional, encendido en entusiasmo y apasionado por la belleza, hablaba en Sócrates. Se irradiaba en simpatía y se transmitía a círculos cada vez más amplios. A pesar del tiempo, el eco de su voz perdura estremecido en los diálogos de Platón y en las obras serenas de Jenofonte y Aristóteles. Su ejemplo histórico es un ejemplo eterno y su filosofía, nacida en el diálogo al calor de la amistad, es una incitación constante para los hombres de todos los tiempos. No es, por cierto, el único ejemplo. La historia moderna presenta a su antípoda en Descartes: el hombre de la calle y de la plaza cede su puesto al hombre de la estufa.

Encerrado en su estufa de Suavia, Descartes aprovecha la tregua en medio de la contienda para ponerse a meditar. Perplejo ante la disonancia de opiniones contradictorias, insatisfecho por la verdad que le inculcaran en la Escuela, resuelve iniciar, desde su raíz, toda la filosofía. Corta los lazos con la tradición que lo oprime, se aísla de sus contemporáneos que recelan de su actitud, y se dispone a dudar metódicamente de la existencia del mundo exterior, de su propio cuerpo, de las verdades matemáticas y termina rechazando, con un gesto de suprema audacia, todos los contenidos equívocos de su conciencia. Sobre la soledad de su pensamiento se elevará el edificio de la nueva filosofía. Pronto había de trascender el ámbito privado e iniciar una nueva época en la historia.

En un aislamiento soberbio y austero aparece el camino que lleva a la verdad. Es un acto de arrojo de una conciencia hastiada por la erudición, agobiada bajo el peso de opiniones ajenas. Sus contemporáneos y sus sucesores avanzarán por la picada abierta por su esfuerzo. Porque la filosofía no puede encerrarse en el ámbito privado de un solo hombre. Hay un impulso de trascendencia, ínsito en el pensamiento mismo, que lleva en sí gérmenes de propaganda. Emancipado de todo egoísmo, el filósofo tiende su mano generosa a los demás y, con ademán cordial, los invita a participar en la vida superior que ha conquistado con el estudio y la meditación. De toda filosofía emana un impulso de acercamiento, de elevación del prójimo. La verdad, aun aquella que se ha alcanzado en la soledad, comunica fuerzas para luchar por ella.

INGRESO A UN MUNDO ABSURDO

La iniciación en la filosofía debe comenzar por eludir el escollo que representa el carácter esotérico de esta ciencia. Por su propia índole, por la naturaleza peculiar de sus problemas, por el grado de responsabilidad que implica, la filosofía es una ciencia esencialmente impopular, reacia a toda divulgación. Saber para iniciados, requiere una preparación previa, una aproximación llena de cautela crítica y no es plenamente asimilado si no se han despertado previamente ciertas necesidades superiores del espíritu. Hay que pasar por la prueba de fuego del asombro y de la desesperación para que prenda en nosotros el deseo de ampliar nuestro conocimiento hasta sus límites más remotos; hay que sentirse desorientado en medio de la existencia para buscar, a la luz de la filosofía, la norma ética que oriente la acción y eleve su vida a formas más altas.

La actitud filosófica es antinatural y choca al sentido común del profano. El principiante tiene la impresión de estar debatiendo entre absurdos, de sentirse sumergido en un mar de contradicciones, de caer en la perplejidad del que duda sin atinar con una solución satisfactoria. Esa primera impresión no es falsa; traduce una realidad. "La filosofía —enseñaba Hegel— es, por su naturaleza, algo esotérico, para sí, ni hecho para el vulgo, ni susceptible de un arreglo para el vulgo. Sólo es filosofía porque se opone al entendimiento y, por ende, más aún al sano entendimiento humano, por el cual entendemos las limitaciones locales y temporales de una raza de hombres. En relación a él es, en sí y por sí, el mundo de la filosofía un mundo absurdo". El principiante deberá familiarizarse con los absurdos. Ellos engendran ese estado de ánimo que hemos llamado asombro. Y el asombro es el padre de la filosofía.

INGENUIDAD Y ESCEPTICISMO

Con el asombro se inicia la superación de la imagen ingenua del mundo y se ingresa al orbe de la filosofía. Entonces comienza la faena, llena de riesgos y dificultades, del verdadero filosofar. Se descubren los problemas pero no se advierten las soluciones;

viene la lucha contra el enigma, contra el instrumento empleado para develarlo, contra el medio de expresión utilizado para transmitir el hallazgo novedoso. Y sobreviene también el desaliento. Al asombro sucede la decepción. Porque las cosas ocultan su verdadero ser, lo dejan vislumbrar en su interior, pero se resisten a entregarlo. Y la tarea de arrancarle sus secretos a la realidad es penosa e interminable: el conocimiento es una faena infinita en extensión y en profundidad. Por eso, los espíritus impacientes suelen pasar del asombro al escepticismo, a la desconfianza en la razón. Muchos ingresan a la filosofía por la puerta del escepticismo. Son principiantes. Para dejar de serlo tienen que superar esa actitud negadora y desesperada. "Todo buen principiante —enseñaba Herbart— debe ser escéptico; pero todo escéptico no es más que un principiante".

Aparte de la contradicción interna que encierra y que lo anula, el escepticismo no permite adelantar en filosofía. Cohibe toda tentativa de conocimiento. Es una vía muerta que no conduce a ninguna parte. Nos libra de la ingenuidad para entregarnos a la desesperación. Para poder filosofar hay que admitir la capacidad cognoscitiva de la razón y la posibilidad de obrar con libertad en la acción moral. Sin estas premisas no puede avanzar ninguna filosofía. Tampoco debe detenerse en ellas. No es imposible que en el curso de la reflexión, en esa creciente claridad que el pensamiento arroja sobre las cosas, las premisas se revelen falsas y nos conduzcan a una posición escéptica. La afirmación socrática: "Solo sé que no sé nada", puede ser tanto la crisis inicial del conocimiento, el recurso pedagógico para excitar la mente del discípulo, o la confesión desesperada del fracaso total.

EL MATIZ DE LAS IDEAS: PENSAMIENTO Y LENGUAJE

La aspiración a lo universal, que late en toda filosofía, y el lenguaje técnico de esta ciencia, no impiden que aparezcan profundas diferencias de expresión entre los pensadores. Distinta de la ciencia, que se caracteriza por la impersonalidad, la filosofía es siempre una tarea personal. Por eso, no puede abolir esas diferen-

cias de expresión, que, por lo mismo, no son fortuitas, sino que responden a su más íntima esencia.

Es imposible renunciar al matiz de las ideas. Las mismas palabras —vida, espíritu, razón, conciencia, ser, valor, esencia, etc.— adquieren un significado distinto en boca del profano o del filósofo. Por lo demás, los pensadores no están de acuerdo en la significación que asignan a estos términos fundamentales y de su discrepancia nacen las divergencias entre las escuelas. Así, la palabra vida puede ser entendida en un sentido natural, como vida biológica que el hombre comparte con el animal, o en un sentido espiritual e histórico, como vida biográfica que distingue al hombre del resto de los seres. Los matices de la idea, impalpables para el profano, dificultan toda vulgarización de la filosofía.

El medio lingüístico no es indiferente: responde a la índole de cada filósofo y a las exigencias de los sistemas. Así, por ejemplo, San Agustín habla el lenguaje de la pasión y toda su prosa está penetrada por un hondo acento emocional; el significado universal y necesario de su filosofía reposa sobre las vicisitudes afectivas de su vida; su experiencia personal asume el valor de una prueba lógica. Su antípoda es Spinoza en cuyos escritos la expresión matemática es algo más que una metáfora porque intenta reproducir el riguroso enlace causal y mecánico de hechos y acontecimientos, ajustándose a la estructura legal del cosmos. Platón prefiere el diálogo como una forma adecuada para hacernos asistir al descubrimiento de la verdad y se vale del mito, que por su significado metafórico constituye un recurso hábil para suscitar determinado encadenamiento lógico del pensar. En Bergson el lenguaje es un artificio que nos sugiere el objeto aludido y nos pone en el camino que conduce a él; por eso multiplica las imágenes y se vale de comparaciones y de metáforas. Ninguna designación directa agotaría el asunto: el lenguaje directo es inadecuado porque lo absoluto es inexpresable. En la obra de Hegel pensamiento y lenguaje, contenido y expresión, constituyen una unidad indivisible. De ahí la dificultad que se experimenta cada vez que se quiere explicar su filosofía variando sus expresiones; es más fácil repetirlo que explicarlo. Con gran audacia, Hegel ha creado un modo idiomático personal que se esfuerza por ceñirse a todas las sinuosidades de su pensamiento.

Detrás de los filósofos vienen los expositores que interpretan sus ideas. Por mucho que intenten mantenerse en una posición neutral, todos se apoyan sobre un punto de vista, lo cual es, una nueva fuente de malentendidos y discusiones. Cada época, además, busca en las ideas del pasado incitaciones y estímulos para la propia obra. Hay ejemplos notables de profundas discrepancias entre los intérpretes, prescindiendo de cuestiones de detalle. Averroes y Santo Tomás se esforzaban por ser fieles intérpretes de la doctrina de Aristóteles y cada uno nos ha legado una imagen distinta del pensamiento del maestro. El siglo XIX nos dió una interpretación de la filosofía de Kant que acentuaba el aspecto gnoseológico de su obra; actualmente se subraya con insistencia la vena metafísica que atraviesa el sistema. A la tradicional interpretación de Platón, que tiene su punto de arranque en Aristóteles, opone nuestro siglo la interpretación de Natorp que invierte el sentido de su teoría de las ideas.

FILOSOFIA Y POLEMICA

Lejos de mostrar una sucesión indiferente de doctrinas, la historia no puede ocultar el nexo que las une. Hay pensadores que prolongan el esfuerzo de sus predecesores y otros que se levantan contra ellos en abierta hostilidad. Unos y otros rectifican el aporte anterior. Hasta cierto punto podría afirmarse que todo sistema es una réplica a los anteriores y un desafío al porvenir. No es menester que asuma el aspecto exterior de la crítica, ni es indispensable que mencione a su adversario. Basta con que se limite a la mera enunciación de pensamientos que aspiran a ser válidos para todos. Un sistema lleva en su propia esencia este carácter bélico. "La lucha es la madre de todas las cosas" —aforismo de Heráclito que vale también para la filosofía. "Las ideas vienen armadas de lanza y escudo", agrega un pensador contemporáneo que se complace en señalar el áspero choque entre ellas.

Este carácter polémico proviene de su raíz histórica. Sin renunciar a la eternidad, toda filosofía se siente hija de su tiempo y se sabe prisionera de sus limitaciones. Los tiempos nuevos intentan emanciparse de la cadena que aprisionaba a los anteriores. De ahí la crítica al pasado. Eterno es, sin embargo, el enigma que hos-

tiga a la mente humana y el presentimiento de alcanzar lo absoluto que sostiene y guía la investigación. Eterno es el momento de universalidad que exhibe todo sistema y que encuentra su expresión en el concepto, en la categoría, que es la forma universal del pensar. Histórica es la peculiar constelación de cuestiones que aporta cada época a la meditación. Históricas son las metáforas que impone el gusto del tiempo, las expresiones que incita a preferir. Historia y eternidad se enlazan en la meditación.

Sin proponérselo deliberadamente, la filosofía es la conciencia de cada época: ella arroja claridad sobre los gustos, ideas, creencias, sentimientos, preferencias, estimaciones, más o menos inconscientes de cada tiempo. Ella da nombre a muchos períodos de la historia; así, hablamos del siglo racionalista o del siglo iluminista, de la época idealista o de la época positivista. En cada una de ellas sorprendemos notables analogías entre la obra del artista, del político, del educador y, en general, del estilo de vida y de las ideas del filósofo.

Es fácil ilustrar esta tesis con algunos ejemplos. Descartes y Corneille constituyen las expresiones filosófica y literaria de la primera mitad del siglo XVII, el siglo racionalista. Sin haberse influido mutuamente ofrecen sorprendentes analogías: igual afán por estudiar al hombre, más allá de las limitaciones que imponen la historia y la geografía, al hombre abstracto e inmutable; igual sobreestimación de la razón en su capacidad para gobernar la vida y dirigir la acción; idéntico primado de la voluntad sobre la vida instintiva y afectiva; igual proceso de interiorización que busca, en Descartes, la conciencia como base y punto de partida de la filosofía y, en Corneille, la misma conciencia como teatro del conflicto entre las pasiones; idéntica tendencia racionalista y antihistórica. Descartes define, Corneille describe e ilustra con el relieve de vida que posee la obra de arte, el mismo espíritu de su tiempo. Uno constituye su expresión literaria, el otro su conciencia filosófica.

Es curiosa, por otra parte, la coincidencia de la filosofía del idealismo alemán con la literatura del romanticismo, movimientos sincrónicos caracterizados por su comprensión de la vida afectiva, su visión de lo histórico y lo regional, su común predilección por los problemas del espíritu y su exaltado sentimiento de

la libertad. Lo que aparece como hallazgo intuitivo en la literatura es teorizado, casi al mismo tiempo, por los filósofos.

ESENCIA DE LA FILOSOFIA

La división de la filosofía en ciencias particulares constituidas en torno a problemas especiales no atenta contra la unidad de esta disciplina. Tampoco la muchedumbre de sistemas, que han aparecido en el curso de la historia, destruye la continuidad del esfuerzo creador del pensamiento humano. Ni una ni otra impiden hablar, con sentido, de "la" filosofía.

A pesar de ello carecemos de una definición capaz de abarcar la multiplicidad de los problemas y de satisfacer a todas las posiciones históricas. La etimología de la palabra —amor a la sabiduría, deseo de conocer— se resiente por su excesiva vaguedad y no puede satisfacer como definición. Un catálogo de definiciones, extraídas de los distintos sistemas, tampoco nos deja satisfechos: aluden a cosas distintas y se contradicen entre sí. Un rápido examen de las principales definiciones nos enseña que es imposible entenderlas sin referirlas a sus respectivos sistemas. Solo así tienen sentido.

En ninguna ciencia ocurre esta extraña situación. Podemos responder satisfactoriamente a las preguntas ¿qué es física?, ¿qué es química?, ¿qué es matemática? porque todas ellas caen fuera del ámbito de la física, de la química o de la matemática. La misma pregunta ¿qué es ciencia? trasciende el dominio de la ciencia y pertenece a la filosofía. En cambio, la respuesta a la pregunta ¿qué es filosofía? implica ya una posición filosófica. Es propio de la filosofía, casi se podría decir que es su fatalidad, moverse desde el principio dentro de un círculo vicioso inevitable. Ella examina el conocimiento conociendo, la razón razonando. Se mueve sobre supuestos, sobre principios tácitos. Pero, diferente de las ciencias que se resignan a utilizar los supuestos sin examinarlos, la filosofía intenta adquirir claridad sobre ellos. Quiere ser una "ciencia sin supuestos", y, por eso, reclama para sí la prioridad con relación a las restantes ciencias.

El círculo vicioso, advertido desde la antigüedad, aprisiona al

investigador que inquiere por la esencia de la filosofía y se afana por descubrir una definición satisfactoria: no hay una instancia suprema capaz de determinar su contenido y sus límites. Toda definición ha de establecerse desde el interior de su propio dominio. Carecemos, además, de una definición neutral, independiente de los sistemas que han aparecido en el curso de la historia.

Es menester acudir a la historia para agrupar las concepciones en torno a los sistemas y estudiar su mutua relación. No es aventurado sospechar que, en concordancia con las dos raíces — asombro y desesperación— que nutren la meditación filosófica, existan dos concepciones opuestas de la filosofía: ciencia y sabiduría, conocimiento y camino de salvación. La primera apunta al lado teórico del espíritu humano; la segunda exalta el primado de la práctica sobre la mera teoría. Nada impide asociar ambas concepciones subordinando la ciencia a las necesidades espirituales del hombre, trascendiendo el saber en acción moral.

Itinerario del arte plástico occidental

Por JORGE ROMERO BREST

Conferencia pronunciada en el Teatro del Pueblo el 29 de noviembre de 1938.

Con frecuencia se habla del arte y de la obra de arte; es común también el juicio rotundo y definitivo sobre la pintura o la escultura, la música o la poesía contemporáneas. No es frecuente, en cambio, encontrar debajo de esos juicios una sólida fundamentación estética e histórica, ni menos aún una certera actitud estimativa. (1). Quienes los emiten, por eso, no pueden percibir los más finos matices que condicionan constantemente la obra de arte y presiden su evolución y progreso. Por eso me ha parecido útil fijar como tema de esta disertación "Itinerario del arte plástico occidental", con el ánimo de dar una guía para esa fundamentación histórica, imprescindible para juzgar el arte de nuestro tiempo: será una reseña somera de qué es lo que han sido las obras de arte plástico para llegar a concebir qué es lo que son en los momentos actuales.

Por razones de tiempo, y para no generalizar demasiado, escojo una provincia bien individualizada dentro de las artes, la plástica; pero, en realidad, las conexiones con las demás artes son

(1) Véase "Actitud estimativa ante el arte moderno", del autor. Revista del Profesorado. Julio-Agosto de 1938.

tan necesarias, y tan rotundas en ocasiones, que sería por demás necesario ocuparse de ellas. Ello obligaría, no obstante, a dar por sabidos ciertos detalles no siempre bien conocidos. En la alternativa, me arriesgo a pecar de incompleto antes de caer en la generalización excésiva.

He hablado de arte occidental, pues si quisiéramos involucrar el arte de Oriente, nos obligaría a un esfuerzo de comprensión del que no siempre somos capaces los hombres de occidente, tan distinto es aquel mundo del nuestro. No especificaremos géneros — pintura en sus diversas clases, escultura, artes decorativas, etc. — sino en la estricta medida necesaria; ni menos aún los períodos y sub-períodos en que se puede dividir cada edad histórica.

Nuestro itinerario se va a desarrollar como una contemplación desde tres puntos de vista: qué han sido espiritualmente las obras de arte en los grandes períodos que es fácil caracterizar; qué han sido materialmente — cuadro, fresco, vaso, libro iluminado, etc. —; y finalmente, qué han sido desde el punto de vista de sus realizadores, artesanos y artistas.

La concepción actual de la pintura como cuadro y de la escultura como estatua, en que el artista cree volcar un sentimiento puramente individual, utilizando una técnica también individual, es un inconveniente cuando se quiere comprender el arte del pasado. Olviden Uds., pues, por un momento, lo que saben sobre arte y artistas de nuestro tiempo.

LA ANTIGÜEDAD CLASICA

La cultura griega — concepto que comprende su organización política y social, su literatura y sus artes plásticas, su filosofía y sus costumbres — giró en torno de su religión, como ustedes lo saben sin duda. La imaginación popular transformó de manera inconsciente sus ideas sobre la naturaleza y el mundo en seres mitológicos, los dioses. Las leyendas, hazañas, jerarquía de los dioses, no fueron más que trasposiciones en el plano celeste de la manera de concebir el mundo por los hombres. No fué así el mito griego un fenómeno de creación individual, sino colectiva.

La religión es la puesta en acción de un culto sobre la base de un mito; así la religión griega fué un conjunto de ritos y ce-

remonias que pusieron en marcha su contenido mítico universal. Los dioses fueron así imaginados a hechura y semejanza de los hombres, cargados con las virtudes y los vicios de que éstos podían adolecer. ¿Cómo se representaron esos dioses? Así como fueron concebidos, así fueron representados, es decir, como hombres: la religión griega fué antropomórfica.

Documentos preciosos que nos quedan de esa religión y de esos mitos son las obras de arte plástico, especialmente la escultura. La religión, como cultura, a través de los mitos, que son formas concretas de aquélla, se ha eternizado en una muy grande medida gracias a las artes plásticas. Es legítimo entonces deducir del estudio de esas piezas ciertos principios y apetencias que constituyeron el núcleo fundamental de la actividad moral de aquel pueblo.

Esta concepción de la cultura como religión, explica la apariencia mítica de todos sus productos, tanto en los destinados al culto como en los que respondían a otras exigencias de la ciudad: acontecimientos políticos o guerreros (elemento de gloria) y de las necesidades de la vida diaria (industria).

Esa concepción mítica del mundo se conformó, no obstante su universalidad, en torno al refinamiento material y espiritual de una clase dominante. Cuando se dice que para la cultura griega — se habla del siglo V evidentemente — “el hombre fué la medida de todas las cosas” se olvida una determinación cualitativa de ese hombre, de fundamental interés. El hombre que se tomó como medida era el que emanaba de una peculiar manera de ser, con su correspondiente ansiedad vital y espiritual, de los que estaban en condiciones de poder idealizarlo a punto tal, de creer en la posibilidad de encontrar en sus personificaciones el hombre perfecto. Sólo los hijos de familia tuvieron acceso a los gimnasios — en los que se elaboraba el típico físico ideal que se buscaba afanosamente —, sólo ellos tuvieron el derecho, y aun el deber, de cultivar su cuerpo. No debemos olvidar que la cultura griega del tiempo de Pericles — impuesta sobre la base de un sentimiento nacional, a cuyo conjuro se inflamaron los pueblos helénicos — reposó sobre una economía basada en la esclavitud y en la servidumbre. El hombre que fué medida, no perteneció a estas capas inferiores, sino a las que impusieron su ideología. El pueblo presenció el espectáculo de la vida un poco desde fuera; pero, quizás

por la carencia de una ideología propia, el mito alcanzó un grado de universalidad, que permitió que aquél se identificara con éste, que se viera representado en él.

Fué precisamente este carácter de universalidad del mito el que se manifestó en la creación plástica, siendo imposible delinear concretamente los límites entre los objetos destinados a una clase u a otra. No se distingue entre una cosa bella y una cosa útil, entre el gran arte griego y el industrial. Se estableció una jerarquía entre obras y artistas, pero el contenido y el carácter de unas y otros fué siempre el mismo. Los objetos en que se realizaron las representaciones mitológicas — la obra de arte plástico es siempre ante todo un objeto — fueron todos los de la vida pública y privada: las vasijas que servían para la decoración como para los usos domésticos, el decorado de paredes y columnas, las estatuas de los templos, los tejidos, la gran arquitectura y la modesta, etc. Las obras de arte plástico griegas que nos quedan no son ciertos objetos — determinados por caracteres específicos— sino todos los objetos que utilizaban para la vida.

Por eso se explica que tampoco haya habido una marcada separación entre los que realizaban la gran estatuaria o las pinturas murales y de columnas — que hoy llamaríamos artistas — y los modestos artesanos que construían y decoraban los vasos de tierra cocida. Pertenecieron unos y otros a esta última condición, a la de artesanos, siendo muchos de ellos esclavos. El hecho de que algunos nombres — muy pocos si se piensa solamente en la enorme producción hoy conocida — como Fidias, Lisipo, Polignoto, etc., hayan llegado a nosotros con un nimbo de gloria y de perfección no debe falsear el concepto preciso sobre su condición social. Plutarco y Luciano colocaban a Fidias o Policleto en el mismo rango que “viles obreros que vivían del trabajo de sus manos” (1), y Herodoto constataba, como una cosa excepcional, que los corintios no despreciaban las artes manuales como lo hacían los demás griegos y casi todos los bárbaros (2). El mismo Plutarco al enumerar la masa de población más pobre que se utilizó para las grandes construcciones del tiempo de Pericles, incluyó a los escultores y pintores al lado de los carpinteros, fundidores, tintoreros, etc. (3).

(1) Plut. Pericles, 2. Luciano, El Sueño, 9.

(2) Herodoto, II, 167.

(3) Plut. Pericles, 12.

Cuando Alejandro expandió la civilización griega por todos los ámbitos de Asia, el arte que transmitió no fué el de Fidias o el de Policleto, y menos aún el de la hierática Etos de Samos, sino un arte que, conservando la temática, había modificado profundamente la concepción plástica de la figuración humana. Un interés apasionado por la realidad había hecho irrupción en todos los órdenes de la cultura desde el siglo IV, renaciendo el apasionamiento por lo humano, lo individual. El hombre ya no era "la medida de todas las cosas", entonces se lo consideraba como elemento de un conjunto mayor.

La irrupción de las masas en la vida ciudadana, la jerarquización del hombre de carne y hueso, no el hombre ideal del siglo V, en la cultura, significó la escisión de clases. El artista siguió la corriente del dinero; ya no se sintió intérprete de la ciudad y sólo se preocupó de sí mismo y de su expresión personal: se colocó al servicio de particulares y realizó obras por encargo de éstos. De su condición de artesano al servicio de instituciones sociales que comprendían a la universalidad de la población — Estado, religión, acontecimientos políticos o guerreros, necesidades de la vida diaria, etc. — pasó a la condición de servidor de una determinada clase social: la de los aristócratas alexandrinios.

Si todavía se siguió trabajando para el adorno de los sitios públicos — foros, teatros, etc. — ello no impidió el auge de las obras para adornar las casas privadas, especialmente los retratos.

Fué este arte helenístico, de exagerado patetismo oriental y de marcada tendencia realista, el que hizo irrupción en la República romana obteniendo los sufragios de la multitud elegante. Los caracteres de fuerza que encarnó el nuevo estilo en la Grecia de los siglos IV al II se debilitaron enormemente, porque el impulso vital que los engendró se había ido perdiendo en la degradación de un pueblo cada vez más envilecido. Quedaron formas vacías de sentido ante la incapacidad de los romanos por una creación individual.

Cultura de cenáculo fué la de Escipión Emiliano, en que nuevamente se estudió al hombre ideal fuera de toda circunstan-

cia de tiempo y de lugar. La obra artística se desplazó aún más en el proceso de alejamiento de las masas populares. Terencio, a quien le interesó el favor del público, no lo pudo conseguir jamás porque no supo comprender ese divorcio.

La vieja cultura patriarcal, de fuerte raigambre etrusca, fué barrida por esa civilización quintaesenciada que fué adoptada en sus formas políticas y culturales. La adhesión a los modelos griegos fué exclusiva en cuanto a las artes plásticas: en el siglo I a. J. C. el arte romano era íntegramente griego.

El arte plástico romano fué también expresión directa de su religión; pero en Roma la religión tuvo sólo un carácter formal, descargado del sentido social originario; sólo tuvo un sentido político artificial y circunstanciado. El Pontífice Muscio Scévola decía que hay tres especies de religión: la del poeta, la del filósofo y la del hombre de estado. Las dos primeras son fútiles o superfluas; la última sólo debe ser aceptada. Ese fué el criterio con que Augusto restauró la tradición religiosa, con un criterio esencialmente político. También quiso restaurar, con el mismo criterio, las artes plásticas pretendiendo que dejaran de ser exclusivas de los cenáculos: de ahí que impusiera el uso de un idioma accesible al pueblo, el realismo. El arte imperial se volvió hacia la realidad, sin desprenderse por ello de la imaginación: fué una unión sabia del idealismo de Grecia con el realismo romano.

Como la vida social de los romanos fué más rica y adelantada, su arte también llenó necesidades que no sintieron los griegos de la época clásica: para éstos el arte se manifestó en los objetos de uso diario y en los objetos para la vida pública — estatuas, pinturas murales, etc. —; para los romanos el arte plástico adornó las casas privadas, como antes lo había hecho en Alejandría. De ahí la cantidad extraordinaria de retratos que nos han dejado: todo gran señor romano quería verse inmortalizado en el mármol o en el bronce. Consecuencia de ello fué también la aparición del arte decorativo en la pintura: nos queda el ejemplo magníficamente vivo de Pompeya.

La condición social de los plásticos no mejoró notablemente, precisamente por la decadencia manual que era fácil advertir. Los retóricos ascendieron de categoría, pero los artesanos que tra-

bajaban el mármol siguieron siendo obreros asalariados, muchos en condición de esclavos.

Más que en Grecia, pues, el arte romano se nos presenta como un arte de clase. El mito siguió siendo un nexo entre la realidad social y el arte; pero fué un nexo débil, sin autenticidad, sin calor popular, porque su importación estuvo determinada por factores ajenos a su realidad. El proletariado, envilecido como ningún otro en la antigüedad, no formó una clase consciente ni definida, y, a pesar de sentir aquella cultura como algo extraño a su propio ser, admiró sin embargo las obras que producía la clase dominante: representaban en su aspecto formal su concepción de la vida, y eso bastaba.

El eclecticismo y su facultad de asimilación impidieron que se plasmara un arte romano. Sólo bajo Augusto, y por muy poco tiempo, la idea imperial logró dar una sensación de universalismo nacional en el arte. Pero era un arte con pies de barro, no reposaba sino sobre una idea política extraña y su derrumbamiento no pudo tardar.

LA ERA CRISTIANA

En los comienzos de nuestra era advino una religión que era la antípoda y la negación de la vieja religión griega-romana al par que de las más viejas religiones orientales; el cristianismo.

Desde el punto de vista de la posibilidad de un arte plástico cristiano, la nueva religión comportaba una serie de principios adversos: el carácter espiritual del Dios Padre en oposición al antropomorfismo de los griegos, el concepto de "metanoia" de la predicación de Jesús que "aparece como un movimiento de conciencia que busca el renacimiento del individuo por su transformación moral", unido al desinterés por el culto y a la falta de un dogma como tal: faltaban pues, las bases de existencia de un arte religioso. Sin embargo existió un arte cristiano casi desde el primer momento de la predicación a los gentiles. (1)

No fué tarea fácil la creación de ese arte plástico, pues ¿cómo pintar o esculpir cosas tan inmateriales como los sentimientos cristianos, las ideas morales? Forzosamente hubieron de buscar

(1) Véase "El artista plástico y las representaciones del dogma cristiano primitivo", resumen de una conferencia pronunciada por el autor en la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos, en FORMA, N° 8.

cosas, objetos que representaran los sentimientos o las ideas: la significación espiritual estaba fuera de lo que los objetos artísticos eran, la paloma que representaba al espíritu santo, el pescado que representaba el alimento espiritual del cristiano, el cordero que representaba a Jesús, etc. La prédica plástica se realizaba únicamente por la vía espiritual, en interpretación simbólica, como Jesús y los Apóstoles enseñaron con las parábolas.

Bien pronto los principios tan estrictos con respecto a la figuración de los dioses fueron dejados de costado, y se empezó a darles formas humanas. Ya Tertuliano y el Canon de San Hipólito habían dado las primeras bases de una justificación. ¿He dicho dioses? Sí, porque al lado del Dios único aparecieron los apóstoles, los doctores, los santos, etc. Y a todos se los adoró bajo forma humana. No bajo la forma humana con que se representaron los dioses griegos o romanos, sino con formas que guardaban lejano parecido con los hombres — la necesaria para justificar la alegoría — animadas de espíritu ultraterreno.

La no existencia de un culto organizado — por la carencia de un dogma — en los primeros tiempos hizo que el arte plástico no interviniera en la fabricación de objetos religiosos. Quedaban los sitios de reunión — enormes cámaras funerarias, las catacumbas — y allí fué donde, triunfando el interés por el decorativo de los romanos, se ensayaron las primeras figuraciones cristianas.

El estrecho parentesco de las pinturas cementeriales con el arte pagano de la época — que obedeció a múltiples factores — les restó originalidad: aun después del triunfo de la Iglesia con Constantino siguió siendo un tributario del arte helenístico-romano.

Lento fué el proceso de formación de la nueva iconografía — los primeros ensayos en los cementerios subterráneos y en las basílicas romanas primitivas fueron aniquilados por las invasiones bárbaras — tan lento que sólo doce siglos después de Jesús llegó a su culminación. El verdadero arte cristiano — cuando la alegoría primitiva logró plasmar una figuración plástica individualizada y determinada sólo como cristiana — corresponde al siglo XII

de nuestra era: la época de las catedrales románicas. Estatuas, pinturas murales, vidrieras de colores, etc., fueron los objetos artísticos de esta nueva época. ¿Y además de eso? Los objetos del culto, libros pintados con escenas bíblicas, baldaquinos sobre los altares, cruces, candelabros, cálices, etc. Las cosas que en la época romana se hacían para el lujo y ornato de las casas particulares, en esta época habían desaparecido: todo era para la Iglesia y para el Monasterio como único reducto de cultura. Todo era para Dios, puesto que la vida del hombre estaba organizada no sólo en su adoración sino en el deseo de abandonar la vida terrena y alcanzar la felicidad en el cielo. El artesano románico no podía perderse en nada individual, ocasional, tornadizo; los objetos profanos quedaron relegados casi hasta la supresión.

Era una época ruda, grande, noble; época de coraje y de ambición; de lucha enérgica y decidida, en que no abundaban ni el lujo ni los placeres desmedidos. La vida de palacio era austera y digna, sin debilidades ni refinamientos que pudieran condicionar la existencia de un arte profano ni de un arte decorativo. El poder de los señores, por otra parte, estaba firmemente basado en la concepción cristiana de la vida y sus principios esenciales la dominaban por completo. El arte de los castillos, pues, estaba saturado de espíritu cristiano.

Los realizadores de las obras de arte — pintores, escultores, grabadores, estucadores, mosaístas, etc. — ya no estaban en la condición de esclavos; gozaban de la condición de obreros libres o en servidumbre, dependiendo de las dos potencias políticas de la época: el monasterio, de donde salió el impulso de renovación artística religiosa; y el castillo, de la renovación laica. En esa época se empezaron a formar las agrupaciones de artesanos, las corporaciones; pero fué en el período siguiente en que llegaron a una rigurosa organización.

A partir del siglo XII que marcó la consolidación política de la Iglesia Católica, al mismo tiempo que el arte cristiano llegó a su máxima cristalización, comenzó la disolución del poder papal y el descreimiento.

La caída de Jerusalén enderezó hacia ella el celo religioso,

provocando un movimiento que hizo ver cómo la concepción eclesiástico-cristiana del mundo gravitaba sobre las conciencias. Sus consecuencias fueron graves para el Papado: debilitamiento de la fe y encumbramiento del poder que lo debía aniquilar, las ciudades comerciales.

Esta eclosión de nuevas fuerzas políticas — fuerzas burguesas y laicas que se condensaron en las comunas libres y democráticas — significó la adopción de dos armas poderosas: el derecho romano frente al derecho eclesiástico tradicional, y la creación de las Universidades frente al monopolio cultural de las escuelas catedralicias y de los monasterios.

El proceso de disolución del cristianismo y de creación de una cultura laica fué lento. El sistema escolástico de Santo Tomás aportó una justificación teórica al nuevo orden económico burgués instituido durante las cruzadas: con él se unificó la imagen medieval del universo, ya muy lejos de la religión de gracia de San Agustín.

En lugar de la catedral románica apareció la gótica, con su maravilloso equilibrio arquitectónico, la riqueza expresiva de sus estatuas que parecían obedecer a regañadientes a la arquitectura, con sus vidrieras historiadas que reemplazaban a las pinturas murales, etc.: materialización pétrea de la escolástica de Santo Tomás. Pero los fieles que contribuyeron a su creación y los que diariamente concurrían a los oficios, no mantuvieron el fuego sagrado del culto como los primeros cruzados: las catedrales góticas no fueron obra de la Iglesia ni de la aristocracia, fueron obra del pueblo de las ciudades, de las comunas.

En el gótico la idea cristiana estaba en la superficie; en el interior del estilo como de los corazones de los fieles; palpitaba una nueva manera de vivir, en oposición histórica.

El arte gótico fué la catedral, pero junto a ella apareció de nuevo la casa privada, síntoma elocuente de la preponderancia económica de la clase que aspiraba a la dominación. La austera fortaleza feudal se transformó en un castillo risueño y cortesano en los siglos XIV y XV.

Ese resurgimiento de lo profano — carácter fundamental de la época — se manifestó no sólo en la arquitectura, sino en las demás artes: en la escultura, cuyas imágenes sonrientes y floridas

anunciaban el idealismo del renacimiento italiano o el realismo de Flandes; en la decadencia de la poesía latina frente a la poesía nacional de los trovadores; en el renacimiento de las artes decorativas profanas, sobre todo la industria del mueble; finalmente y acaso con la mayor fuerza, en la pintura.

Magnífica eclosión de fuerzas nuevas que anunciaron los dos grandes genios italianos del trecento: Dante y Giotto.

Pero el arte siguió siendo religioso: la nueva concepción de la vida se manifestó fundamentalmente en el cómo representar y no en el qué representar. La máscara de la religión perduró durante siglos, aunque sólo como tal. Por debajo de ella floreció el arte burgués que culminó con las artes nacionales, en disolución de la idea ecuménica.

El ideal nacional brillaba profundamente en el gótico — la fachada occidental de la Catedral de Reims es una glorificación de la monarquía francesa. Algo nos indica la coincidencia cronológica de los poemas épicos alemanes con Dante, las catedrales francesas y las esculturas de Giovanni Pissano.

A pesar de sus elementos disolventes, el gótico se presenta como una maravillosa unidad que se consiguió gracias a la organización del artesanado. Para la construcción de aquellas obras de carácter universal fué necesaria una férrea organización de los artistas, que los redujo a un ideal anónimo de trabajo en común: la misma enseñanza y la misma prueba para todos. Todos tuvieron derecho a perpetuar sus obras pero no sus nombres, porque el respeto se sentía hacia ellas y no hacía sus realizadores.

LA ERA BURGUESA

Acaso sea el Mercado de Ypres el edificio profano más grandioso de fines de la Edad Media. Síntoma de los tiempos es que un edificio de tal naturaleza haya podido ser expresión plástica genuina junto a las catedrales. Eran los tiempos en que las ciudades no estaban dominadas ni por los señores ni por los obispos, lo eran por la nueva capa social de poderosos, de la que dependía la industria y el comercio, la de los capitalistas.

Productos de una organización económica nueva, impusieron su espíritu en toda Europa: un espíritu de empresa, decidido, de-

terminado por la necesidad de acción, aventurero, deseoso de desarrollar las fuerzas y posibilidades del individuo como tal frente a las exigencias colectivas, con una visión real de la vida y la naturaleza.

En Italia las ciudades mismas enagenaron su libertad en provecho de los "signori"; en Alemania, fueron los príncipes territoriales los que consolidaron su autonomía política cercenando las autonomías urbanas; en Flandes, la burguesía ascendió de la mano de los Condes. El poder democrático de las comunas, en su declive final, arrastró con él al arte gótico.

Las ciudades conservaron la dirección de la cultura y fueron las que propendieron a su secularización, pero dominadas por fuertes personalidades que trataron de cimentar su poder absoluto en sus territorios: llámese dux, príncipe o rey.

Las diferencias sociales se establecieron con extraordinaria rapidez: de un lado, la nobleza y la alta burguesía; del otro, los pequeño-burgueses y el pueblo bajo. Fué esa alta burguesía, precisamente, la que desencadenó los dos movimientos capitales del siglo XV: el renacimiento y la reforma.

El renacimiento fué un movimiento de oposición al idealismo cristiano; implicó un desarrollo exacerbado del individuo, el ejercicio ilimitado de la libertad, la vuelta a la naturaleza. Fué ese nuevo espíritu burgués, de que hablaba, que pugnaba por rebasar los viejos moldes de la escolástica e imponerse en todos los terrenos. Fué un movimiento pagano; pero no hay que olvidar que la sociedad burguesa siguió yendo a la iglesia, y, en consecuencia, la nueva concepción de la vida apareció con el ropaje cristiano.

Esa aparición de la vida que se manifestó en Giotto (conformación de la figura humana como tal, con peso, consistencia, perspectiva, etc.; aparición en las actitudes y en los gestos de los afectos, del temor, de la esperanza, de la ira, etc.; aparición del paisaje natural), esa materia de sus pinturas murales apreciable con las manos por su alto valor táctil, se hizo, sin embargo, formalmente como una alegoría, en singular persistencia de la temática medieval.

Frente al cristianismo, la nueva época intuyó en la ciencia natural la posibilidad de un nuevo apoyo en la vida cultural. Era

necesario, sin embargo un apoyo franco, concreto y claro: eso se lo dió la antigüedad clásica helenística y romana. Los artistas del renacimiento fueron hacia la antigüedad por la maravillosa coincidencia de formas definidas y contenido natural que en ellas abrevaban. Su preocupación constante fué la realidad natural. Vasari decía que "lograron hacer lo que veían del natural y nada más." En ese nada más está la negación del arte pedagógico y moralizante, alegórico, del medioevo.

Dos series de temas se disputaron la actividad plástica: los motivos cristianos y los del paganismo clásico. Pero unos y otros escondían el verdadero significado de la expresión: reproducir la vida en todos sus accidentes morfológicos y espirituales. Por eso se afirmó un nuevo género que fué el tema auténtico de la época. el retrato.

Esa pasión por la realidad, que planteaba primeramente la resolución de graves problemas técnicos de realización, les hizo desinteresarse por el contenido: importaba sobre todo el qué representar concreto, no lo figurado, y el cómo representar ese contenido concreto. Dominó en la concepción de pinturas y esculturas la idea de lo decorativo en contraposición a la de ilustración, de enseñanza dogmática por la plástica, del medioevo; de aquí un culto apasionado por el sentimiento de la forma.

Esa trasposición de la realidad no podía obtenerse sino con el juego de elementos racionales, por eso se impuso la búsqueda científica de las constantes en la figuración humana: el concepto de belleza como armonía, como cosa regulada, debió nacer inexorablemente.

Nada es más significativo que la evolución de las pinturas murales en cuanto a su origen y destino: las que adornaban las iglesias en el "trecento" emanaron de encargos de las mismas iglesias, de las cofradías, de los municipios, etc.; en el "quattrocento", los principales ciclos históricos pintados en las iglesias se debieron a la munificencia de particulares, de familias prestigiosas de Florencia o de las ciudades menores; debieron glorificar precisamente a los donantes que, generalmente, aparecían en alguna parte de la composición; en el siglo siguiente, el "cinquecento" — apogeo del renacimiento — la mayoría de las grandes pinturas murales fueron encargadas para los palacios de los príncipes, duques, reyes.

etcétera, o para el palacio del Papa mismo; pero se encuentran difícilmente en los sitios accesibles a la masa de la población.

Se ve pues, una evolución de lo social y colectivo hacia lo individual: se fué restringiendo cada vez más el área de difusión y de estimación de las grandes pinturas murales. En cuanto a las obras de arte transportables — el cuadro, la pequeña estatua, medallas, etc., — su área de difusión se restringió más aun, puesto que su sola existencia estaba determinada ya por necesidades puramente individuales, en detrimento de las del resto de la población inferior.

Paralelamente cambió también el concepto del artista; dejó de ser un artesano y se convirtió en un intelectual, en un compañero y gustador de la filosofía y de la ciencia, en un espíritu mundano, en un amigo de príncipes y papas. El artista se liberó de la tradición y de la servidumbre del dogma que lo ceñía con demasiada estrictez en sus ansias creadoras. Creó entonces por el placer de descubrir lo que entonces creyeron eran las "bellas formas" y con el fundamental placer humano de la creación por sí misma. El Miguel Ángel que creó las figuras del techo de la capilla Sixtina se interesó muy poco por el contenido dogmático que emanaba de ellas: para él era un juego apasionante de cuerpos desnudos, de líneas, de volúmenes —el color para él fué secundario— y por encima de todo, el placer de crear armonías fundamentales y verdaderas.

El concepto de artista que domina en nuestros días arranca precisamente de esta generación de grandes personalidades del siglo XVI. Pintores y escultores, grabadores, etc., que trabajaron sólo por el placer de crear, sin que el problema expresivo-pedagógico entrara para nada en sus preocupaciones, ni menos aun en el destino de sus obras. Crearon para quienes les pagaban y les protegían. Se separó la actividad creadora en dos grandes y —desde entonces— irreductibles direcciones: la del artesano que siguió construyendo objetos de uso, y la del artista dedicado fundamentalmente a la decoración por el cuadro y la estatua; el primero, siguió siendo un obrero; el segundo, fué escalando posiciones sociales cada vez más prominentes.

Es en estos siglos XV y XVI que hay que poner, pues, la máxima atención en nuestro itinerario, porque durante ese tiempo

se produjo la revolución importante para una consideración sociológica del arte: surgió el arte como expresión individual y con destino también individual, y se formaron los artistas en contraposición a los artesanos.

El siglo XVII asistió al fortalecimiento de los poderes absolutos y a un nuevo intento de universalismo de la Iglesia Católica. En todas partes las fuerzas burguesas asociadas a la realeza —España, Francia e Inglaterra— o a los príncipes —Alemania, Italia, Flandes— crearon los primeros. La defensa de la idea ecuménica que con la contra-reforma encarnó la segunda, produjo un nuevo misticismo, un resurgimiento de la fe. Frente al paganismo del renacimiento y al desinterés por la plástica de la reforma, advino un nuevo estilo que representó dignamente a los poderes absolutos espirituales y temporales: el barroco, universalismo estético coincidente con el universalismo religioso y político.

El poder del príncipe se afirmó en forma tal, que a la aristocracia, dominada por él sólo le cupo el papel de formarle un marco espléndido y lujoso en la Corte, que fué durante siglos el centro de la sociedad y de la cultura.

El estilo artístico del absolutismo no pudo ser otro que un renacimiento del clasicismo. Entonces apareció en tierra francesa para imponerse universalmente, jerarquizando a la regla como norma suprema.

Arte de clase, sólo accesible a la corte, y hecho únicamente para ella, sucumbió a su influencia, coincidiendo con dos fenómenos de extraordinario interés: el establecimiento del lujo como factor preponderante en la vida económica y cultural y la dictadura estética y social de la mujer. Así se transformaron los productos artísticos en objetos de lujo; como tales se cotizaron en la sociedad cortesana. Los ejemplos que nos quedan de aquella época son casi exclusivamente objetos —muebles, tapices, pinturas de gran tamaño, estatuas, etc.— destinados a los palacios y jardines cortesanos.

La masa de pueblo se sintió más que nunca separada de la clase dominante; no quedó ningún lazo de contacto, puesto que el nexo de la fe se había perdido, y los refinamientos de la elegan-

cia —a través de los mitos clásicos— eran inaccesibles para ella. Si en el reinado de Luis XIV se compartió por unos y otros el sentimiento de respeto y de admiración por la Nación, fué un débil lazo que desapareció ante la debacle de sus sucesores.

Los artistas plásticos, en esa progresiva ascensión de categoría social, gozaron de los favores y placeres de la corte y colaboraron únicamente a la grandeza del poder absoluto de su señor.

EL SIGLO DE LA REVOLUCION

El siglo XVIII es el siglo de Voltaire, se ha dicho. Lo es en la medida en que este hombre pudo indicar el momento preciso en que una época acababa y otra empezaba: fué el último representante del clasicismo francés y el impulsor más vigoroso de la revolución burguesa de 1789. Es el siglo de Voltaire en cuanto es el siglo de la Enciclopedia; en cuanto ésta, alimentada por reyes y príncipes, engendró, sin embargo, los elementos sociales que corroerían su poder. Es el siglo del anticristianismo disimulado hipócritamente.

Otra vez el hombre fué el centro de la vida y de la cultura. Pareció como si la sociedad europea hubiera salido del sopor en que las empolvadas pelucas de los grandes Luises la habían sumido. En momentos en que los jóvenes literatos y artistas malgastaban su vida en patrañas y sutilezas decadentes —recuerden Vdes. los excesos del rococó— y pretendían cimentar la única cultura en los salones de los elegantes, la aparición de un núcleo de artistas —escritores sobre todo— que, librándose de las trabas del absolutismo, se encaraban con la vida, con el hombre, no pudo ser saludada sino con alborozo.

El fermento social de revuelta encontró un medio de expresión tanto en la literatura como en la plástica, y el burgués —con su morfología corporal y espiritual— ocupó el puesto central en una y en otra. La burguesía se sintió fuerte y exigió no ser más objeto de burla o de irrisión en el drama o en la pintura, exigió ser el eje de la obra artística.

El arte cortesano se perdía en los laberintos formidables y preciosistas —Lancret, Boucher, Fragonard, Watteau mismo—. Junto a él aparecieron los puntales de un arte genuinamente bur-

gués: David, Hogarth, Greuze, Chardin. Captaron la divisa de los enciclopedistas "volvamos a la naturaleza" y la utilizaron como lema y como dogma.

La revolución se hizo con la bandera de los derechos del hombre: Libertad, igualdad, fraternidad. Esas tres palabras adquirieron una fuerza mítica capaz de sobrepasar los más terribles fanatismos religiosos: así lo fué para los fogosos artistas de la primera hora que capitaneó David y que siguieron las huellas marcadas por Diderot en el teatro y en la novela.

¿Por qué esos artistas de la revolución, de pronto se volcaron de nuevo en los moldes antiguos, y produjeron un renacimiento de lo clásico? La misma burguesía que antes de la revolución sostuvo e inspiró un arte de contenido y forma burgueses, después del triunfo se volcó en un formalismo clasicista. Es que los derechos del hombre, con el sentido humano de que estaban cargados fueron una ilusión, una bandera, una máscara bajo la cual se escondieron los verdaderos intereses de dominación de una clase que ascendía.

El clasicismo revolucionario se tornó cada vez más hacia lo abstracto, hacia la construcción de figuras ideales. ¿No fué David, precisamente, el impulsor de la estética formalista y abstracta del siglo XIX, que impera hasta nuestros días?

Este carácter abstracto era el que correspondía, por otra parte, a la nueva ordenación jurídica y económica de la vida: empezaba ésta a ser regida por la máquina "en que el hombre no es más que un observador y un regulador", empezaba a ser regida no por ideales religiosos o filosóficos —o bajo su apariencia— como en la Edad Media o en el siglo XVII, sino crudamente por el comercio y la industria. La obra de arte cobró así el carácter fundamental de la época capitalista, el carácter de mercancía.

El artista se encontró perdido ante la quiebra de la estructura religiosa, ante su incapacidad para penetrar la realidad objetiva que se le presentaba con caracteres equívocos: perdido al verse privado de sus medios tradicionales de expresión. No le quedó otro recurso que el formalismo hueco que significó el clasicismo de 1800.

El afán revolucionario de Rousseau — que en pleno siglo XVIII levantó su voz contra los excesos del enciclopedismo y anun-

ció el individualismo— se encarnó en el movimiento alemán de tormenta e impulso (sturm und drang) que pedía “libertad para el individuo, que pudiera vivir su vida sin la carga de los estados sociales existentes”.

Los románticos declararon que la razón no tenía derecho a creerse única poseedora de la verdad, y que eran las fuerzas del sentimiento las que conducían a ella. Conformaron también su mitología de engaño — vuelta a la edad media— como los clasicistas de la revolución: la idea de que la obra de arte refleja el alma de un pueblo y que su misión política y estética era la liberación del mismo. El único rasgo verdaderamente dominante, por debajo de la hojarasca revolucionaria, fué la afirmación del más crudo individualismo, la emancipación del yo.

El artista se replegó sobre sí mismo y encontró que lo maravilloso, la verdad verdadera, no tenía asiento en el objeto, en las cosas, sino en el sujeto. Hizo así de la emoción subjetiva lo esencial de la obra de arte. No admitió normas ni se basó en ideas o sentimientos populares, sólo atendió a las más íntimas resonancias del alma individual.

El siglo XIX, con sus intentos de clasicismo y romanticismo, fué un siglo fundamentalmente anti-religioso, profano. El artista no trabajó más para las ceremonias del culto, ni para los lujos de la corte, ni para la expresión de voluntades racionalistas: independizado de toda traba exterior —creándose un lugar de preferencia dentro de la clase social a que pertenecía— creó para un ente nuevo: el público.

Apareció el arte como espectáculo triunfando en la ópera y en el concierto; en los “salones” de pintura y escultura; en las reuniones literarias de “iniciados”. Fué precisamente con el romanticismo que se impuso el cuadro de caballete destinado a decorar las paredes de los palacios de burgueses enriquecidos.

Perdido todo lazo de contacto con elementos populares y autóctonos, quedó libre el camino para el arte abstracto moderno.

Desde el siglo XIX el artista quedó libre de toda traba, de toda sujeción; pudo pintar o esculpir lo que quiso. Sabía que un pú-

blico, reducido sin duda, pero potente económicamente, podía comprarle lo que hiciera.

Las artes decorativas —muebles, porcelanas, vidrios, etc., — mantenían todavía un débil nexo con el gran arte de la pintura y de la escultura, porque se inspiraban en ellas. Pero sobrevino la máquina que empezó a producirlo todo y el artesanado comenzó su lenta decadencia. Las artes decorativas dejaron de ser tales y el artesano quedó rebajado en su condición social y profesional.

El artista, con una soberbia sin igual, se proclamó absolutamente libre. Y solo con su libertad, imbuído de petulancia y de soberbia, sin saber qué expresar con los medios a su alcance, presenciando, por el contrario, un caos y una confusión terrible de ideas políticas y sociales en pugna, abandonó la lucha —que los románticos propugnaron teóricamente— se retrajeron y se entregaron por completo, aisladamente, a su arte.

El artista no había olvidado que durante siglos había debido sufrir la dominación de la religión, de las ideas morales y políticas, etc. Que esas ideas le habían marcado siempre el camino, le habían impedido hacer lo que quería para hacer lo que otros querían. Y por ello su odio terrible, su rencor contra todo lo que fuera una orden, contra todo lo que fuera sujeción. Querían sólo la completa libertad.

La libertad tan penosamente conseguida significó el abandono de todo cuanto fuera alegoría —todo el arte de occidente estaba cargado de ella hasta ese momento—, de todo cuanto fuera significación. ¿Hacia dónde debían mirar en sus propósitos creadores? Hacia la única fuente perenne de inspiración hasta entonces a menudo olvidada, apenas entrevista en ocasiones, casi comprendida en algunos momentos de la historia: la realidad de las cosas y de los seres.

La ciencia lo dominaba todo, incluso el arte. Se puso en duda la religión y se reaccionó enérgicamente contra los excesos del romanticismo. Se buscó la certidumbre objetiva. El artista siguió la corriente del siglo y adoptó una actitud de naturalista ante la vida.

Para llegar a esa aprehensión objetiva de la realidad, fué necesario un cuidado excesivo de la forma, pues la obra de arte debía expresar fielmente el equilibrio de la naturaleza: la preocupación formalista, todavía sobre un contenido auténtico como es la natu-

raleza, comenzó su obra. Dominó entonces, por encima de toda teoría, una preocupación exclusivamente artística.

Frente al academicismo frío de 1800 los románticos primero significaron una vuelta a la naturaleza, a través del temperamento. Corot imita —dice Ozenfant— y por esta imitación busca traducir lo que él, Corot, ha sentido.

Frente a los románticos se impuso luego el naturalismo como intento desmedido de captar la realidad en su apariencia, en una posición de copia, de trasposición absoluta, en la que la personalidad del artista quedó anulada por completo. El realismo ingenuo de Courbet sólo pudo triunfar por encima de una teoría falsa por sus condiciones extraordinarias de pintor. "Los realistas del Segundo Imperio eran realistas vulgares, aunque hayan contado con grandes pintores como Courbet. Su realismo no era más que naturalismo", ha dicho Aragón.

La posición del artista en esta segunda mitad del siglo XIX se consolidó de tal manera que ya no se pudo esperar cambio alguno. Cuando Gauthier formuló la doctrina del "arte por el arte", estableció las bases en que se asentaría la producción artística hasta nuestros días. Porque su formulación no fué cosa antojadiza, sino que estuvo determinada por la realidad social. El artista creó obras que sólo pudieron ser gustadas por círculos estrechos y elegidos, aunque sólo podrían ser compradas por los burgueses ricos, que no pertenecían a ellos: enorme contradicción! Es cierto que los románticos y los naturalistas tuvieron un desprecio inigualado por el tosco burgués, pero al fin debieron rendirse ante la evidencia de que su arte estaba destinado a su palacio y nada más que a él. Tiempo pasó antes de que la burguesía adquiriera la cultura necesaria para estimar las obras de arte plástico, pero también se consiguió formar un público comprador suficientemente fuerte como para permitir la existencia de los artistas, más o menos alejados de toda preocupación auténticamente social.

LA EPOCA CONTEMPORANEA

La vía de salvación —la afirmación de la potencialidad creadora frente a la naturaleza— llegó por un movimiento también realista frente a la naturaleza: el impresionismo. Fué estudiando la

naturaleza que el impresionismo pudo conquistar la luz en vista de representarla en colores. "Su sensibilidad retiniana —ha dicho Goerg— la más afinada que se haya conocido, los condujo a dar de la realidad una representación tan sorprendente, que para ojos menos ejercitados que los suyos, se los creyó alcanzados de delirio visual, mientras que, nunca en pintura se ha sido más imparcialmente, científicamente, sinceramente realista que ellos". De esa misma posición creadora frente a la naturaleza emanó una conquista técnica fundamental: el valor de una superficie como tal opuesto al de la perspectiva, que los impresionistas aprendieron de los japoneses e incorporaron a la tradición europea.

Pero con los impresionistas estábamos en presencia de una realidad natural que se pretendía trasponer a la tela, aun cuando fuera por el impalpable vehículo de la luz. Todavía había una sujeción a algo externo al arte mismo.

La liberación debía venir por una escapatoria total a todo lo que pudiera significar sujeción: desde fines del siglo XIX se comenzó a penetrar en esa trágica lucha por desembarazarse de la realidad natural y artificial que, a veces sin quererlo, se filtraba en las figuraciones más descarnadas.

Es en Cezanne que hay que situar ese momento grávido de acontecimientos ulteriores, ese momento en que osa descartarse de la naturaleza mucho más que nunca, y deliberadamente. Ya Rodin había dado el toque de atención tomándose libertades con la naturaleza que ningún otro antes que él se hubiera atrevido. Y antes que ellos, Daumier había dado el tono de la figuración burguesa al crear la caricatura, que es el comienzo de la eliminación del hombre de la figuración plástica, como bien lo ha visto Max Raphael.

El hombre comenzó a ser eliminado de la vida social porque se había transformado en mercadería. Fué un síntoma inequívoco de la falta de respeto por la personalidad humana, que llevó en el siglo siguiente a la completa deshumanización, "al reemplazar lo orgánico (el hombre) por analogías con el mecanismo, en un sistema de relaciones generales y abstractas".

Los impresionistas tradujeron sensaciones recibidas del exterior; Cezanne, por el contrario, buscó en el vocabulario de la naturaleza los elementos para transmitir su mundo interior. Se ve bien, pues, la revolución completa que significó su arte. "Hasta media-

dos del siglo XIX cada uno se expresaba a través de fórmulas aprendidas, que los más audaces retocaban, pero muy tímidamente. Actualmente, en el ala en marcha de las artes, de las letras y de las ciencias, todos batallan individualmente, y se crean sin la sombra de un escrúpulo, su propia "lengua", buena o mala, pero "personal", dice Ozenfant. Esa fué la lección de Cezanne.

Abrió el proceso al dogma impresionista echando las bases del cubismo; partió siempre de la forma y del color, restableciendo el color local que en aquél era devorado por la luz. Al buscar la síntesis del cuadro dentro de los elementos exclusivamente plásticos, desterró también la mayor traba en el proceso de alejamiento de la realidad: la perspectiva italiana.

Con Van Gogh y con Gauguin —iniciadores del arte de nuestro siglo— la naturaleza siguió siendo un vocabulario de elementos formales, pero con ellos ya no se trató de configurar la realidad sino simplemente de transfigurarla. Gauguin decía: "Muchas personas dicen que no sé dibujar porque hago formas especiales. ¿Cuándo se comprenderá que la ejecución, el dibujo, el color, deben concordar con el poema?" El poema es lo que él llevaba dentro, ese insondable misterio que según él, sólo pertenecía a los poetas.

Si en estos dos pintores hubo una continuación de Cezanne, en Toulouse Lautrec hubo una continuación del contenido vivo y caricatural de Daumier y de Forain, aprovechando las conquistas técnicas de sus inmediatos antecesores.

"Apoyándose en la ciencia, las experiencias pictóricas del siglo pasado, pusieron las primeras dudas sobre la naturaleza entendida como realidad absoluta. Se tuvo el puntillismo y con él los primeros ensayos de invención: Seurat apareció grande y magnífico". (Belli).

Seurat despoja a su arte de toda seducción, de toda confianza sentimental. Había en él un sentimiento de pureza y de arquitectura que lo llevaba a las combinaciones armónicas con que Pitágoras se complacía en imaginar al Universo, llevado por el ritmo. (Zervos).

El proceso de desintegración de la naturaleza se polarizó en un momento en el grupo de las fieras, que inició Rousseau y encarnó definitivamente Matisse. En el primero todavía como una

reacción sentimental; en el segundo, ya con la intención clara y determinante de construir el cuadro dejándose llevar por el ritmo interior que utiliza formas y colores en procura de una armonía fundamental que guardaba un lejano contacto con la realidad que le dió origen.

Con él surgen las deformaciones. (1) "Se ha dicho de los mejores pintores —escribe Zervós a propósito de Matisse— que pintan por deformaciones. Se ha dicho a veces para elogiarlos, mucho más a menudo para criticarlos. En los dos sentidos se han equivocado. La grandeza de sus obras no está en haber sido concebidas por trasposiciones de lo real, sino la de haber modificado esto según las necesidades de la expresión".

Aunque débilmente, todavía se sostenía la sujeción a la realidad en los pintores que hemos citado: maltrecha, rehecha, mutilada, si se quiere, pero todavía presente, todavía reconocible.

Para no tener ningún lazo odioso de sujeción, se ensayó la mueca final: no representar ni las personas, ni las cosas, ni la naturaleza. Inventar, crear cosas nuevas, no reconocibles; huir de los objetos como de las caras humanas. "El cubismo recordó que los efectos de la óptica valen plásticamente, fuera de toda descripción o representación, en virtud propia de sus acuerdos o de sus conflictos". (Ozenfant). Su problema ya no era deformar, sino formar, crear de nuevo, inventar. No podía realizar más hechos anecdóticos sino hechos pictóricos, para lo cual se valió de los dos elementos específicos de su arte: la forma y el color. Los elementos formales de que se valían no sugerían ni describían, aspiraban a valer substantivamente, por sí; por el efecto plástico y poético que las formas encierran en sí mismas. Y su color no era más el color salido de una teoría física, sino el color constructivo que implica el cuidado del tono local y su juego de equilibrios y valores.

¿Cómo pudo llegarse a esa concepción descarnada de la realidad, a la posibilidad de vindicar la creación absoluta?

Ya hemos visto cómo todo el arte moderno se presentaba como una afebrada labor de rebusqueda de una nueva técnica expre-

(1) Véase un artículo del autor "Ante Barradas en actitud crítica" en CLAVE DE SOL N° 1. 1930.

siva substantiva, unida a la necesidad de encontrar una norma intrínseca al arte mismo, que sellara la definitiva evasión de la naturaleza. Max Raphael lo justifica como una consecuencia de la imposición del capitalismo monopolizador al reemplazar a la libre concurrencia. Creo que su posición es justa en cuanto se refiere a la preocupación matemática. Dice: "El individuo, destrozado por estos conflictos y llamado a encontrar el medio de expresión más potente de tal época, será precisamente aquél que podrá responder a su deseo de normas del modo más comprensible, del modo más penetrante, es decir, casi siempre por la expresión matemática". El cubismo fué así un intento de racionalización matemática en momentos en que una estricta racionalización de los medios de producción y de cambio organizada la economía capitalista internacional. Un fenómeno parecido presidió, por otra parte, la plástica del siglo XV en los comienzos de la era burguesa. Momento en que se impuso a tal punto el arte como ciencia que Berenson ha podido decir de Baldovinetti, de Pollajuolo y de Verrocchio, que "casi sospecharía que no fueron nada más que hombres de ciencia". El mismo explicó el naturalismo de ese siglo como una instintiva inclinación a la ciencia. El naturalismo del siglo XIX, como ya lo hemos dicho, también obedeció a una fuerte inclinación científica, la del positivismo.

El cubismo también respondió a un intento científicista de racionalización, no ejercido sobre la figura humana, sino precisamente en su negación, porque las circunstancias sociales así lo determinaron.

La desvalorización de la figura humana se había realizado ya en la caricatura, y fué en ella y en el arte negro que aquella le permitió acercarse, que Picasso — dice Raphael — comprendió que "existe —abstracción hecha de las leyes naturales del mundo de los cuerpos y en oposición con ellas— una construcción lógica, necesaria en sí misma, de un cuadro, sacando sus formas directamente de la vida del sentido interior de los contenidos de lo consciente y de lo sub-consciente, del desarrollo y de la lógica propia de este proceso puramente intuitivo".

Este postulado del arte abstracto —que quedó siempre como aspiración— significaba la anulación de la trágica existencia cotidiana. Fué la concepción plástica de lo absoluto, como si el mundo hu-

biera alcanzado una perfecta coincidencia entre la vida y la conciencia. Era un arte sin historia pasada ni presente, y sin futuro. Su posibilidad existencial hubiera significado la perfección, la cima del progreso. Por eso se muestra su falacia como finalidad creadora. Fué la petulancia metafísica de alcanzar el valor puro, la belleza absoluta. Fué creer en la posibilidad de crear valores no condicionados históricamente.

La época en que apareció esta nueva concepción artística se prestaba a tales expresiones: la democracia aparecía como una doctrina perfecta, como la panacea universal, como la organización social perfecta en que el juego de los hombres parecía liberado de todo cuanto en los siglos anteriores había significado sujeción.

La generación expresionista contrapuso a ellos (los impresionistas) con razón, el hombre que impone normas éticas, el que construye el porvenir según planes preconcebidos, el utopista que desprecia el mero conocimiento de la vida pretérita, en fin, esa especie de hombre más noble y audaz que es el que verdaderamente mueve al mundo y el que —aunque por modo indirecto— le ha dado siempre empujes decisivos en sus evoluciones” — dice Franz Roh.

Sus obras carecieron de existencia histórica, estaban fuera de la vida; no eran ni estaban. Fué acaso el máximo esfuerzo de liberación metafísica que hombre alguno haya realizado jamás.

El cubismo fué una teoría. Cayó por su incapacidad para abandonar el objeto, cayó porque no fué un producto de cultura auténtica: la cultura es fundamentalmente histórica, va realizando valores relativos hacia un absoluto que no se puede postular como existente sino en el plano metafísico.

La gran conquista del cubismo —además de la higiene que significó el abandono de la anécdota— fué el descubrimiento del valor propio e independiente de las formas creadas. Los cubistas fueron incapaces de ascender hacia la pura abstracción; el reclamo de la tierra y del convencionalismo formal de los objetos les demostró a ellos mismos la falacia de la doctrina.

Fué Kandinsky quien retomó lo que él creyó exacto en la formulación teórica del cubismo y trató de llegar a ese cénit inalcanzable que es la pintura absoluta, sin otra ley inmutable que la de la necesidad interior. Un cuadro privado de figuraciones natura-

listas —son sus palabras— vivirá por fuerza de su substancia constructiva, lejos de todo recurso práctico, realista o naturalista.

Los demás movimientos contemporáneos —que evidentemente no puedo analizar aquí— no pudieron realizar la evasión de lo real, a pesar de que ésta fué una constante de sus voluntades creadoras. Ni Chagall con su inclinación a lo sobrenatural, que es una forma de sujeción a lo natural; ni el purismo de Ozenfant y Jeanneret con su intento de buscar constantes formales en los objetos, que es una forma de racionalizarlos pero no de superarlos; ni la pintura metafísica italiana de Carrá y de Chirico, en que hay una superestimación de la idea, es decir, una creación de un mundo fenoménico sobrenatural, dejando cada vez más de ser pintura; ni la pintura reducida a signos de Paul Klee, puesto que la reducción a signo de lo natural es también una forma de sujeción a ello; ni el dadaísmo que desorganizó las rutinas por el ridículo, dando nacimiento a la poesía surrealista, la cual no es tampoco una superación de la realidad, sino simplemente de la realidad física, entendiéndose por tal la figuración del pensamiento humano subconsciente, entrevisto en los instantes fugaces del sueño.

El único rasgo distintivo que pudiera involucrar a tantos movimientos —y los que he dejado de citar— sería el de un frente único contra la reproducción extrínseca del mundo, es decir, una voluntad de creación tan imposible prácticamente — lo prueban sus fracasos — como peregrina en su formulación teórica.

Todos esos movimientos llevaban en realidad el peso muerto de la doctrina cubista con su pretensión demoníaca de conseguir valores absolutos.

Frente a estos movimientos, que pretendían alejarse de la naturaleza viviente y de los objetos, una nueva necesidad de reconocer las cosas se hizo presente en la plástica después de la gran guerra.

La vuelta a la realidad no se hizo, sin embargo, sin aprovechar la experiencia recogida: la idea de síntesis y de construcción creadora. La actitud del nuevo realismo fué fundamentalmente distinta a la de los realismos anteriores, sobre todo el realismo ingenuo de fines del siglo pasado. Significó una captación de valores —plásticos y culturales— más que de las apariencias: una definitiva repul-

sa por todo lo que pudiera ser una copia, que llevó a la reproducción de los objetos por la captación crítica de sus esencias. Esta nueva posición del artista plástico frente al contenido vivo, apareció unida a posiciones políticas extremas. La vuelta a la realidad —expresión tan manoseada como imprecisa— se hizo bandera de lucha, más que fría posición estética.

Pero ¿qué es lo real en nuestros días? Las contradicciones del mundo económico, reflejadas en el plano social, han polarizado las fuerzas en lucha en facciones extremas. Teóricamente parece que el hombre estuviere en la obligación de definirse y embanderarse. Esa realidad política, que los teóricos gustan exagerar en sus oposiciones, a veces con escaso sentido del matiz, no es la realidad existencial, no es la realidad en que se mueve el hombre anónimo.

“La diferencia esencial entre los hombres — dice Jaspers — consiste en si están poseídos íntimamente de la transformación histórica de la existencia como nuestro destino, o si permanecen ciegos en la tranquilidad de un mundo engañoso de la amabilidad humana o del descontento, en puro goce o dolor existencial hasta que la destrucción imprevista revela la vanidad de esta ilusión”. Los hombres poseídos de esa necesidad de transformación histórica de la existencia como nuestro destino, los que sienten el ser mismo, no son precisamente la mayoría en los momentos en que vivimos. Son los más los que permanecen ciegos en el mundo engañoso de la amabilidad humana o del descontento. Es esa posición apolítica que el mismo Jaspers caracteriza diciendo: “Esta apolítica es el fracaso de aquél que no necesita saber lo que quiere, pues no quiere otra cosa que realizarse en su ser mismo vacía de mundo, como en un espacio sin tiempo, por decirlo así. Acepta el destino humano histórico sólo como tolerancia pasiva porque considera como ser una salvación no histórica del alma. No conoce la responsabilidad de quien sólo en el mundo es él mismo y se considera culpable de lo que acontece en cuanto no ha hecho lo que podía para cuidar lo que debía ocurrir”.

Vivimos en una época de caos político y social en que las viejas estructuras y los postulados morales que le son añejos, se derrumban sin encontrar nada en que volver a sostenerlos o a sostener otros nuevos. En medio del caos no hay otra solución que la salvación personal, por ese sentimiento de responsabilidad que tie-

ne o debe tener el hombre que es ser-mismo y que lo incita a construir su destino con su propio esfuerzo. ¿Dónde está pues el común denominador de la realidad? ¿En qué basarse para postular una existencia cultural substantiva? Quienquiera comprender el arte de nuestro tiempo debe concebir sólida y previamente esta estructura social del mismo.

El arte plástico ha necesitado siempre de un intermediario concreto para su expresión. Ya hemos visto a qué altura inaccesible trató de elevarse y cómo cayó precisamente por la falta de él. Ahora hay una intención honesta de volver a vertebrar su trabajo en la posibilidad de una cultura futura. Pero ¿en qué basarse? ¿Cuál es el mito que puede encarnar el nuevo realismo? Porque es evidente que no son las cosas como tales, la naturaleza como tal, ni menos aún las ideas, las que dan fuerza mítica al arte; sino cuando esas cosas, esa manera de ver la naturaleza y la figuración humana respondan a una concepción del mundo que signifique en el mundo individual, la obtención de los destinos particulares y por ellos del destino del mundo. Es por esto que la postulación de un arte de tendencia es nefasta para el arte mismo como actividad cultural. Realidad política y cultural —cuyas relaciones son innegables a mi juicio— no significan ni mucho menos tendencia política y lucha por ella, ni sentimientos de facción. Todo cuanto hay de facción en la Divina Comedia ha carecido de sentido para nosotros, es decir, todo lo que es circunstancial y episódico: eso nada agregó al poema ni siquiera en el momento en que se generó. Pero todo cuanto hay de posición política —concepción social de la vida— es de una importancia tal que no es posible juzgarlo sin ese contenido vivo que le da sentido humano y estético.

El pintor francés Grommaire lo ha visto bien claro. "Lo real no es solamente lo que está al alcance de nuestra mano, al alcance de nuestro ojo; es también lo que está al alcance de nuestro espíritu. Lo real se extiende desde nosotros mismos a los límites desconocidos del mundo, y el realismo en arte es la aproximación, intuitivamente la más convincente posible, a la verdad del universo, y esto a propósito del menor objeto" — dijo en la "Querrela del realismo". Hay que darse cuenta —él mismo lo decía— que en arte como en otras cosas, el problema es un problema de ética. Es necesario revalorizar la persona humana. La calidad de la inven-

ción será a este precio. Y los intentos de realismo en la plástica están precisamente del lado de los que intentan revalorizar la persona humana.

No hay que confundir, pues, lo que se debe exigir de un hombre en su calidad de tal —que llegue a ser ser-mismo— y lo que se puede exigir en la expresión plástica que aspira siempre a una dosis de eternidad que, a veces, es esquiva en grado sumo, como en nuestros días. (1).

El artista siente la realidad como tiniebla aun sin palabras, y aunque tenga conciencia de que el arte, hoy como siempre, debe hacer perceptible la trascendencia en la forma ahora creída como verdadera (Jaspers), se mueve dentro de ella sin poder captarla. Y no la puede captar, sencillamente, porque no existe sino en tinieblas, como la presienten algunos, o en auroras como creen ya verla los otros.

Llegamos al fin de nuestro itinerario: hagamos el balance de cómo han aprovechado los artistas plásticos esa libertad tan penosamente conseguida.

Han perfeccionado la técnica principalmente. La historia de las artes plásticas de nuestro siglo es la historia del perfeccionamiento del cómo hacer unida a una despreocupación, no del todo culpable, del qué hacer.

Esa preocupación estrictamente artística ha conseguido como conquista positiva el concepto de creación, como obra del hombre frente a la naturaleza, lo que significa la vertebración de la actividad de hoy con la más remota tradición expresiva del mundo; el concepto de arte como expresión íntima del artista, en magnífico esfuerzo de sinceridad —la obra de arte ha sido, es y será siempre expresión creadora individual en cuanto se refiere a su contenido espiritual inmediato—; y un sentido de lirismo y de poesía que fundamenta la posibilidad de existencia substantiva de la plástica como arte. Finalmente, el despertar de la conciencia humana del artista, por la vía de su expresión, ha condicionado su existencia co-

(1) Véase el trabajo del autor "El Problema del arte y del artista contemporáneos. Bases para su dilucidación crítica". 1937.

mo hombre: lo obliga a colaborar en la creación de un destino social por la consecución del propio.

El artista ha conquistado una libertad en la expresión que es una vindicación objetiva que no podrá volver a perder. Sin imposiciones y sin trabas, cuando el momento sea propicio, cuando la nueva concepción del mundo se fragüe concretamente en una idea, un sentimiento o un mito, plasmará un arte superior a los más extraordinarios de la historia.

Para cuando llegue ese momento habrá pasado muchos años en silencio afilando el instrumento, afinando la técnica, haciéndose más capaz y más hábil, consiguiendo una sinceridad personal, sin la cual no hay arte posible, y afirmando, por sobre todas las cosas, su posibilidad de crear, no en el vacío, sino en la historia del presente cargada de pasado.

Comprendamos, pues, su angustia y sus obras, no las neguemos "a priori". Sepamos honrarlo, por lo menos, con nuestro respeto.

Introducción al empirismo radical a base de la Lógica moderna

Por HANS A. LINDEMANN

Segunda clase del curso dictado en el Colegio en
Octubre de 1938.

II

LA LOGICA VIEJA Y LA LOGICA NUEVA (LA LOGISTICA)

La disciplina de la lógica, como es sabido, es la obra más importante de Aristóteles. Se ha dicho que la lógica comprende las reglas del pensamiento correcto. Para solucionar ciertos problemas, se dijo, tenemos que entender la función misma del pensar, de lo contrario jamás será posible solucionar completamente los problemas más profundos del pensamiento humano.

La palabra "lógica" no es de Aristóteles; ha sido introducida más tarde por los estoicos para su ciencia de los conceptos. Las consideraciones aristotélicas están en su libro *Organon*, que sirvió más tarde de base a la lógica clásica. Aristóteles creó la lógica para salvarse de los sofismas de los pensadores de su época y de las equivocaciones y de las trampas de los oradores, pero no podía lograr su fin del todo porque su lógica era deficiente. Aristóteles no podía llegar todavía hasta el fondo del esquema lógico de nuestros idiomas y en especial no podía librarse de una metafísica realista. Pensaba que nuestras frases comunes que dan un atributo a un sujeto eran formas absolutas de nuestro espíritu y que la ciencia no

podría hacer otra cosa que buscar las formas generales o mejor dicho los conceptos generales que están en el fondo de los hechos. Sus conceptos generales tenían realidad absoluta. Por eso su lógica era en primer lugar una disciplina de las formas generales, tal como aparecen en los silogismos comunes. Además trataba de los elementos de las frases simples, de los conceptos y sus formas diferentes con las cuales están compuestas las frases. Las reglas de las definiciones fueron elaboradas, y se hizo por primera vez la distinción entre axiomas y frases derivadas, así como entre conceptos fundamentales y conceptos derivados. Se formularon las reglas fundamentales de las conclusiones más importantes que se conocían en aquel tiempo.

Esta obra era en aquel tiempo lejano una obra grandiosa aunque —en relación a nuestros conocimientos actuales— absolutamente insuficiente y estéril. A pesar de esta insuficiencia no ha sido gran cosa todo lo que los pensadores de los dos mil años siguientes han contribuido a esta labor de Aristóteles, si exceptuamos a ciertos nominalistas de la Edad Media.

Muchos de los lógicos posteriores han oscurecido lo puramente lógico que Aristóteles ya había elaborado, como, por ejemplo, los lógicos psicólogos de toda especie. El primero que verdaderamente se dió cuenta de la esterilidad absoluta de la lógica aristotélica y su programa de renovación fué Leibniz en el siglo XVII. Leibniz pensaba por primera vez en renovar la lógica aristotélica y su programa de renovación fué una obra compleja sorprendente. El quería nada menos que crear una nueva *Scientia generalis* que debía comprender todas las demás ciencias como partes especiales. Como base de esta ciencia nueva Leibniz imaginaba dos disciplinas, una *Characteristica generalis*, esto es un nuevo sistema de símbolos que caracterizara de una manera unívoca todos los conceptos de los idiomas. Por medio de estos conceptos fundamentales quería componer todos los conceptos compuestos, generales y derivados. El conjunto de los conceptos simples sería algo así como el alfabeto de los pensamientos humanos. Además precisaba todavía un *Calculus ratiocinator*, esto es: Leibniz quería elaborar todas las reglas sintácticas entre los símbolos simples y combinar por medio de estas reglas exactas todos los símbolos de su *Characteristica generalis* para conseguir de esta manera todas las frases que

se pueden expresar legítimamente en un idioma, al mismo tiempo se podrían confeccionar todas las conclusiones de una frase o de varias frases según las reglas mismas de la sintaxis. No eran más que combinaciones de los conceptos y de las frases fundamentales según las posibilidades de las reglas sintácticas. Esto sería en buenas cuentas un cálculo lógico parecido al cálculo matemático. De esta manera se podrían reemplazar los pensamientos por cálculos lógicos y crear así una *Mathesis universalis* para todo el saber humano, independiente de los idiomas diferentes. Todos los idiomas diferentes serían entonces nada más que idiomas especializados de la *Characteristica generalis*. El programa de esta lógica era, como se ve, muy vasto. Leibniz pensaba que, una vez elaborada la *Mathesis universalis* se podrían sacar a la luz en cualquier momento todas las consecuencias de los hechos fundamentales de nuestro mundo fenomenal por medio del nuevo cálculo; así que en un futuro lejano se podrían solucionar todas las disputas entre los sabios por medio de la fórmula general y universal: "Calculemus", esto es saquemos la cuenta de los datos empíricos de determinadas sensaciones fundamentales que serían, según él, uniformes para todos los hombres.

No sólo el propio Leibniz no podía llevar a cabo esta idea grandiosa, sino que es del todo imposible llenar este vasto programa, de tal modo que todos los pensadores que más tarde han tratado este asunto tenían que restringir mucho su programa, no obstante lo cual tenemos que considerar a Leibniz como el padre de la nueva lógica. No puedo entrar ahora en la historia del desarrollo de esta nueva lógica sino que debe hacer constar que los pensadores que elaboraron posteriormente el nuevo sistema del "álgebra de la lógica" fueron los ingleses De Morgan (1847) y George Boole (1854). El gran pensador norteamericano C. S. Peirce ha ampliado más tarde el sistema de Boole por medio de un símbolo de relación especial: la implicación. El primer sistema ya ampliado ha sido creado por el alemán Ernesto Schröder después de que el gran matemático italiano Peano había mejorado mucho el simbolismo de la nueva lógica. El logista más agudo tal vez fué, un poco más tarde, Gotthold Frege. Sus trabajos importantes no han sido apreciados por sus contemporáneos y sólo Bertrand Russell y A. N. Whitehead, los filósofos ingleses más importantes de nuestra época, han

renovado sus ideas y han creado en diez años de trabajo enorme la obra clásica de la nueva lógica, los tres tomos de Principia Matemática (editados de 1910 a 1913). Esta obra grandiosa no sólo trata de colocar los fundamentos generales del sistema completo de la lógica, sino que procura además deducir de los fundamentos lógicos de nuestros idiomas toda la matemática. Esto último casi siempre ha sido el fin primordial de la nueva lógica, para unir de una vez la lógica con la matemática por medio de un sistema lógico completo, universal y definitivo. Esta tarea no ha logrado del todo su fin y los trabajos hechos en este sentido no resisten todavía a una crítica severa; no obstante tienen valor enorme. Un número cada vez mayor de filósofos y logísticos de casi todas las naciones están actualmente ocupados en criticar y completar la obra de los Principia Matemática. Los más importantes entre los viejos y nuevos son tal vez: Couturat, Hilbert, Ackermann, Wittgenstein, Carnap, Bernays, Ramsay, Goedel, Tarski, Chwistek, Leniewski y muchos otros.

Ahora vamos a considerar más de cerca las ideas y los rasgos principales de la nueva lógica. En primer lugar, la nueva lógica se distingue de la vieja por su empleo casi exclusivo de símbolos simples que se parecen a los matemáticos. Aristóteles ya usaba letras simples para representar las conclusiones de los silogismos, pero la lógica nueva ha generalizado y ampliado en vasta escala este método. Por medio del símbolo nuevo se puede por primera vez sistematizar definitivamente todas las conclusiones posibles de las frases simples. Los silogismos de Aristóteles y de los lógicos posteriores sólo comprendían una parte de estas conclusiones y ni siquiera la parte más importante. Sólo tenían valor clasificativo. P. ej., "Si todos los hombres son mortales y si Sócrates es un hombre, entonces Sócrates es mortal", esto es el conocido paradigma de los silogismos de la lógica vieja. Todas las conclusiones de Aristóteles no hacen otra cosa que sacar de dos frases clasificadoras (las premisas) una tercera que hace entrar o no entrar un concepto en la clasificación pronunciada en una de las premisas. En tres figuras y en 14 clases derivadas fueron analizadas todas las conclusiones posibles. En la Edad Media se ampliaban estas a cuatro figuras y 19 clases derivadas que recibieron los nombres conocidos de Bárbara, Celarent, etc. Aristóteles ya había formulado también las tres re-

glas lógicas fundamentales: el principio de identidad, el de contradicción y el del tercio excluído (*tercium non datur*). Toda la disciplina estaba basada exclusivamente sobre la base de la frase común del sujeto y atributo y Aristóteles decía con razón que los conceptos ni son verídicos ni falsos y que esto sólo puede decirse de una frase.

Fué también Leibniz quien observó por primera vez que las relaciones entre los conceptos y entre las frases simples son lógicamente mucho más importantes que la clasificación de nuestras frases por medio del sujeto y atributo. Incluso hay una gran cantidad de frases que tienen sólo aparentemente sujeto y atributo, pero cuya estructura lógica es bien diferente. Por ejemplo en la frase "a es más grande que b" se da a dos objetos de igual valor lógico una relación pura. La lógica vieja decía: a es el sujeto y "más grande que b" es el atributo; pero esto es solamente la forma gramatical de la frase, la estructura lógica es diferente, pues no es posible deducir de esta frase por medio de la lógica vieja del sujeto y atributo que "Si a es más grande que b, entonces b es más chico que a". En la lógica nueva se caracteriza la relación entre a y b por medio del concepto de la relación de conversa. Se dice que "más chica" es en este caso la relación conversa del concepto "más grande". La conclusión dice entonces: "Si subsiste una relación especial entre a y b, entonces subsiste la conversa entre b y a". En la lógica vieja no se podía demostrar que cuando hay un vencedor debe haber un vencido. En la lógica nueva se dice en este caso que cuando una relación tiene un concepto anterior debe tener también un concepto posterior. Especialmente en la matemática no es posible prescindir de la teoría de las relaciones, porque todas las funciones de sucesiones o series están únicamente basadas en relaciones y sobre todo la serie de los números naturales, base de toda la matemática. Volveremos sobre este particular más tarde. Lo primero que hace la lógica nueva es considerar todas las relaciones posibles entre frases simples, un punto de vista que la lógica vieja no tomaba en cuenta ocupándose, como se ha dicho, sólo con la lógica de las clasificaciones. Para constituir la base de la matemática no hay cosa más importante que la de saber qué valor verídico o falso resulta si se junta una frase verídica con una frase falsa, o una frase verídica con otra verídica, etc. La teoría completa y sistemática de

estas averiguaciones se llama la lógica de las funciones de verdad, porque no se toma en cuenta el sentido empírico de las frases simples sino sólo su valor verídico o falso.

Esta lógica de las funciones de verdad es ya un cálculo que se llama también "Aussagenkalkül" o Cálculo fraseológico. Estipulemos que las letras p , q , r ... sean variables legítimas cuyos valores sean frases simples cualesquiera; entonces significa la fórmula:

$p \vee q$ (p ó q) la función fraseológica de la ó, esto es la función disjuntiva ó, la así llamada suma lógica, porque se puede calcular con esta suma en forma parecida a la suma en la matemática. Esta fórmula es verídica si a lo menos una frase, la de p ó la de q , es verídica. La fórmula:

$p \cdot q$ (p y q) significa la función fraseológica de la y, es la función conjuntiva o el producto lógico, esta fórmula es verídica sólo cuando ambas frases p y q son verídicas, de lo contrario todo es falso. La fórmula:

$p \implies q$ (p implica q) significa la función fraseológica de la implicación, esto es, cuando p es verídico debe serlo también q , pero también puede ser falso p y verídico q , o p y q pueden ser falsos, pero jamás puede ser que p sea verídico y q falso. Por eso se dice que una frase falsa implica todo y una frase verídica está implicada por cualquier frase. Esta implicación es la forma puramente lógica general de todos los argumentos causales, por esto es esta fórmula la más importante de todas. La fórmula:

\bar{p} (no p) es la función fraseológica de la negación, esto es cuando p es verídico no p debe ser falso y viceversa. Esto quiere decir que la falsedad depende funcionalmente de la verdad, es su contrario.

Estas cuatro funciones representan las así llamadas constantes lógicas del cálculo fraseológico, son, como se ha dicho, las constantes ó, y, implicación y negación.

Entre las funciones de verdad hay algunas que son de gran importancia, son las que son siempre verídicas por su forma, sin tomar en cuenta que las frases simples que componen la función total sean verídicas o falsas. Por ej. la función total: está lloviendo o no está lloviendo es siempre verídica porque no dice nada.

Estas funciones se llaman según Wittgenstein tautologías. Todo el cálculo fraseológico, se ocupa en primer lugar de encontrar estas tautologías. Frege ha mostrado por primera vez que se pueden deducir todas las funciones de verdad posibles de algunas tautologías simples. Según Bertrand Russell se precisa para esto solamente las cuatro tautologías siguientes:

- 1) $(p \vee p) \implies p$, esto es p ó p implica p
- 2) $p \implies (p \vee q)$ „ „ p implica p ó q
- 3) $(p \vee q) \implies (q \vee p)$ „ „ p ó q implica q ó p
- 4) $(p \implies q) \implies (r \vee p) \implies (r \vee q)$ „ si p implica q , entonces
implican r ó p el r ó q

De estas cuatro tautologías junto con dos reglas operativas, la regla de substitución y la de la conclusión, se pueden deducir por medio del cálculo lógico todas las funciones de verdad, esto es, todas las conclusiones posibles de cualquier combinación de frases verdícas o falsas. Entre las frases derivadas se encuentran entre otras también las tres reglas fundamentales de Aristóteles, los axiomas de la identidad, de la contradicción y del tercio excluído que por eso no son tan fundamentales como ha creído Aristóteles.

En vista de todas estas averiguaciones, cuyas bases más importantes hemos expuesto y que ampliaremos todavía, se puede decir que toda la lógica es una transformación tautológica de las frases y conceptos según las reglas fundamentales del simbolismo, para simbolizar en sentido unívoco. Russell y Whitehead han podido demostrar también en sus Principia Mathematica que se puede deducir toda la matemática de esta lógica. Aunque se ha visto más tarde que en estas deducciones todavía no están resueltas todas las cuestiones de la base de las matemáticas, se puede decir ya que la matemática es parte de la lógica. Sólo en la lógica y en la matemática hay necesidad, porque todo está confeccionado sobre el mismo plano inicial de la función de lo verídico y de lo falso. Los logicistas Sheffer y Nicod han podido demostrar que se pueden deducir todas las funciones de verdad, todas las constantes lógicas

de la única relación de la "incompatibilidad" que se escribe así p/q , esto es: p es incompatible con q , esto es: por ej., la definición de la constante lógica \acute{o} , pues dice que a lo menos una de las dos frases debe ser falsa. Con este concepto de incompatibilidad se pueden escribir también todas las demás fórmulas.

En la realidad, esto es, en lo empírico, hay solamente la probabilidad, porque no podemos decir en sentido exacto con absoluta certeza, por ej., si el sol se levantará mañana. A lo menos cada hombre siente ya instintivamente que la verdad de que el sol se levante mañana tiene otro carácter que una verdad lógica, por ej., la verdad de que 2 multiplicado por 2 son 4. Aunque el sol no se levante mañana o la tierra desaparezca del universo siempre serán 2 por 2 igual 4, porque es una tautología. La tautología es puro simbolismo, no se encuentra en la realidad empírica. La realidad es siempre así como está, sólo en la interpretación simbólica de los datos empíricos están los errores. Ya vemos ahora que la lógica nueva consigue por medio de las funciones de verdad una generalización absoluta y definitiva de las combinaciones de las frases simples. Se ha elaborado de esta manera sistemáticamente el esqueleto completo de la lógica de las frases simples y poco a poco ha sido posible someter a una crítica severa todas las combinaciones diferentes que se encuentran en los Principia Matemática de Russell y Whitehead. La lógica vieja sólo consideraba el sentido de algunas frases clasificadoras. Nosotros hemos dispensado todo sentido de las frases considerando sólo el juego total del simbolismo como tal. En este juego no hay reglas fundamentales y reglas derivadas porque todo está de una vez, todo es igualmente necesario.

La segunda parte de la logística se ocupa del análisis de la estructura de la frase misma, que hemos dejado completamente a un lado en la primera parte de las funciones de verdad. La forma lógica de la frase simple más común, la del sujeto y del atributo es la siguiente: $f(x)$, esto es: un objeto cualquiera x tiene el atributo f ; por ej., esta pizarra es negra o esta puerta es negra, o este caballo es negro; todas estas frases tienen la misma estructura $f(x)$. Este es el esquema general de todas las clasificaciones, se lo llama la función fraseológica con un argumento. Al lado de estas funciones con un argumento tenemos las de dos y más argumentos; estas son las relaciones. La fórmula $a R b$ es la forma

lógica de "a es más grande o más chica que b", se escribe también $R(a, b)$, esto es, entre a y b existe una relación R. Conocemos una gran cantidad de relaciones. Hay, por ej., relaciones simétricas, relaciones no-simétricas y relaciones asimétricas. A las primeras pertenece: "es hermano o hermana de". Cuando A es hermano o hermana de B, entonces B puede ser hermano o hermana de A. Hermano sólo es no-simétrica, pues si A es hermano de B entonces B puede ser hermana de A. Las relaciones asimétricas, empero, son las más importantes, son las relaciones que existen entre A y B pero jamás entre B y A. Estas son las relaciones de "más grande que, más chico que, a la derecha de, más temprano que, más tarde que", etc. Cada sucesión o serie está basada en esta relación, especialmente la serie de los números naturales.

Los conceptos más importantes de la función fraseológica son los conceptos "todos" y "algunos" o "unos". Cuando formamos una frase con la palabra "todos" y la negamos, obtenemos una frase con la palabra "algunos".

Si queremos simbolizar estos conceptos vemos que no los podemos tratar como una cualidad cualquiera. Tenemos que simbolizar todos por $(x) f(x)$, esto es: para todas las x es válido que x tenga la calidad f. Por ejemplo, si encontramos 10 bolas rojas en una mesa, decimos que todas las bolas son rojas esto es: $(x) f(x)$. Lo que expresa que para todas las bolas es válido que son de color rojo. Si tenemos 6 rojas y 4 blancas, decimos que algunas bolas son rojas y esta frase tiene la estructura: $(x) f(x)$ o sea para algunas bolas es válido que son de color rojo. Lógicamente esto es lo mismo que $(\bar{x}) f(x)$, o sea: no para todas las bolas es válido que sean rojas. Si tenemos sólo bolas blancas y queremos decir que no son rojas tenemos que escribir: $(x) \bar{f}(x)$, o sea: para todas las bolas es válido que no son rojas. Esto es la forma lógica o la significación exacta del operador "todos" y del operador de la "existencia" (hay algunos o hay uno).

Observamos en esta ocasión que el operador "todos" ha dado lugar a una infinidad de consideraciones especiales y a grandes controversias entre los sabios. Todavía no han sido solucionadas todas las cuestiones que se relacionan especialmente con el concepto "todos" en las frases que tratan de "todos los números naturales", pues en ellas "todos" tiene una sintáctica en absoluto diferente de

cuando hablamos, por ejemplo, de todos los objetos de esta pieza, pues todos los números naturales comprenden los llamados números infinitos y desde los tiempos de los griegos los pensadores han tratado en vano de definir exactamente lo que quiere decir "lo infinito", o un número infinito. Después de dos mil años fué Bolzano quien, a mediados del siglo pasado, trató de solucionar esta cuestión en su libro famoso *Las paradojas del infinito*. Más tarde ha sido en primer lugar Georg Cantor quien con su nueva disciplina de los "conjuntos" hizo la distinción exacta entre las categorías diferentes de los conjuntos infinitos, y sólo en nuestros días se ha solucionado más o menos este asunto. Una contribución muy valiosa a esta cuestión la da Félix Kaufmann, de Viena, en su libro: *Lo infinito en la matemática y su eliminación* (1930). Todas estas consideraciones son también sumamente importantes para el filósofo y más todavía para los metafísicos a quienes gusta sobre manera usar conceptos vagos, como el infinito, para confeccionar sus sistemas.

Observo de paso que Bergson habría evitado algunos errores en su filosofía si hubiera conocido mejor la lógica nueva y las bases de la matemática como observaba B. Russell. Sólo mediante la crítica severa del concepto de infinito ha sido posible definir exactamente el concepto de "diferencial" en la matemática.

Ahora vamos a dejar por un momento estas consideraciones sumarias sobre la logística moderna observando que un estudio a fondo de esta materia sólo se puede hacer en uno o dos semestres universitarios con lecturas semanales regulares. En la Universidad de Viena hay un profesor especialista quien sólo se ocupa de estas cuestiones así como de las bases de la matemática. Ya le debemos algunas averiguaciones de suma importancia. El resto del tiempo que nos queda todavía lo dedicaremos a las consecuencias filosóficas de las averiguaciones que nos han ocupado hasta ahora. Primero queremos sacar a luz el sentido exacto de los silogismos de Aristóteles. Aristóteles creía que sus silogismos expresaban algo respecto a la "esencia" de la "realidad", lo que tenía su motivo en el fondo metafísico de su realismo conceptual. A su juicio la frase "todos los hombres son mortales" revela algo del ser metafísico del ente humano. Pero la estructura lógica de esta frase nos revela otra cosa. Ni siquiera el último hombre de esta tierra podría decir en sen-

tido exacto hablando de los seres humanos empíricos, que todos los hombres son mortales. Por eso hay que analizar diferentemente el sentido lógico de la frase. En virtud de haberse observado siempre, a base de la práctica de la vida, basada en leyes naturales, que todos los hombres mueren, el concepto "hombres" ha recibido el espécimen y criterio de "mortal". Se dice por consiguiente que el espécimen "mortal" está en relación interna con el concepto de hombre. Un hombre hipotético que no muera, recibiría otro nombre; así, por ejemplo, a hombres inmortales de los griegos se los llamaba "héroes". Tomando esto en cuenta podemos ahora definir exactamente lo que comprendemos bajo los conceptos de frase sintética y frase analítica, una distinción que Kant todavía no podía hacer definitivamente, según se ve en sus Prolegomena. Kant dice allí que la frase "todos los cuerpos son extensos" es una frase analítica mientras que "algunos cuerpos son pesados" sería una frase sintética. El análisis lógico de hoy nos dice lo siguiente: todos los actos de formación de conceptos y símbolos son actos sintéticos, esto es: actos de creación de símbolos. Pero todo lo que podemos decir de los símbolos y de los conceptos representados por símbolos y de sus relaciones internas entre ellos son frases analíticas o lo que es lo mismo tautológicas. Por eso las dos frases kantianas citadas son o sintéticas o analíticas, si tomamos en cuenta que depende exclusivamente de nosotros dar al concepto "cuerpo" el espécimen "extenso o pesado" o sólo el espécimen extenso. Sólo es necesario definir de antemano cual de los dos especímenes queremos dar al concepto o si queremos darle los dos. Al usar conceptos en las ciencias, siempre tenemos que definir de antemano cuales especímenes les queremos dar, lo que constituye un acto de conveniencia, y no tiene nada que ver con la "esencia" de las cosas, que sólo se nos revela observando las leyes naturales que son la base natural de toda formación de los conceptos. Se pueden confeccionar muy diferentes simbolismos, muy diferentes conceptos e idiomas para los fenómenos naturales de nuestra práctica de la vida. Todos los idiomas en el mundo expresan siempre los mismos fenómenos naturales de la vida y la naturaleza y se puede traducir siempre una misma obra de arte o de ciencia en diferentes idiomas, y si bien se presentan muchas veces dificultades para traducir exactamente una obra de un idioma a otro, esto se debe pu-

ramente a la vaguedad de muchos conceptos de la vida cotidiana. Esta vaguedad es bien comprendida por los que hablan el mismo idioma pero no por los que hablan otro que tiene conceptos igualmente vagos, pero cuya vaguedad tiene un matiz diferente, que no corresponde exactamente a la del otro. Cuando un concepto da origen a equivocaciones, formulamos otro más preciso. Y ya vamos a observar aquí que el acto de formar las leyes naturales es también un acto sintético con convenciones de varias clases, y una ley natural formulada no es una frase legítima, según se ha dicho (generalmente es una fórmula matemática), sino un conglomerado de conceptos que no permite deducir frases verídicas. Por eso el problema de la "inducción" que los lógicos querían solucionar desde la Edad Media lógicamente, no podrá solucionarse nunca de esta manera porque la inducción ya pertenece a la base de toda formación de conceptos, es un acto arbitrario hasta cierto punto. (Recordemos aquí de paso la famosa lógica inductiva de John Stuart Mill que no logró su fin). Se mantiene un concepto o la formulación de una ley natural hasta que llene sus fines y se los elimina cuando ya no traducen de manera unívoca los viejos y nuevos datos elaborados por la práctica de la vida y la de nuestros laboratorios.

Analizamos el mundo de las formas simbólicas (de los idiomas diferentes, incluso la matemática) por procedimientos diferentes. Primero tratamos de elaborar el esquema lógico de todas las frases para que puedan resultar significativas de una manera unívoca. Esto se consigue por medio del cálculo logístico que permite desarrollar todas las posibilidades de las relaciones entre los conceptos y entre las frases enteras según sus valores verídicos y falsos. En segundo lugar tratamos de analizar exactamente los conceptos mismos, sus significaciones y las relaciones con otros conceptos. Esto es una labor más bien epistemológica pues tenemos que tratar de averiguar el fondo de la realidad práctica de los conceptos y ver cómo se aplican los conceptos en las diferentes frases. Sólo si penetramos hasta el fondo mismo de estos procedimientos conseguimos una noción filosófica profunda de todo el saber humano.

El proceso de la formación de conceptos no puede llegar nunca a un fin absoluto ni está nunca acabado aunque esté siempre sometido a las reglas necesarias de la significación unívoca y general

de la lógica. Por eso, las reglas de la lógica rigen absolutas, sólo en este renglón hay necesidad, sólo aquí podemos combinar y hacer combinaciones y combinaciones de combinaciones. Podemos, además, inventar nuevas formas y jerarquías de formas: ellas tienen que adaptarse a las formas ya conocidas y elaboradas, a menos que creemos una estructura lógica nueva. Pero la práctica de nuestros idiomas y las ciencias nos han mostrado que en este sentido sólo la matemática, la ciencia de lo infinito, puede hacer algo extraordinario. La lógica de nuestros idiomas fenomenales forma un sistema más o menos cerrado; la matemática no tanto, por eso es tan difícil analizar con nuestro idioma las bases lógicas de la matemática, una labor que hasta ahora no ha logrado del todo su fin. Nos quedan todavía por considerar algunas dificultades que han contribuido mucho a oscurecer el horizonte, especialmente de los filósofos antiguos. En primer lugar, encontramos en nuestro idioma ciertas paradojas que ya observaron los griegos. La más sencilla de estas es la paradoja del cretense mentiroso o más bien del mentiroso en general. Si un mentiroso dice: "yo miento", los griegos dijeron: esta frase ni es verídica ni es falsa. Pues si dice que miente no puede estar diciendo la verdad, pues como siempre está mintiendo, como se sabe, la frase pronunciada debe ser falsa. Por otra parte, esta frase debe ser verídica pues dice sólo lo que todo el mundo sabe, o sea que es un mentiroso. Para solucionar esta paradoja hay que tomar en cuenta que una frase habla siempre de un estado de cosas de la realidad. Si un mentiroso dice "yo miento" quiere decir que es un mentiroso que acostumbra decir mentiras. Ahora bien, no es lícito que se coloque esta frase, que clasifica los hechos del pasado, de inmediato entre las frases mentirosas pronunciadas antes. Si se hace esto, se procede a un cambio ilícito. Se considera la frase "yo miento" bajo dos diferentes puntos de vista a un mismo tiempo, una vez como una clasificación y otra vez como cosa clasificada. Esto es un procedimiento que se usa muchas veces en los chistes comunes de nuestras revistas. A pesar de que resulta fácil analizar esta paradoja y otras parecidas, hay algunas que tienen más o menos la misma estructura lógica y que no son tan fáciles de solucionar, como por ejemplo, las paradojas famosas de los griegos, como "Aquiles y la tortuga" y "la flecha en vuelo". El tiempo no me permite entrar aquí en el análisis de estas frases.

para el que tendríamos que ocuparnos más del análisis del infinito, lo que tenemos que dejar para otra ocasión. En la logística y en la matemática unas paradojas parecidas han dado lugar a una disputa entre Poincaré y Bertrand Russell, y éste aún tuvo que reformar una parte de su logística después de haber encontrado ciertas paradojas fundamentales en su teoría de los números. Se pueden evitar éstas por medio de la teoría de los tipos, que enseña que todos los argumentos de las frases que se emplean legítimamente deben tener el mismo tipo de generalidad.

Es este el momento de considerar otro punto de suma importancia. Ya hemos visto que los conceptos generales (las universalias de la Edad Media) son conceptos formados a base de la realidad práctica por medio de abstracciones. Nosotros operamos legítimamente con conceptos generales que han sido abstraídos de la realidad práctica en nuestros idiomas y en las ciencias. Pero sólo si en cada caso podemos reducir un concepto general a los fundamentos de la realidad práctica, aquel tiene un sentido legítimo. De esta manera se han formulado conceptos como la materia, concepto formado a base de la abstracción de sensaciones táctiles y visuales definidas y especializadas, o el concepto de espíritu que es sólo una generalización a base de los pensamientos generales, o el concepto de alma que es una generalización a base de sentimientos, etc. Jamás deben emplearse estos conceptos generales como si fueran nombres propios de una sustancia que es la "esencia" de la realidad práctica. El concepto general adquiere de esta manera una nueva "realidad superior" en el sentido del realismo de los escolásticos. Esto es metafísica pura que no tiene ninguna base justificada en el sistema de nuestros idiomas y en nuestra práctica de la vida y de las ciencias. Si se escriben estas frases con símbolos de la logística, se ve enseguida que no se puede usarlas legítimamente en un idioma claro y preciso. Los metafísicos de todos los tiempos han hecho surgir de esta manera siempre nuevos sistemas filosóficos que no tienen ningún valor para nuestro conocimiento del mundo y de la "realidad"; los sistemas materialistas, idealistas, espiritualistas, dualistas, etc., dejan el mundo así como está, y, en el fondo, no nos proporcionan ningún conocimiento nuevo de la estructura de nuestro mundo fenomenal. Todas estas metafísicas tienen igual valor negativo, nos dan piedras en vez de

pan, pretenden decirnos algo nuevo sobre la "realidad" y no son más que sustancializaciones ilegítimas de conceptos generales. La causa por que resulta tan difícil suprimir estas metafísicas reside en el hecho de que los hombres se han acostumbrado a unir estos conceptos generales con sentimientos especializados. A la palabra "materia" se une siempre un sentimiento vulgar, por eso se considera muchas veces una metafísica materialista como algo que está degradando y deshonrando a la humanidad, mientras que se une con el concepto general de espíritu un sentimiento noble, etc. En verdad todos los conceptos de materia, de espíritu, de alma y muchos otros son conceptos ya espiritualizados si se quiere llamarlos así, porque cada concepto es una abstracción de nuestros pensamientos de la realidad práctica. Todos los conceptos tienen igual carácter, son creaciones de nuestra facultad de formar conceptos, adecuados a los fenómenos del mundo y de la vida o no lo son. Sólo podemos describir éstos a base de sensaciones y de la práctica de la vida y tratamos de explicar todos los fenómenos de la vida por medio de un simbolismo científico cada vez más unificado, de modo que pueda poco a poco comprender todos los fenómenos físicos y psíquicos en un simbolismo general. Todos los acontecimientos de la vida, los objetos visuales y los que están en el interior de nuestro cuerpo, nuestros sentimientos, pensamientos, instintos, aspiraciones voluntarias, etc., son siempre físicos y psíquicos al mismo tiempo, pues sólo lo que el hombre siente por medio de sus sentidos diferentes lo puede conocer y describir. Sólo por medio de señales y de símbolos nos podemos hacer entender mutuamente. Siempre quedamos encerrados en nuestros cuerpos y en nuestros cerebros y ninguna otra persona puede saber exactamente lo que pasa en nuestro interior ni puede conocer directamente nuestras sensaciones; sólo lo puede juzgar y entender por medio de las señales que observa en la cara y en la manera de obrar del prójimo en el mundo y por medio del simbolismo del idioma si los hombres entran en comunicación uno con el otro. En el fondo, cada individuo es absolutamente solitario, encerrado en sí, sólo las señales y los símbolos de los diferentes idiomas lo unen al mundo visible y a otros seres humanos. Sólo podemos describir y explicar los fenómenos naturales por medio de simbolismos legítimos; por eso la comprensión de nuestros

simbolismos, para diferenciar conceptos huecos y palabras en el fondo sin sentido y el evitar conceptos dudosos y vagos, libra a los hombres de sus prejuicios. No hay cosa más funesta para la humanidad que los conceptos metafísicos vagos y generalizados. En nombre de ellos se ha llegado a los odios más terribles entre grupos de hombres y naciones. Con conceptos generales se forman por lo común agrupaciones y masas de creyentes que se combaten unas a otras a muerte y la humanidad se divide en bandos beligerantes muchas veces sólo a raíz de conceptos metafísicos huecos que encubren fines muy reales. Todo esto ya pertenece más bien a la esfera de la religión. La comprensión de nuestros conceptos religiosos y semi-religiosos y de su influencia sobre los hombres es por lo tanto de suma importancia.

Ahora se me comprenderá cuando digo que la labor de la lógica nueva y de la epistemología nueva, que a muchos seguramente ha parecido un juego curioso y fastidioso, tiene además de su valor científico absoluto un gran fin humanitario, pues nos hace comprender al mismo tiempo los errores de la humanidad, las bases de las contiendas más sangrientas que se fundan casi siempre en una lucha de ideas; y en la mayoría de los casos, estas ideas son metafísicas y a la luz de una crítica severa sólo sirven de pretexto para encubrir aspiraciones egoístas. Por eso, si la mayoría de los hombres en este mundo entendiera a fondo el mecanismo y el dinamismo de las palabras huecas sería muchas veces fácil desenmascarar ciertas ideas nuevas que no son otra cosa que pretextos para aspiraciones muy reales. No se pueden combatir ideas metafísicas por medio de otras que en el fondo no valen más que las primeras, sino lo que hace falta es hacer comprender a todos el mecanismo mismo del trabajo de nuestra interpretación del mundo, hacer comprender las reglas invariables que rigen para toda la humanidad la labor de nuestro razonamiento. Esto es la labor filosófica verdadera. En este sentido la filosofía libra a los hombres de los prejuicios y los une en una comunidad armoniosa en la que todo ser humano puede desarrollar sus fuerzas en la medida de sus facultades.

Evolución de la Economía Industrial Argentina

Por A. DORFMAN

Cuarta clase del curso dictado en el Colegio en
Agosto-Septiembre de 1938.

IV

EL CENSO DE LAS INDUSTRIAS EN 1913

Habíamos dejado a la industria argentina en los umbrales del siglo XX, enclavada en pleno corazón de una época en que comienza a surtir sus efectos nefastos el deficiente régimen de la propiedad de la tierra, en vísperas de la crisis del Centenario. Será sumamente instructivo retomarla cinco años más tarde, a la salida parcial de la misma y casi envuelta ya en la terrible conflagración mundial, que tanta influencia había de tener sobre el desarrollo futuro de la industria argentina.

El Censo Industrial del año 1913, correspondiente al Tercer Censo Nacional General pero segundo en cuanto a su importancia y amplitud (el otro es el de 1895), ofrece los siguientes resultados globales:

Número de establecimientos: 48.800 (50 % de aumento con respecto a 1908 y más del doble sobre 1895).

Personal ocupado: 410.200 (aumenta 80.000 en cinco años y 240.000 con relación a 1895).

Capital invertido: 1.650 millones (aumento de más del doble sobre 1908 y más del triple sobre 1895).

Fuerza motriz: 678.800 H.P. (tres veces la de 1908 y 124 veces más que 18 años antes).

¿Qué consecuencias interesantes pueden sacarse de estas confrontaciones? En primer lugar salta a la vista que el número de establecimientos ha aumentado en menor proporción que su capital y que la fuerza motriz instalada. Cada dos empresas industriales en 1908 tenían término medio, 45.400 pesos de capital y una potencia instalada de 14,5 H.P. Estas dos empresas se transforman en tres en 1913 que cuentan con un capital de \$ 103.500 y una potencia de 52 H.P. En consecuencia no sólo ha aumentado la cantidad de fábricas existentes, sino también su potencialidad financiera y técnica, creándose algunas empresas fuertes y modernas.

Este aspecto de la cuestión resalta con más nitidez si pasamos a considerar el personal empleado por la industria. Mientras en 1895 teníamos un promedio de 8 por establecimiento, cifra que sube a 12 en 1908, en 1913 vuelve a bajar a 8. Esto que podría parecer un contrasentido frente al aumento considerable de los capitales y de la fuerza motriz, se explica fácilmente teniendo en cuenta que al lado de fábricas grandes, equipadas de acuerdo a la última palabra de la técnica, coexiste un gran número de pequeños establecimientos, con escaso personal y deficiente aparato técnico. De tal manera la aparente abundancia de empresas con pocos obreros, se resuelve en dos líneas paralelas de desarrollo: creación y consolidación de grandes fábricas, acompañadas por una cohorte de empresas de mediana y pequeña monta.

El parangón entre los guarismos correspondientes a 1895, 1908 y 1913 hace ver otro hecho de gran trascendencia. Es en el quinquenio correspondiente a 1908-13 cuando se produce el máximo reavivamiento industrial. Mientras a cada uno de los trece primeros años, corresponde un incremento medio de 18 millones de capital y 14.600 H.P. instalados, en cada uno de los cinco años que corren entre 1908 y 1913 se invierten 184 millones y se instalan 90.000 H.P. Durante el segundo período se decuplica el ritmo de

inversiones de capitales industriales y se quintuplica la mecanización de las fábricas.

Respecto al valor de la producción industrial es difícil sentar conclusiones fehacientes con respecto a 1895, debido a la ausencia de datos sobre el particular. Pero conocemos la cifra para 1908 (1.227 millones) y en 1913 (1.862 millones). Resulta, pues, que el valor de la producción fabril se incrementa en un 50 %, equivalente a \$ 635 millones m/n. Comparando este resultado con el aumento de capitales invertidos, que es del orden del 200 % en el mismo período, podemos afirmar sin riesgo de equivocarnos, que en 1913 se estaban montando numerosos establecimientos, que habían comenzado a producir sólo parcialmente. De tal manera el estallido de la guerra mundial halla a la Argentina munida con determinada capacidad de elaboración. El juego de los factores propios, internos, específicos de la economía nacional había preparado las condiciones indispensables para que los acontecimientos provocados por la guerra, pudiesen fructificar en terreno argentino. De no haber sido así, posiblemente se hubiese desaprovechado el momento histórico-económico resultante, como ocurrió en algunos otros países cuya preparación en este sentido era deficiente. Y aun en la misma Argentina no floreció tampoco en la forma amplia que fuera de desear.

¿Cuáles son las industrias que integran el cuadro en el año 1913? Otra vez debemos constatar que no ha habido cambio apreciable alguno, en cuanto al tipo de los nuevos establecimientos. Aumenta su número, mejoran las instalaciones y los métodos tecnológicos de elaboración pero hay aún contadísimas industrias del tipo superior. Siempre son las mismas actividades extractivas y manufactureras más indispensables; que industrializan los productos inmediatos de la riqueza agropecuaria argentina o producen para el consumo apremiante de las masas, para sus necesidades elementales de habitar y vestir.

DISTRIBUCION DE LAS INDUSTRIAS DE ACUERDO AL CENSO GENERAL DE 1913

	Número de es- tablecimientos	Capital \$ m/n.	Valor producción \$ m/n.	Valor materia prima \$ m/n.	Fuerza motriz H. P.	Personal empleado
Alimentación	18.983	763.773.000	990.469.000	658.429.000	164.785	134.842
Vestido y tocador	7.081	100.178.000	160.326.000	89.701.000	5.784	57.764
Construcciones	8.582	216.182.000	229.636.000	97.539.000	44.570	87.317
Muebles, rodados, ane- xos	4.441	62.639.000	87.058.000	41.444.000	9.026	29.007
Artísticas y de ornato	996	14.546.000	16.121.000	7.045.000	442	4.297
Metalurgia y anexos	3.275	107.620.000	94.296.000	45.789.000	17.935	29.327
Prod. químicos	567	38.013.000	56.303.000	28.166.000	4.915	9.986
Artes gráficas	1.439	32.982.000	39.662.000	13.423.000	3.058	13.286
Fibras, hilos, tejidos	2.458	34.423.000	40.246.000	22.499.000	10.203	15.560
Varias	957	417.306.000	147.673.000	82.745.000	418.038	28.815
Total	48.779	1.787.662.000	1.861.790.000	1.086.780.000	678.757	410.201

El rubro de las industrias alimenticias continúa desempeñando el rol principal. Le corresponde el 38 % de los establecimientos censados, con el 33,5 % del personal, 48,5 % del capital invertido, 24 % de la fuerza motriz y 53 % del valor total de producción. Quiere decir que representan casi las dos quintas partes de las empresas, con un tercio del personal, cerca de la mitad del capital invertido, más de la mitad del valor de los productos fabricados y la cuarta parte de la fuerza motriz.

En el ramo textil y anexos las cosas no han variado sustancialmente desde el censo de 1908. Si bien es cierto que en conjunto abarca la quinta parte de los establecimientos y casi la quinta parte del personal, los capitales en ellos invertidos alcanzan escasamente a la décima parte del total, el valor de la producción a un séptimo y la fuerza motriz a una cuarentava parte. Estas cifras demuestran con suficiente claridad que la industria del hilado, del tejido de las fibras y de la fabricación de artículos terminados, adolece de un infantilismo muy pronunciado. Concretamente respecto a las hilanderías y tejedurías se ha adelantado bien poco sobre el nivel de 1908, como surge de las siguientes cifras: su número fué de unas 1.600 (pero la mayoría eran establecimientos pequeños de hilado de lana) con 10.000 obreros, 7.000 H.P. de fuerza motriz y 25 millones de valor de la producción entregada al consumo. El progreso existe pero es muy lento aun.

El ramo de la construcción, como lógica consecuencia de la creciente fiebre de edificar el país, va tomando incremento. Se construyen caminos, vías de comunicación, edificios, fábricas, el campo se cubre de obras nuevas. Los guarismos correspondientes a casi todos los ítems representan muy aproximadamente la décima parte de los respectivos totales.

Las industrias mecánicas se van desarrollando con lentitud, al calor de la creciente industrialización general del país y del auge de transportes mecánicos (talleres en los cuales se repara material ferroviario y tranviario). La industria metalúrgica independiente casi no existe, abundando gran número de pequeños talleres de reparaciones y siendo reducidísimo el de los establecimientos grandes. Su mecanización es pobre y escaso el valor de lo producido, ya que ambos representan porciones menores que los correspondientes

al número de establecimientos, capital invertido y personal empleado, que alcanzan a cubrir una catorceava parte.

El papel secundario del desarrollo industrial acaecido entre 1895 y 1913 queda puesto de manifiesto cotejándolo con el aumento de las importaciones. Estas pasan de 95 millones de \$ o.s. en 1895 a 500 millones en 1913, es decir que el mercado interno ha crecido más de prisa que la industria manufacturera nacional, que fué arrollada por la competencia extranjera.

Un índice del poco desarrollo de nuestras industrias en el año 1913, es el que concierne al porcentaje de materia prima elaborada por ella. La materia prima de procedencia nacional alcanza al 75 % del conjunto; eso significa que la mayor parte de los materiales que se transforman industrialmente estaban constituídos por productos de la ganadería y agricultura: carnes, cueros, trigo, azúcar, vid, etc., quedando solamente una cuarta parte para materiales que no producía el país, y que había que traer del extranjero para completar el proceso de la transformación industrial. Podría parecer extraño que calificuemos de atrasada una industria que se surte en forma preeminente de materia prima de procedencia nacional. Sin embargo nada más lógico, tratándose de la Argentina del año 13. Descontando los productos agropecuarios más elementales ¿qué otra cosa poseía el país? El área destinada al cultivo de plantas industriales era menos que insuficiente, se aprovechaba de manera escasa un producto tan elemental como la lana, las canteras nacionales casi no se explotaban, el combustible debía traerse enteramente del extranjero (puesto que la única empresa petrolífera era la fiscal que apenas comenzaba a desenvolverse y no había, —ni hay todavía—, mantos carboníferos utilizables, quemándose la madera sólo en contadas regiones y para cierto tipo de industrias). En estas condiciones el emplear reducida cantidad de artículos extranjeros, como materia prima para la elaboración de nuevos productos en las fábricas argentinas, (artículos todos ellos de valor superior a los agropecuarios que la Argentina producía, como ser: hierro, diversos metales, hilado de algodón, numerosos productos químicos) es claro signo de insuficiencia industrial, de poca madurez técnica. Otro es el caso de nuestro país en 1938 (aunque se siga careciendo en lo fundamental de muchos materiales indispensables para el progreso de la industria) o de los EE. UU., que

no obstante sus ingentes riquezas minerales y naturales acuden al extranjero para la provisión de numerosos artículos que su suelo no produce o no conviene hacerle producir.

Lo que acabamos de señalar aparecerá con mayor claridad si en vez de agrupar las industrias de acuerdo a la utilización que se hace de los productos que elabora y ofrece al público (alimentación, textil, construcción, etc.) hacemos hincapie en sus características técnicas. Desde este segundo punto de vista cabe hacer una clasificación preliminar en dos grandes categorías: industrias fabriles propiamente dichas e industrias no fabriles, artesanales o talleres.

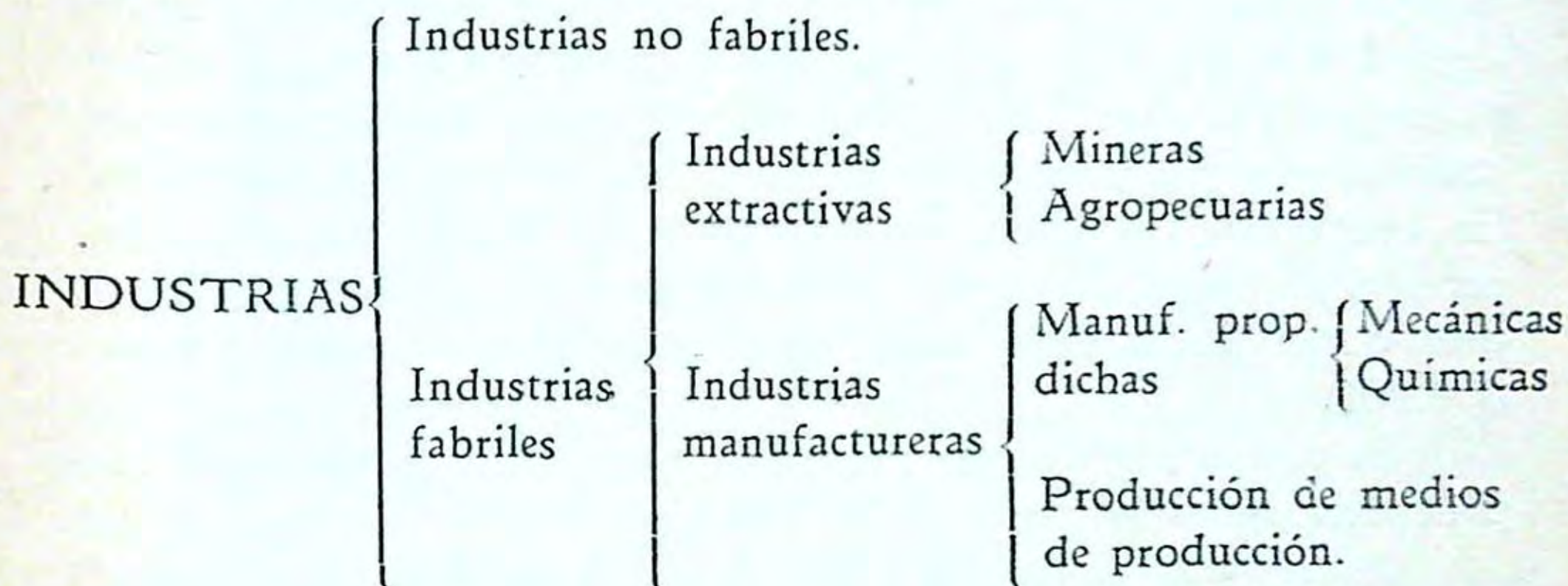
La diferencia fundamental entre ambas categorías estriba en que mientras las primeras constituyen el ejemplo acabado de una explotación del tipo capitalista, que produce para el mercado, para un consumidor desconocido, para la sociedad en su conjunto, cortándose, de esta suerte, la dependencia directa entre el proveedor y el consumidor, que era característica de la producción artesanal de la Edad Media, en el segundo grupo prima, precisamente, ese último aspecto. Claro está que ello no significa que este grupo de actividades industriales pertenezca al pasado. Muchos de estos talleres, —que generalmente trabajan por encargo, para un sector determinado de clientes—, utilizan maquinaria moderna (aunque a veces reducida y a menudo muy deficientemente equipada) y el precio que se establece por los artículos que ellos producen obedece a la ineluctable ley de la oferta y la demanda del mercado capitalista. Bien es cierto que la gran mayoría de los talleres censados pertenece a la categoría de los puramente artesanales, del tipo de zapaterías, sastrerías, panaderías, talleres de reparaciones, etc., pero el carácter atrasado del proceso manufacturero puesto en práctica en nada afecta el sentido moderno de la comercialización del producto. Por consiguiente, aunque ambas manufacturas se desenvuelvan dentro de un clima común, existen entre ellas diferencias sustanciales, que permiten separarlas en dos categorías distintas. Mientras las industrias fabriles propiamente dichas representan, en cierta forma, un índice inequívoco del adelanto técnico del país, no puede afirmarse lo propio de los talleres, que acompañan a la gran industria, como la sombra al cuerpo.

Dentro del grupo de industrias propiamente dichas es forzoso distinguir, todavía, una clasificación ulterior. Se admite clási-

camente, que la industria puede tener por objeto dos funciones diferenciales. La primera consiste en beneficiar el producto, tal como viene dado por el proceso inicial de su laboreo. Por ejemplo: lavado de lanas, molienda del trigo, acondicionamiento de las carnes, minería y fusión de los minerales metalíferos, extracción del petróleo de las entrañas de la tierra y otras actividades similares en las que el producto natural sufre un cambio poco pronunciado o, simplemente, se lo separa de un medio natural para entregarlo a otras industrias. Este grupo recibe el nombre de industrias extractivas, y, requiriendo en general menor grado de mecanización y adelanto técnico, no utilizando procesos químicos ni tecnológicos complicados, es propio de los países productores de materia prima, siendo de inferior categoría con respecto al otro tipo de industrias.

El otro sector comprende a todas las industrias que se encargan de transformar el producto o productos que reciben de las industrias extractivas, —integrados, frecuentemente, por otros materiales auxiliares que les proporcionan fábricas de su misma categoría pero dedicadas a distinta función productora—, hasta darle forma apta para el consumo inmediato por la población o por otros establecimientos fabriles. Estas industrias manufactureras abarcan como se desprende del enunciado anterior, dos ramas distintas: una, (que elabora artículos de consumo directo denominándose industrias manufactureras propiamente dichas), puede ser mera transformación física de forma de la materia que recibe —hilado o textura de alguna fibra textil, fabricación de clavos, ollas, heladeras, etc.—, o una modificación profunda de la naturaleza de los ingredientes de tal manera que el artículo resultante en nada se asemeje a las materias primas que han entrado en su constitución, —seda artificial, ácido sulfúrico, pinturas, neumáticos, vidrio, almidón, glucosa, alcohol, etc.—. La otra rama se dedica a la fabricación de máquinas y herramientas agrícolas o industriales, y de máquinas para a su vez fabricar máquinas, recibiendo el nombre de fabricación de medios de producción, porque sus productos se destinan al aparato mecánico de otros establecimientos, que los utilizan con el objeto de transformar por su intermedio las materias primas que deben adquirir forma de producto terminado.

Resumiendo tenemos el cuadro siguiente:



Hecha esta digresión de carácter general podemos investigar de qué manera se agrupan las industrias de 1913, de acuerdo a este criterio. Las industrias extractivas concurren con el 31 % de los establecimientos, 52 % de los capitales invertidos, 49 % del valor de la producción, 31 % del personal ocupado. Las manufactureras representan el 32 % de los establecimientos, 45 % del capital, 36 % de la producción y 41 % del personal empleado. El resto pertenece a las industrias no fabriles, a las que la Comisión del Censo Industrial de 1913 agrega, todavía, algunas actividades que saca de las anteriores, por reputarlas no fabriles, como por ejemplo: obrajes, tambos, canteras de piedra y servicios públicos. Con esta salvedad resulta que las industrias fabriles en el estricto sentido del término abarcan sólo la mitad de los establecimientos, con el 60 % del capital y el 81 % del valor de la producción.

Las industrias extractivas, como es lógico, son las que benefician materia prima nacional en mayor proporción que las demás, alcanzando ésta a la casi totalidad de la que elaboran, y a la mitad del total general. Las industrias manufactureras consumen en conjunto el tercio, distribuído por partes iguales entre la materia prima nacional y la extranjera.

Pero observemos un hecho interesante y significativo. Teniendo en cuenta el carácter más adelantado de la industria manufacturera, era dable esperar que la valorización de la materia prima que ésta emplease fuese mayor a la producida por las industrias ex-

tractivas. Sin embargo constatamos todo lo contrario. Mientras en las industrias de este último grupo la valorización producida llega a cerca del doble (95 %) en las manufactureras este índice alcanza sólo a 75 %. Hallaremos otras comprobaciones de lo dicho cotejando la producción por obrero en las dos ramas industriales. En la extractiva se tiene que durante el año 1913 cada obrero ha producido, término medio, por valor de \$ 7.000, en tanto que cada obrero de la industria manufacturera produjo por valor de \$ 4.200.

La explicación de este hecho, aparentemente paradójal, es simple si recalcamos los dos puntos siguientes:

1º El valor de los productos básicos de las industrias extractivas argentinas se mantiene elevado, como, por ejemplo, la carne por la gran demanda extranjera y el azúcar, por los derechos protectores que impiden la acomodación del precio del artículo a las oscilaciones del mercado.

2º Mientras las empresas dedicadas a las labores extractivas, como frigoríficos, molinos harineros, etc., constituyen unidades grandes, con personal muy numeroso, mecanizadas, de proceso racionalizado, en el campo de las manufactureras hay apenas los brotes de una verdadera industria de este tipo. Abundan los pequeños establecimientos, con poco capital y deficiente mecanización, que se ven compelidos a competir con los productos manufactureros extranjeros, producidos en fábricas modernísimas, que pueden venderse a precio menor sin descalabro económico para los productores (en las industrias extractivas se tiene un capital por establecimiento de \$ 7.500 y 12 H.P., siendo los índices respectivos, para el otro grupo de \$ 3.200 y 6,5 H.P.).

LAS INDUSTRIAS PARTICIPAN ACTIVAMENTE EN EL CONSUMO NACIONAL

Será sumamente instructivo calcular, sobre la base del valor de lo producido industrialmente en el país en 1913 y lo importado el mismo año, la participación de las industrias nacionales en el consumo de la población argentina. Tomando el promedio de los valores de las importaciones habidas en el quinquenio 1911-1915, se tiene algo más de 750 millones anuales, o sea menos de la mi-

tad del valor de la producción industrial en 1913. Esta observación permite comprobar que el aporte de la industria nacional no es nada despreciable, por cuanto abarca las dos terceras partes del consumo, quedando el tercio restante para ser llenado por las importaciones extranjeras. En el cuadro que se inserta se verá más claramente perfilado ese fenómeno.

Respecto a la manera como ha evolucionado la participación de los valores industriales creados en el país sobre el consumo total, lamentablemente nada podemos decir para el año 1895, porque aquél año no se han consignado los correspondientes valores de la producción industrial. Contamos, en cambio, con las cifras de 1908, para el que hemos efectuado un cálculo análogo al ya indicado, deduciéndose que para unos 1.150 millones de productos industriales producidos y consumidos dentro de las fronteras argentinas se han introducido unos 400 millones. Es decir que ya entonces primaba la producción nacional sobre la importación, y hasta en forma más pronunciada que cinco años más tarde.

Discriminando por rubros tenemos que la relación entre lo producido en el país y el consumo total (producido más importado) fué, en 1913, como sigue:

Materias alimenticias	91 %
Vestido y tocador	88 %
Construcción	80 %
Muebles, etc.	70 %
Fibras e hilados	20 %
Metales y anexos	33 %
Productos químicos	38 %

Pero estas cifras se modifican si tomamos los valores reales del consumo, descontando la producción industrializada en el país y exportada luego (como carnes, extracto de quebracho, etc.).

% sobre consumo nacional

Alimentación	37
Metales y maquinaria	12
Textiles y vestido	17,5

Como se ve en los rubros típicamente manufactureros de las industrias de transformación, como metalúrgica, textil, etc., la incidencia de la producción nacional es, aún, sumamente débil.

Todas las observaciones anteriores nos llevan a concluir en forma terminante, que el desarrollo industrial de la Argentina en 1913 conserva su carácter elemental, primario, observado en 1895, siguiendo a remolque de la producción agropecuaria básica del país. Las industrias manufactureras, se hallan en estado de dependencia absoluta respecto a las otras ramas de la economía nacional, cuyo objetivo básico es surtir a la población argentina de los medios de subsistencia necesarios en todas las fases de su vida, que no han llegado aún al pleno desarrollo. El estallido de los obuses sobre los ensangrentados campos europeos había de despertar al infante y hacerle pegar un formidable estirón.

DISTRIBUCION DE LAS INDUSTRIAS POR ZONAS

Un hecho digno de ser mencionado especialmente es el concerniente a la forma como se distribuían las actividades industriales en 1913. Debemos constatar, en efecto, que en el lapso 1895-1913, se ha producido una evolución más homogénea de la industria regional, pues mientras en 1895 el 81 % se hallaba concentrado en la Capital Federal y Litoral ahora es solamente el 70 %. Por consiguiente se ha verificado una distribución más equitativa de las industrias nuevas entre las diversas regiones del país, abarcando también el interior que había decaído visiblemente en las primeras décadas de vida independiente.

Pero analizando un poco más de cerca estas cifras (véase el cuadro) comprobamos otras cosas muy interesantes, reveladoras de que se estaba gestando ya un proceso que iba a culminar en los últimos diez años, y que fué puesto de manifiesto por el Censo Industrial de 1935. Nos referimos a la concentración que se va operando en la ciudad de Buenos Aires y provincia del mismo nombre, en detrimento tanto de las provincias del Interior como de las del Litoral. En 1913 la Capital representa el 35 % de la potencialidad industrial argentina, mientras Santa Fe de 25 % para al 7 % y Entre Ríos de 10 % a 6 %.

LAS INDUSTRIAS ARGENTINAS POR REGIONES EN 1913

	Número de establecimientos	Capital m\$.n.	Producción m\$.n.	Personal
Capital Federal	10.275	547.652.000	662.679.000	149.289
Buenos Aires	14.848	470.295.000	541.002.000	98.937
Santa Fe	5.829	188.021.000	193.842.000	42.726
Entre Ríos	2.382	72.274.000	70.834.000	18.004
Córdoba	2.836	75.064.000	74.211.000	20.243
Mendoza	2.555	171.786.000	89.102.000	14.598
Tucumán	789	89.195.000	115.197.000	15.159
Salta	2.297	12.687.000	8.644.000	6.312

Dividiendo en categorías la fuerza motriz instalada se tiene que 76 % es a vapor, 12 % eléctrica, 8,5 % a explosión y 3 o/o hidráulica. La cabeza de la República posee el 26 % de las máquinas a vapor y 40 % de los motores eléctricos, mientras la provincia de Buenos Aires cuenta respectivamente con 42,5 % y 32 %. Vale decir, que entre ambas abarcan casi las tres cuartas partes de la fuerza motriz fundamental que mueve la industria argentina, dejando para el litoral y el interior un escaso equipo técnico y mecánico.

Esa insuficiente producción industrial del Interior queda puesta de manifiesto también por el cuadro siguiente, en que se toma como índice 100 la población y el valor de la producción industrial del Litoral.

	Población	Producción
Litoral	100	100
Centro	21,3	6
Andinas	10,8	8
Norte	10,4	2
Territorios	6,2	2

Quiere decir que con cerca de la mitad de la población del litoral el resto de las provincias y territorios nacionales representa sólo la cuarta parte del valor de su producción industrial.

INFLUENCIA DE LA GUERRA EN EL SURGIMIENTO INDUSTRIAL

En lo tocante al desarrollo industrial, la época anterior al año 13 se caracterizó, como demostramos con abundancia de detalles, por una orientación hacia el asentamiento de ciertas industrias extractivas agropecuarias, complementadas en muy pequeña medida por la manufactura de determinados artículos de consumo inmediato o de ayuda a la gran actividad constructiva que había cundido por el país. Tengamos presente este hecho fundamental por cuanto tiene una importancia muy grande para caracterizar acertadamente el período posterior, — comprendido por los años de la guerra y los inmediatos que le siguen — en que tiene lugar el crecimiento de una industria ajustada ya a cánones de índole diferente con respecto a la época anterior a 1913.

La guerra mundial representó, como es lógico, un cambio de fondo en los sistemas de producción industrial de los países productores de materias primas mineras, agrícolas y ganaderas, de cuyo número forma parte, indiscutiblemente, la Argentina. Acostumbrados a surtirnos en el exterior de un sinnúmero de artículos manufacturados faltaba aún el clima técnico favorable para la implantación de las industrias livianas, clima que era viciado en forma permanente por la influencia de las importaciones extranjeras que hacían "irrespirable", vale decir, económicamente insolventable, toda empresa de este género. Ya lo hemos puntualizado con anterioridad, al referirnos al desarrollo de las industrias manufactureras en la Argentina.

No obstante ello, el país se vió obligado a reaccionar de alguna manera frente al descenso catastrófico de las importaciones de productos terminados, que sobrevino como consecuencia de la guerra, a la que los principales países que exportaban a la Argentina, habían destinado la savia vital de todas sus fuerzas económicas. El tráfico transoceánico se interrumpió en forma tan radical, que de 1913 a 1915 nuestro comercio de importación sufre una merma del 40 % (de 1128 millones llega a 694 millones). La pérdida correspondiente a Europa es mucho mayor que la señalada para el monto global puesto que mientras en 1913 su participación en todo el comercio exterior (importación más exportación) era del 71 % y América apenas alcanzaba a 15,6 % cuatro años más tarde las respectivas cifras son: 55,5 % y 41,1 %. Agreguemos que en 1925 la participación de ambos continentes vuelve a un nivel más normal, si bien distinto del de anteguerra, a saber: Europa 61,3 % y América 23,3 %.

La observación del cuadro detallado, en el que se presenta la incidencia porcentual de los países en el comercio de importación, permite apreciar muy bien los cambios producidos en este sentido. Reino Unido pasa del 33 al 21 %, Francia de 9 a 4,3 %, Alemania de 16,8 a 0,3 %, entre 1913-14 y 1919. En el mismo lapso EE.UU. mejora su posición de 13,2 % a casi 40 %, más del triple. Hemos de observar que esta preeminencia de la gran república del Norte no iba a ser duradera por cuanto después de 1919 disminuye y hacia 1922-23 se uniforma con las importaciones procedentes del Reino Unido. Pasado 1925 vuelve a pesar

hasta 1929; se trata de la época de la reconstrucción económica mundial en que el único país en condiciones de vender a todo el mundo es EE.UU. Doblado el año 30 pierde su puesto para no recobrarlo más, aunque se aproxime a los valores arrojados por el comercio argentino con el Reino Unido en 1937.

EVOLUCION DE LAS IMPORTACIONES POR GRUPOS DE ARTICULOS

	Sust. alim. y bebidas	Textiles	Máquinas y vehículos	Hierro y artef.	Otros metales	Piedras, tierras	Maderas	Prod. químicos
1911	43	70	15	35	15	33	10	15
1912	45	78	15	38	14	34	10	17
1913	49	90	13	42	14	37	11	18
1914	31	52	6	29	8	29	6	13
1915	29	52	3	16	6	20	4	12
1916	31	66	4	18	7	19	9	14
1917	28	58	6	12	9	12	8	13
1918	25	54	6	9,5	10	10	7	12
1919	31	63	6	20	11	15	10	18
1920	33	84	11,5	46	14	25	14	24
1921	38	76	20	40	11	25	14	21
1922	46	83	18	53	12	31	17	21
1923	48	114	30	53	19	37	22	27
1924	55	130	60	87	25	60	26	32
1925	86	161	63	86	26	67	31	45
1926	80	172	66	85	26	63	30	45
1927	75	170	112	96	30	45	26	44
1928	70	172	121	108	31	33	23	42
1929	73	160	144	103	33	33	26	43
1930	78	226	101	83	31	30	22	37
1931	60	104	45	46	20	20	18	34
1932	100	233	34	68	31	30	33	62
1933	113	275	36	89	40	32	36	71
1934	84	276	61	103	46	32	40	72
1935	89	276	89	123	49	34	47	79
1936	98	273	104	127	58	34	44	81
1937	118	322	174	182	72	46	66	98

Los números expresan millones de pesos oro sellado hasta el año 1931 inclusive y millones de pesos moneda nacional a partir de aquella fecha.

IMPORTACION POR PAISES EN RELACION
PORCENTUAL

	Reino Unido	EE.UU.	Francia	Alemania	Italia	Japón
1911	30	14,3	10,4	17,8	8,2	0,1
1912	30,7	15,3	9,7	16,5	8,7	0,2
1913	31	14,6	8,9	16,8	8,1	0,2
1914	33	13,2	8,1	14,8	9,2	—
1915	30	25	5,8	2,5	9,3	—
1916	28	29	6,9	0,2	9,7	0,5
1917	26	32	6	—	5	2,5
1918	25	34	5,1	—	4	3
1919	21	39,5	4,3	0,3	3,4	3,9
1920	23,3	33	5,8	4,8	4,4	1,6
1921	22,4	26,8	5,7	9,8	5,5	1,3
1922	23,3	23	4,9	13,7	5,3	0,8
1923	22,7	22,7	6,4	13,6	6,9	0,7
1924	23,7	23	6,5	13,1	7,6	0,7
1925	22,7	23,4	6,7	12	8,3	0,7
1926	19,5	25,5	7,4	12	8,4	0,6
1927	20	25	7	12,2	8	0,5
1928	20,2	24,9	6,5	12,6	7,1	0,6
1929	18,5	27	5,7	12,2	7,1	0,55
1930	20,5	22,2	5,3	11,5	7,7	0,6
1931	20,1	16	6	11,5	8,1	1,1
1932	20,4	13,6	5,1	9,7	9,2	1,6
1933	23,4	12	5,3	10	10,7	2,3
1934	23	15,2	5,1	10	6,3	2,2
1935	21,3	14,4	4,6	9,2	4,3	4,1
1936	20,5	14,6	4,2	9,3	5,2	3,6
1937	18,9	16,4	3,8	10,4	5,5	3,3

Esa notable reducción en la entrada de productos manufacturados repercutió en forma desigual sobre los diversos grupos, como surge del cuadro que acompañamos, en el que se han discriminado las principales partidas anotando los valores absolutos de las importaciones. Los productos alimenticios se reducen casi a la

mitad entre 1913 y 1918, mientras los textiles sufren una disminución mucho menor, que se restablece rápidamente. Las maderas y piedras y demás artículos de construcción, unidos a los combustibles, bajan en forma notable a la tercera parte de su valor de antes de la guerra, mientras los artefactos de hierro y otros metales disminuyen a la mitad y los productos químicos acusan una merma poco apreciable. Merece una mención especial el rubro de maquinaria y vehículos, que hemos destacado aparte, en el que la baja es realmente catastrófica de 1912 a 1915 (de 15 a 3 millones). Luego se recupera, superando el nivel anterior, pero gracias al aumento de la maquinaria agrícola y vehículos automotores, no de las máquinas industriales. Las observaciones que acabamos de formular pueden hacerse más inteligibles todavía recurriendo a unos cuadros comparativos que fueron elaborados por la Dirección de Estadística de la Nación en el año 1923, y que ofrecen las evoluciones sufridas por la importación extranjera según cinco grandes divisiones, a saber:

1) Artículos de consumo directo (alimentos, vestidos, cuero, papel, etc.).

2) Artículos suntuarios o de lujo (joyas, vinos finos, tabaco, etc.).

3) Combustibles (carbón y petróleo).

4) Materia prima y repuestos (fibra textil hilada o en rama, maderas, pinturas, metales en bruto, artículos para agricultura y ganadería, repuestos para máquinas, etc.).

5) Productos de reproducción o capitalización (materiales para ferrocarriles, construcciones, instalaciones industriales, etc.).

Llamando los grupos respectivos con los índices I a V, tendremos la tabla siguiente, que expresa los valores de las importaciones respectivas, en o\$.

	1913	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23
I	166	116	86	106	102	86	104	128	118	129	164
II	32	18	13	16	13	12	15	25	19	17	26
III	43	36	45	25	16	13	24	33	36	43	49
IV	72	37	49	43	36	38	58	65	53	58	76
V	109	65	34	27	17	16	30	49	54	64	68

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El detalle de la importación de artículos del rubro de Repro-

ducción revela como se ha distribuido su valor entre los elementos industriales propiamente dichos y los otros que integran la misma clasificación.

	1913	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23
Locomoción	13	21	6	6	5	3,5	8	13	17	24,5	15,5
Electricidad	9	6,5	3,5	3	2	2	3	4	6	4	7,5
Agricultura	10	4	4	5	2,5	4	5,5	7	8	5	11
Edificación	42	21	15	11	6	5,5	9,5	17	15	20,5	26
Máq. indust.	8	5	2,5	2	2	1,5	3	6,5	6,5	5	5
Hierro y otros met. . .	9	7	3	0,7	0,4	0,3	0,6	2	1,5	3,5	3

¿Qué conclusiones fundamentales pueden esbozarse? En primer lugar constatamos que el período de depresión dura muy poco: aproximadamente entre 1915 y 1918 se produce el mínimo de la onda. En 1923 el grupo de los artículos de consumo vuelve casi al nivel de preguerra, habiendo disminuído un 50 % en 1918. Del mismo tipo es la variación sufrida por los artículos de lujo (cuya reducción es de una tercera parte y en 1923, sin recobrar el nivel de preguerra, se le aproxima mucho) y materia prima y repuestos (que en 1923 acusa un valor superior en 10 % a 1913 y cuyo punto más bajo, también, representa el 50 % de anteguerra). Los combustibles siguen una variación de tipo diferente, achacable sobre todo a la brusca disminución de los cargamentos de carbón que provenían de Europa. Este rubro disminuye dos terceras partes en 1918 (representa 33 % de 1913) pero se recobra con mucha rapidez, superando en 1923 el nivel de 1913. La clase de los materiales de reproducción (máquinas, herramientas, etc.) resulta ser la más castigada por cuanto de 109 millones baja a sólo 16 millones en 1918, o sea la séptima parte. Es también la única que tarda mucho en recobrase porque en 1923 todavía no alcanzó el valor de 1913, sino tan sólo las dos terceras partes del mismo.

En resumen:

1. —La disminución de los artículos importados de consumo directo, no fué tan grande, ni se prolongó por tiempo suficiente, como para provocar un aumento exhuberante de manufacturas nacionales, destinadas a suplir su falta en el mercado interno

del país.

2. —Simultáneamente, —y peor aún: por tiempo más lar-

go—, faltó maquinaria y herramientas de uso industrial y las principales materias primas y combustible.

A la par que carencia de artículos de consumo hay una penuria de medios de producción. A pesar de estos factores adversos, el sacudimiento fué tan formidable que determinó una dinamización portentosa del organismo económico nacional, que tentó ponerse a tono con las nuevas condiciones creadas. Por un lado la guerra hizo aumentar la capacidad productiva de las industrias alimenticias fundamentales, (frigoríficos, conservas, molinos) y de algunas extractivas ganaderas (lanas, cueros), mientras por el otro vigorizaba los brotes de industrias textiles y mecánicas, coadyuvando a la implantación de ciertos ramos nuevos.

La falta de datos censales, concernientes al desenvolvimiento de las industrias, nos invalida para hacer el análisis de las coyunturas por que éstas atravesaron en el período considerado. Sólo podemos decir que ya en 1920, repuestas temporariamente las naciones europeas de las heridas dejadas por la contienda y habiéndose lanzado a la reconquista de los mercados de ultramar, el valor de las importaciones llega a la cifra astronómica de 2.125 millones, casi el doble del último año de preguerra y no igualado desde entonces. Por falta de fuentes de estudio podemos referir nuestras conclusiones solamente a esos puntos de reparo visibles, limitándonos a consideraciones de índole general, que trataremos de corroborar por medio de cifras posteriores, más o menos fidedignas, que nos permitirán inferir la línea general seguida en su desarrollo por determinadas ramas de la actividad fabril argentina.

Una cosa podemos afirmar, empero, con visos de una seguridad casi completa. Y es que la aparición de las industrias destinadas a compensar la oferta restringida de productos manufacturados extranjeros, no pudo ser, ni fué, instantánea. Hemos visto que desde el punto de vista técnico no estaban dados en el ambiente industrial argentino, todas las condiciones imprescindibles que pudiesen hacer surgir violentamente una actividad nueva, hasta entonces deprimida o inexistente. Faltaban, en efecto, no sólo los técnicos especializados en el montaje y dirección de ciertas industrias, sino, también el utilaje mecánico necesario y la propia materia prima. En el caso del algodón, por ejemplo, el país producía 6.000

toneladas de fibra anualmente, de la que consumía la mitad, frente a 30.000 toneladas de este textil importadas en forma de hilados y tejidos (sólo nueve por ciento de la cantidad requerida por el consumo habitual).

Hubo que superar todas estas dificultades, y otras muchas haciéndoselo con gran empuje y esfuerzo. Pero lo esencial es que tales rémoras de orden técnico-económico, llevaban involucrado un retardo en la conjunción de los factores determinantes del establecimiento de una industria próspera. De haber existido en el país todas las condiciones necesarias para plasmar una serie de actividades industriales, ausentes, éstas hubieran podido rápidamente adquirir categoría, consolidándose, ensanchando su radio de acción, acumulando reservas para hacer frente, con probabilidades de éxito, a la renovada competencia de los productos extranjeros, que habían desertado temporalmente del mercado y que, por cierto, no tardó en hacerse sentir.

Pero ese cuadro risueño no se dió, sino en mínima medida, en la Argentina de los años de la guerra. Entre nosotros se produjo, en forma inequívoca, el amortiguamiento de formidables fenómenos económicos, en virtud de la poca madurez de algunos factores, y de la ineptitud para propulsar otros. Los resortes de la economía nacional fueron adquiriendo tensión, pesada y paulatinamente. El complejo organismo tardó en sentir el significado de la falta de afluencia de mercaderías, no acertó a profundizar los canales más indispensables para aprovechar la favorable coyuntura. Nuestra burguesía industrial comprendió, quizá, que por fin tenía un punto de respiro; que se había retirado momentáneamente la espada de Damocles del comercio extranjero, suspendida desde décadas atrás sobre su cabeza, que tenía las manos libres para hacer lo que quisiera. Pero como un niño que no sabe qué hacer de su momento de libertad, no atinó y no pudo materializarlo en forma más concreta. Cuando se estableció, por fin, la deseada correlación entre las diversas fuentes, cuando la economía nacional comenzó a cobrar cierta contextura coherente, ya el momento más favorable habíase desvanecido. Al cabo de un lustro se afirmó la elaboración de algunos productos de consumo directo, como hilados y tejidos de lana y algodón, aceites comestibles, calzado, etc. Pero fue para tomarse, a boca de jarro, con una realidad hartó desagradable: el com-

petidor europeo había vuelto por sus reales, ardido de deseos invencibles de recuperar el mercado, que había osado sustraerse a su influencia.

Pero entre tanto el juego de las fuerzas económicas seguía su curso. Por etapas, por saltos, en forma deshilvanada, parcial, todos los sectores, —hasta los más distantes—, de la economía argentina, se habían incorporado a la gesta renovadora. Aumentó el cultivo de plantas industriales, se intensificó la manufactura de muchos artículos fabriles que faltaban, se impulsó el laboreo de materiales de construcción y del petróleo. Las siguientes cifras, truncas e insuficientes sin duda, nos permitirán formar una idea aproximada de los rumbos que tomaron algunas industrias argentinas.

La producción de aceites comestibles, que se había mantenido entre 4.000 y 5.000 toneladas en los 2 años anteriores a 1915, pasa a 10.000 entre este año y 1920, representando cerca de las dos quintas partes del consumo total.

La exportación del extracto de quebracho aumenta al triple de su valor en el lapso de cuatro años (de 5 millones o\$s. en 1914 pasa a 15 en 1918). De 1913 a 1919 el número de establecimientos dedicados a esta fabricación aumentan de 9 a 16, su capital de 10 a 43 millones, ocupando 6.600 obreros y utilizando más de 20.000 HP. de fuerza motriz.

El consumo de fibra de algodón llega a ser de 2.100 toneladas en 1917, habiendo alcanzado sólo 300 toneladas en 1912.

La exportación de la carne y subproductos industrializados, ha variado de la siguiente manera:

	1913	1918		1913	1918
Carne vacuna congelada	332.000	494.000	Margarina	6.200	14.100
Carne vacuna conservada	12.600	191.000	Manteca	3.800	20.400
Caldo conc.	1.250	3.300	Caseína	3.500	10.700
Sebo y grasa	63.000	103.800	Lana lavada	—	13.700

De modo que la situación de beligerancia, la insuficiencia en la provisión de mercaderías europeas, —acompañadas no por un acortamiento del mercado sino más bien por su ampliación, gracias a los altos precios de las materias primas argentinas—, motivó el surgimiento de industrias de nuevo tipo. El establecimiento de tales sectores, o el ensanchamiento del radio de influencia de las ya existentes, implicó, a la vez, un ascenso importante en el cultivo de plantas industriales, del tipo del tártago, lino, algodón, maní, tabaco, etc.

EL PROBLEMA DEL COMBUSTIBLE

Un problema de importancia esencial, que aparece en toda su desnudez en la época considerada, es el que concierne al combustible. Es conocida, y resulta ocioso insistir sobre este punto, la extraordinaria importancia que corresponde al combustible como factor de la producción industrial. En un estadio inferior del desarrollo industrial, cuando la energía muscular del hombre desempeña un papel importante, este problema carece todavía de los relieves que presenta más tarde, al pasar el centro de gravedad de la propulsión industrial a la máquina, que debe ser movida mediante energías superiores a la que es capaz de desarrollar el hombre, o un grupo de hombres. Vanos serían todos los fementidos adelantos de la técnica si no se hubiese podido realizar prácticamente las mejoras necesarias, los millares de pequeñas innovaciones que redundan todas en una mayor mecanización del esfuerzo, si el capitalismo industrial se hubiera mostrado incapaz de domar las fuerzas naturales y ponerlas a su disposición.

Fué adelanto prodigioso el adoptar el carbón de piedra en calidad de combustible preferido tanto para generar la energía mecánica que moviese la maquinaria productora de mercaderías, como para impulsar los medios de transporte marítimos y terrestres que la llevarían a todos los rincones del universo. El país que detentase la hegemonía en la posesión y explotación de mantos carboníferos potentes, tenía asegurada una importante ventaja frente a las naciones en que faltase esa riqueza natural de primer orden. El carbón interviene activamente desde los primeros pasos de una gran industria moderna, ayudando a extraer el metal de los minerales y

a realizar gran cantidad de problemas técnicos de importancia, como la fusión de metales y del vidrio, cocción de la porcelana, etc., que sin su concurso serían impracticables. El carbón es, por consiguiente, un móvil de positivo progreso dentro del campo de la producción industrial.

¿Cuál era la posición ocupada por la Argentina respecto a este problema, en los comienzos de su actividad industrial? Es demasiado notorio que los escasos mantos carboníferos argentinos son muy pobres, y su rendimiento es poco remunerativo.

La formación geológica que caracteriza en el hemisferio Septentrional, los yacimientos de carbón fósil, es poco conocida, si no ausente, en nuestro territorio. A raíz de estas circunstancias, desde el primer instante se careció, en la Argentina, de ese combustible por excelencia, que hubo de traer del extranjero en crecidas cantidades, ya que la leña puede ser aplicada sólo en algunas pocas industrias especiales (por ejemplo, la forestal o la azucarera) y en determinadas regiones del país.

La lista de la entrada de carbón dará la pauta de cómo ha evolucionado su consumo, distribuido en cuatro sectores fundamentales: ferrocarriles, marina mercante y de guerra nacional, usinas de electricidad y de gas y fábricas diversas. Sería sumamente valioso poder discriminar la parte que corresponde a esta última categoría, porque de este modo podríamos inferir la creciente utilización que del carbón de piedra han hecho nuestras industrias. Desgraciadamente es ésta una tarea ímproba y, casi imposible por la falta de datos relativos al consumo de la marina. Tenemos solamente los que ofrecen las estadísticas con respecto a los años 1913 al 25, que hemos utilizado como índice para calcular los restantes, teniendo en cuenta el tonelaje de buques a vapor de cabotaje interior entrados en los puertos argentinos. Se trata, indudablemente, de una aproximación asaz grosera que, sin embargo, resulta de cierta utilidad para señalar la evolución sufrida.

ENTRADA DE VAPORES DE NAVEGACION INTERIOR
(en toneladas de registro)

Año	Toneladas	Año	Toneladas
1910	7.286.000	1924	14.900.000
1911	6.281.000	1925	15.400.000
1912	8.951.000	1926	15.800.000
1913	10.327.000	1927	19.500.000
1914	9.000.000	1928	20.700.000
1915	8.500.000	1929	20.700.000
1916	7.500.000	1930	19.100.000
1917	6.000.000	1931	20.700.000
1918	7.200.000	1932	24.000.000
1919	6.350.000	1933	24.300.000
1920	6.600.000	1934	26.200.000
1921	7.100.000	1935	26.600.000
1922	10.400.000	1936	24.800.000
1923	13.400.000	1937	23.800.000

De acuerdo a una reciente publicación del Centro de Cabotaje Menor, los buques nacionales consumían aproximadamente 1 tonelada de fuel-oil por cada 100 toneladas de registro.

EVOLUCION DEL CONSUMO DEL CARBON DE PIEDRA
(en miles de toneladas)

	Importación	Consumo FFCC.	Consumo nav.	Consumo industrial y varios
1870-75	320			
1876-80	325			
1881-85	520			
1886-90	1.880			
1891-95	2.720	800		
1896-900	4.465	1.200		
1901-05	5.240	1.900		
1906-10	11.100	4.100		
1911-15	20.000	6.200	1.100	12.700
1916-20	6.700	3.500	500	2.600
1921-25	13.000	5.600	1.600	5.800
1926-30	15.700	6.700	2.000	7.000
1931-35	12.700	6.300	2.500	3.900

Pero ese estado de dependencia del extranjero se modifica en el transcurso de la guerra. Esta había puesto el acento sobre la importancia inigualada del petróleo, como combustible más económico, cómodo, de mayores ventajas técnicas, etc. Felizmente en este sentido el subsuelo argentino estaba bien dotado. Un descubrimiento casual, realizado el 13 de diciembre de 1907, permitió entrever una parte de las riquezas petrolíferas que albergaba la Patagonia. Hasta 1915 —época en que también se inician las compañías particulares—, los valiosos hidrocarburos habían sido relegados al olvido, ya que sólo se explotaba, precariamente, la zona localizada en 1907, sin extender la prospección a otras regiones.

Pero la guerra interrumpe el comercio del carbón de piedra, activando el aprovechamiento de nuestra riqueza petrolífera y elevándola a la categoría que le corresponde.

CONSUMO DE PETROLEO EN LA REPUBLICA
ARGENTINA
(en metros cúbicos)

	Produc. nacional	Import. petróleo crudo	Import. todos los productos del petróleo
1907	16		
1908	1.821		
1909	2.990		
1910	3.293		162.000
1911	2.082		170.000
1912	7.462		204.000
1913	20.733		280.000
1914	43.795		235.000
1915	81.580		460.000
1916	137.550	212.000	365.000
1917	192.371		355.000
1918	214.867	10.500	185.000
1919	211.300	42.200	540.000
1920	262.495	36.100	790.000
1921	326.905	28.000	970.000
1922	455.500	22.500	1.040.000
1923	530.210	52.000	1.190.000
1924	740.700	81.500	1.290.000
1925	952.200	87.800	850.000
1926	1.248.120	170.200	1.100.000
1927	1.372.020	222.000	1.400.000
1928	1.442.070	305.000	1.700.000
1929	1.493.070	561.000	1.900.000
1930	1.431.110	630.000	2.000.000
1931	1.861.410	411.000	1.600.000
1932	2.088.830	258.000	1.100.000
1933	2.176.600	179.000	1.100.000
1934	2.229.710	195.000	1.200.000
1935	2.273.000	469.000	1.600.000
1936	2.457.100	535.000	1.400.000
1937	2.500.000	680.000	1.500.000

En 1912 la producción argentina de petróleo todavía, prácticamente, no pesa sobre la mundial. Diez años más tarde representará un 0.4 % y en los últimos 6-7 años alcanza el 1 %.

No queremos entrar en el fondo técnico del asunto pero resulta claro para todos que el petróleo va desplazando al carbón, como combustible, de todos los sectores de la economía. Sin hablar ya del transporte aéreo, en que no hay otro carburante que la nafta, en los vapores su empleo aumenta constantemente, como se desprende de las siguientes cifras:

1913	vapores a petróleo	2,5 %	vapores a carbón	89 %
1932	„ „ „	43 %	„ „ „	57 %

Para el año en curso las relaciones anteriores tienen que haberse modificado en favor del petróleo, puesto que en la última década casi todos los vapores que se construyen son a petróleo, habiendo sido desalojado el carbón.

Pasando al transporte terrestre ferrocarrilero (la tracción por automotor —en que los derivados medianos y livianos del petróleo son los combustibles por excelencia aunque en alguna parte se ha tentado el empleo de gasógenos portátiles de carbón y madera — va ganando cada vez nuevas zonas de influencia, como aparece de los estudios sobre la coordinación del transporte efectuado en los EE.UU., Francia, Alemania y otros países) también allí el petróleo ocupa el puesto del carbón con la introducción de los coches motores Diesel aerodinámicos y la electrificación de las líneas, en que las centrales, casi siempre, se alimentan con hidrocarburos.

En el campo de la producción de la energía eléctrica se va operando un cambio análogo, como podemos observar entre nosotros por los informes del Comité Argentino de la Energía o, simplemente, por la observación diaria. De las dos superusinas que funcionan en el Puerto Nuevo una marcha exclusivamente a petróleo desde su inauguración y la otra está transformando sus instalaciones para adoptar análogo temperamento.

Desde el punto de vista general mientras en 1913 las industrias que marchaban a petróleo constituían el 6, % y las de carbón 89 %, en 1929 se tiene 17 y 74 % respectivamente. En la actualidad estos extremos se deben haber acercado mucho más, puesto

que, de acuerdo al censo practicado por el Congreso Mundial de la Energía, reunido en Estocolmo en 1934, las industrias que que- man petróleo incrementan de año en año entre 1 y 2 %.

Tomando el caso de EE.UU. se comprueba que allí la evolu- ción del consumo de combustibles para industria, transporte y usos domiciliarios ha sido la siguiente:

1913	Carbón	87,1 %	Petróleo	9,3 %	Gas	3,6 %
1933	„	58,1 %	„	32,7 %	„	9,2 %

Con esta breve síntesis queda puesto de manifiesto el desco- llante papel que toca desempeñar al petróleo como agente energéti- co de la industria y motor del transporte. Resulta evidente, por otra parte, que el descubrimiento del petróleo, y el inicio de su explo- tación e industrialización, debía celebrarse con júbilo por nuestros industriales. Sin embargo es preciso confesar que el progreso de esa industria especialmente en la época que nos ocupa en este mo- mento que abarca de 1915 a 1925, ha sido muy lento y pesado. Ya hemos dicho que recién en 1914 se intensifica un tanto la explotación fiscal y a partir de 1916 entran a trabajar en el país algunas com- pañías particulares. El 6 de mayo de 1914 se pone en funciona- miento la primera destilería fiscal de Comodoro Rivadavia. Con an- terioridad a la misma sólo existía una modesta destilería en Cam- pana, perteneciente a la Compañía Nacional de Petróleo que desde 1905 destilaba escasas cantidades de petróleo importado. Hasta 1925 (año en que se inaugura la gran destilería de Yacimientos Petrolíferos Fiscales en La Plata) la industrialización del produc- to nacional, de por sí insuficiente, era mediocre. Se refinaba apenas una cuarta parte con el objeto de extraer los productos más valio- sos como nafta, kerosene, aceites, dejando los residuos (fuel-oil) para el consumo directo de los hogares y calderas. Poco cuentan, en ese sentido, las pocas y rudimentarias destilerías particulares que existían antes de 1925, y sólo a partir del año siguiente da comien- zo una era de activo y científico aprovechamiento del petróleo.

En lo tocante a reservas petrolíferas nada se puede afirmar rotundamente, porque falta explorar aún zonas vastísimas y por- que en las conocidas el trabajo no se ha llevado a cabo con la re- gularidad y sistematización necesarias. Por lo que hoy se vislum-

bra parece posible predecir que alcanzará para un tiempo muy prolongado, pudiendo explotarse no sólo las regiones petrolíferas conocidas y las presumiblemente ricas en hidrocarburos, sino, incluso, beneficiar por procedimientos de laboreo minero más intensivo algunas napas ya abandonadas, para sacar considerable provecho.

El consumo actual exige unos 4.300.000 metros cúbicos de petróleo por año y 3.000.000 toneladas de carbón de piedra que, reducidos a su valor en petróleo en función de los respectivos poderes caloríferos, equivaldrían a unas 6.000.000 toneladas de petróleo, de las que el país produce ya aproximadamente la mitad (exactamente 43 %).

El cuadro que se inserta a continuación expresa la variación del consumo de los derivados pesados del petróleo (fuel-oil, gas-oil) aptos para ser quemados en los motores de transporte o en las instalaciones fijas industriales. Este cuadro se ha calculado tomando en cuenta el tonelaje de los derivados pesados importados y considerando que el 50 % del crudo nacional e importado destilados en el país se ha quemado en forma de derivados pesados, siendo constituida la otra mitad por nafta, kerosene y aceites lubricantes. Este cálculo es sólo aproximado porque en los primeros años buena parte del petróleo crudo se quemaba sin destilar y el resto se sometía a un fraccionamiento conservativo (topping), que daba sólo la fracción liviana originalmente contenida en el petróleo. En cambio en la época más cercana a nuestros días la práctica de la destilación destructiva (cracking) hace que aumente el rendimiento en nafta a expensas de los residuos. De esta manera los números del cuadro dan en defecto para los años más alejados y en exceso para los más próximos.

Consumo de derivados pesados del petróleo (en toneladas)

	Productos destilación petróleo crudo	Productos importados	Total
1918	95.000	1.500	97.000
1919	106.000	196.000	302.000
1920	126.000	488.000	605.000
1921	150.000	603.000	753.000
1922	203.000	645.000	850.000
1923	246.000	705.000	950.000
1924	346.000	707.000	1.055.000
1925	440.000	275.000	725.000
1926	600.000	370.000	970.000
1927	630.000	650.000	1.280.000
1928	735.000	810.000	1.545.000
1929	870.000	800.000	1.670.000
1930	873.000	870.000	1.745.000
1931	975.000	780.000	1.755.000
1932	990.000	730.000	1.720.000
1933	990.000	780.000	1.770.000
1934	1.015.000	920.000	1.935.000
1935	1.255.000	1.050.000	2.300.000

Observemos en este cuadro que mientras el consumo de petróleo crudo, —vale decir del petróleo que proporciona trabajo a las destilerías del país—, aumenta en forma ininterrumpida, si bien más pronunciada a partir de 1925, la importación de los derivados pesados es mínima durante la guerra, sube de golpe después del año 1920 y vuelve a declinar producida la entrada de la destilería de La Plata (1925). Así, pues, la industria nacional de petróleo ha ido creciendo más a prisa que la importación de productos refinados, acompañando el aumento del consumo interno.

En la tabla siguiente se han compilado los índices de consumo de carbón, productos totales de petróleo y solamente derivados pesados del petróleo por habitante en los últimos 25 años.

Consumo de carbón y petróleo por habitante (en kilogramos)

	Número medio habitantes en el quinquenio	Carbón/habit.	Petról./habít.	Deriv. pes./hab.
1911-15	7.500.000	530	8	
1916-20	8.400.000	150	46	25
1921-25	9.500.000	274	148	90
1926-30	10.900.000	288	220	130
1931-35	12.000.000	216	240	160

Comprobamos, de este modo, que mientras el consumo de carbón crece fundamentalmente antes del año 1915 (gran aumento del transporte ferroviario) baja en forma abrupta durante la guerra y después de alcanzar un nivel regular, vuelve a disminuir en el último quinquenio. En cambio el consumo de petróleo acusa un curso muy diferente, pues sube ininterrumpidamente desde hace más de un cuarto de siglo, hasta llegar a superar, en el último tiempo, el consumo medio de carbón.

Podemos afirmar, pues, que la industria del combustible argentino, que tomó impulso en los momentos de la guerra del 14, está actualmente en vías de un franco desarrollo, y sirve de base al establecimiento de industrias que pueden quemar combustible nacional más barato y de entrega más rápida y segura. Hemos de mencionar, sin embargo, un punto negro que se refiere al precio del fuel-oil, residuo pesado de petróleo, que se usa para quemar en las calderas y hornos industriales. Una carestía inusitada de este producto, que ha tenido lugar en los últimos tiempos, provoca un aumento del precio de la manufactura industrial en la misma medida que el combustible incide sobre el costo total de producción. Este es un índice eminentemente variable, y específico de cada industria, pero por lo común abarca varios porcientos del costo global.

El precio del fuel-oil era de \$ 28,50 en 1931 por tonelada, y sube lentamente durante los tres años siguientes, hasta sufrir un ascenso brusco al llegar el año en curso, alcanzando a valer \$ 42.— o sea un aumento de casi 50 % con respecto a seis años antes. Esta circunstancia, unida al hecho de que el costo del combustible que

importamos resulta doble del que tiene en el lugar de producción debido a los fletes, derechos aduaneros, gastos varios, etc., hace que se resienta la industria y el transporte y obliga a velar por la pronta solución del fenómeno.

El cuadro comparativo que reproducimos a continuación, aparecido en "La Prensa" de unos días atrás, establece el parangón entre la variación de los precios sufridos por diversos derivados del petróleo en el transcurso de los últimos quince meses y las cotizaciones de los mismos en EE.UU.

Combustibles	EN LA ARGENTINA		EN EE. UU.
	Mayo 1937	Agosto 1938	
Nafta	0.165	0.165	0.06
Kerosene	0.15	0.15	0.05
Fuel oil	36	40	15 a 18
Diesel oil	70	80	25 a 30
Gas oil	90	100	35 a 46

Los precios están dados para la nafta y kerosene en pesos moneda nacional por litro, y para los derivados pesados (fuel-oil y otros) en la misma moneda por tonelada. Los precios de EE. UU. han sido reducidos al tipo de \$ 3.88 cada dólar.

Como comentario reproducimos algunos párrafos del artículo de referencia:

"Casi todos los precios entre nosotros son tres veces más elevados que en EE.UU., cosa explicable para otros países pero no para el nuestro que posee yacimientos petrolíferos". "Hace unos 12 o 15 años el petróleo crudo, con el enorme poder calorífero que le daba la integridad de su nafta y kerosene, se vendía al público, poco más o menos, a \$ 50 la tonelada. Hoy el fuel-oil que es el residuo que queda después de extraer al petróleo sus mejores elementos para usarlo como combustible en hogares y calderas, se vende a \$ 40 la tonelada, después de haber costado 44 hace tres meses". "Ese aumento perjudica notablemente a los industriales y a muchas empresas de transporte, y provoca un aumento general de los precios, capaz de influir en el costo de la vida".

Agreguemos todavía, que de acuerdo a un proyecto existen-

te, con motivo de allegar fondos para la Dirección Nacional de Vialidad, está en carpeta la reglamentación pertinente para gravar con un impuesto adicional el aceite lubricante y los derivados pesados que se están usando, cada vez con mayor extensión, para tráfico de camiones. En tal caso —y siempre que no se tome la precaución de discernir con toda prolijidad el destino de los productos del petróleo mencionados—, el estado descrito se verá agravado considerablemente.

LOS AÑOS DE LA RECONSTRUCCION ECONOMICA MUNDIAL

El cese de las hostilidades vuelve a poner sobre el tapete el problema del mantenimiento de los mercados que, temporariamente se habían escurrido de la influencia de los países europeos. La importación de artículos fabricados se reanuda en corriente ascendente llegando a valores mucho más altos que los de preguerra. Ya las cifras de 1917 señalan un ligero repunte, y en 1918 se iguala el importe registrado en 1913. Después de atravesar el máximo, a que ya hemos hecho alusión con anterioridad, disminuye un tanto para mantenerse entre 1.900 y 2.000 millones de pesos moneda nacional en el lapso 1925 y 1930, año que marca el derrumbe del comercio mundial, del que no escapa la Argentina.

Es fácil concebir que esa avalancha de productos manufacturados, debió representar una merma correspondiente de la fabricación nacional argentina. Así, por ejemplo, en 1918 se importa 7,5 toneladas de aluminio en lingotes o planchas (como materia prima a ser convertida aquí en artículos fabricados) y 12 toneladas de artefactos listos para el consumo directo. En 1920 son 4 veces más aluminio en bruto pero 12 veces más artefactos del mismo metal. Se mantiene estacionario el consumo de fibra de algodón por las industrias locales, interrumpiéndose el ascenso vertiginoso de los años anteriores, ya que el nivel de 1917 (2.100 toneladas) es casi el de 1922 (2.200 ton.). La producción de aceites comestibles que ya había llegado a 10.200 toneladas entre 1915-19 (aumento de 200 % con respecto al quinquenio anterior) crece sólo en 30 % entre 1920-24.

La década 1920-30 se halla inscripta en la historia del mun-

do como época de una profunda anormalidad. El intenso movimiento de involución, de cerrarse sobre su propia economía interna, iba acompañado de tendencias expansionistas, de intentos de ampliar el círculo de venta de las mercaderías producidas por las manufacturas de los principales países. Ese estado paradójal surgió en el mundo atribulado por los desastres económicos de la guerra y de la crisis que inculcara a los gobiernos la convicción de que es necesario cortar la dependencia del intercambio con el extranjero, tendiendo a producir la mayor cantidad posible de materiales, y de la más diversa clase, con el aparato económico nacional. Pero es imposible ceñir a las fuerzas productivas a límites preestablecidos, fijándoles niveles que no deben superar en su desarrollo. Su misma dinámica constituye un mentís categórico a esa inamovilidad. La extraordinaria racionalización del aparato productivo se manifestó por una parte en el abandono de fábricas viejas, técnicamente atrasadas, y su reemplazo, sin reparar en gastos, por maquinaria automática ultraperfeccionada. Además la intensiva organización científica del proceso tecnológico y del trabajo, ha redundado en un incremento portentoso del volumen de lo fabricado y del rendimiento obrero. Al mismo tiempo se impone la necesidad impostergable de realizar mediante la venta, las crecidas cantidades de artículos creados, ya que sólo así se logra reproducir el capital invertido y ampliar la esfera de acción. De manera, pues, que el imperativo categórico de la hora era vender, vender cada vez más y más, abarcando nuevas regiones hasta a las más alejadas, que en épocas normales eran inaccesibles por la distancia, carestía de fletes o por la competencia de productos similares de otros países, mejor ubicados en algún aspecto. Los Estados comenzaron a preocuparse seriamente de apoyar la expansión de industrias nacionales, recompensando con primas a los exportadores, coordinando el precio de los transportes, operando sobre una desvalorización del signo monetario, etc.

Pero lo característico del período no fué, sólo, esa tendencia expansionista irrefrenable, que es propia en general de todo el sistema moderno. Lo nuevo, lo típico ha sido, como hemos dicho, que ese dilatarse para afuera, hasta querer abarcar el mundo entero, de las principales naciones industriales de la tierra, coincidió con una carrera ilimitada de integración de la economía nacional interna.

con productos hasta entonces dejados de lado. Los países clásicamente importadores de trigo, aumentan las áreas destinadas al cultivo de ese cereal, se buscan y encuentran sucedáneos para los más elementales productos de la Naturaleza, como la lana, seda, algodón, etc. Toda esa política repercute, por supuesto, en forma muy pronunciada sobre las compras que efectúan los países industriales en los del tipo agrícola-ganadero, deprimiéndolas en gran medida. Claro está que tal situación no puede prolongarse por mucho tiempo. Las naciones vulneradas en sus intereses, que ven disminuir el caudal de salida de sus productos vitales, quieren resarcirse del perjuicio que les causa esa política. Piensan que ellos también pueden producir abundancia de artículos manufacturados, dentro de su propio territorio, sin tener que ir a buscarlos donde se rechazan los frutos de su suelo. Así surge y se consolida, cada vez con mayor intensidad, un amplio movimiento de protección a las industrias nacionales, que brega por el florecimiento de un clima propicio para el desarrollo de ciertas ramas de actividad fabril.

La Argentina no estuvo por cierto al margen de ese mecanismo especial. A partir del año 1921 se inicia entre nosotros un movimiento proteccionista, que no llega a adquirir, empero, los rasgos pronunciados que se notan en otros países y cuyos efectos estudiaremos más adelante. A consecuencia de la política de prohibimiento de industrias nacionales éstas se vigorizan y crecen, como surge de la lectura de los únicos datos que poseemos para apreciar su variación dentro de la década considerada, y que se deben a las investigaciones del ingeniero Alejandro E. Bunge. Este economista da las cifras siguientes para el año 1925:

Número de establecimientos: 61.000.

Personal ocupado: 600.000.

Valor de la producción: 2.467.000.000.

Fuerza motriz instalada: 1.000.000 HP.

Del crecido quantum del valor de la producción debe descontarse, desde el punto de vista del consumo interno, la parte de la producción ganadera que se industrializa aquí antes de derivarla hacia puertos extranjeros. Tal acontece, por ejemplo, con la carne enfriada "chilled" cuya exportación aumenta de la siguiente ma-

nera: 1913, 40.000 ton.; 1920, 50.000 ton.; 1922, 247.000 ton.; 1925, 372.500 ton.; y 1927, 467.000 ton. Esta observación permite explicar que el rubro de las industrias alimenticias haya sido el que mayor incremento señale en el valor de su producción, como veremos enseguida.

Comparando el valor de la producción de 1925 con la habida en 1913 constatamos un aumento de un 50 %. Pero por desgracia carecemos de cifras correspondientes a diversos años del período considerado, que nos podrían permitir seguir paso a paso las vicisitudes de la industria nacional, en su tenaz lucha contra la competencia extranjera, hasta reaccionar alentada por la protección oficial. Discriminando el valor de la producción industrial total en los diversos grupos de actividades tendremos el siguiente cuadro, en el que se ha consignado, también, el aumento experimentado por las respectivas ramas con respecto a 1913:

Industrias	Valor de la prod. m\$ñ.	Aumento	
		%	m\$ñ.
De la alimentación . . .	1.054 millones	42,2 %	250 millones
„ la construcción . . .	298 „	12 %	190 „
„ vestidos y tocador . .	149 „	6 %	
„ muebles y rodados . .	86 „	3,6 %	
„ artísticas y ornato . .	20 „	0,8 %	
Metalúrgicas y anexos . .	138 „	5,7 %	56 „
De productos químicos .	52 „	2,3 %	
„ artes gráficas . . .	46 „	2 %	
„ fibras y tejidos . . .	48 „	2 %	11 „
Varias	575 „	23,2 %	

Se ve, por consiguiente, que las industrias de la alimentación acusan el máximo aumento absoluto y porcentual. En esta época se instalan, en efecto, en general en los países de Sud América y particularmente en la Argentina, los principales frigoríficos, que crecen durante la guerra en forma desmesurada. El rubro de las industrias de la construcción, denota el aumento más grande, puesto que de 110 millones pasan a cerca de 300, instalándose fábricas importantes como de cemento, etc.

El avance producido en las industrias metalúrgicas es muy pronunciado, puesto que se pasa de 82 millones en 1913 a 138 en 1925. Este hecho indica que la ampliación de la actividad fabril argentina, en todos sus aspectos, ha requerido la formación de un gran número de talleres de construcción y reparación, y de algunas empresas de mayor cuantía.

En cambio el progreso habido en la sección textil es débil e inestable; el aumento del valor de la producción alcanza sólo 11 millones. Así, pues, si bien la industria se refuerza y extiende conserva su carácter extractivo fundamental. El débil desenvolvimiento manufacturero producido entre los años 1914 y 1920, se echa por tierra en los años subsiguientes, si bien es apuntalado parcialmente por el proteccionismo aduanero, de tal manera que, a la par que se robustece el tronco, las ramas se extienden en diversos sentidos, desparramándose por campos nuevos de actividad industrial, en forma de pequeñas empresas, como lo atestigua el crecido número de los establecimientos censados en 1925.

LA EXPORTACION DE INDUSTRIAS

Pero a partir de los años 1927-28, comienzan a notarse en la industria argentina síntomas especiales, signos de renovación de un carácter particularísimo. Al lado de establecimientos creados con el esfuerzo nacional, o financiados por consorcios extranjeros, surgen fábricas pertenecientes a determinadas ramas de grandes trusts internacionales, que trasladan aquí parte de su actividad. Analicemos un poco más de cerca este fenómeno, de una enorme trascendencia para nuestra economía.

Observemos, en primer lugar, que trátase de un fenómeno relativamente nuevo en la historia del país y poco frecuente, en general, en el mundo en épocas anteriores a la presente. Las rutas clásicas por las cuales las naciones industriales han tratado de relacionarse con otras de economía complementaria (minera o agropecuaria) fueron jalonadas, en un primer comienzo, por el intercambio de mercaderías. La exportación de las manufacturas, producidas por sus fábricas en pleno crecimiento, era el propósito casi exclusivo de países como Inglaterra o Francia de la centuria anterior. Hemos señalado esa característica al referirnos al estado de

la industria argentina, en las primeras décadas del siglo XIX. Pero las grandes masas de dinero, que afluían durante el proceso de la realización de las mercaderías, no retornaban íntegramente para acumularse en las fuentes que le habían dado origen. En procura siempre de sectores de inversión más remunerativos, parte de los capitales optaron por dirigirse a los países de ultramar, donde la tasa del interés era mayor y donde existía la posibilidad de obtener un beneficio lateral participando en la construcción de las grandes obras públicas, de que aquellos carecían casi en absoluto.

De esta manera, superponiéndose y acompañando a la exportación de mercaderías, se perfila una nueva corriente: la exportación de capitales, que asume la forma típica de empréstitos a los gobiernos de las naciones, de provincias o de municipios. ¿Con que objeto esos países —en su mayor parte ex-colonias europeas en América aunque también cuenta entre ellos la China y nuevas zonas de influencia en los cinco continentes—, tardíamente incorporados a la órbita de la civilización occidental, trataban de obtener dinero en préstamo? Evidentemente para explotar las fuentes casi vírgenes, de sus inmensas riquezas potenciales, para edificar las ciudades, para poblar los campos, para trazar las carreteras y las vías férreas, para abrir puertos. Pero como todas éstas, son obras de gran envergadura, fuera del alcance de países poco desarrollados, a un empréstito concertado con el propósito de construir ferrocarriles o fundar bancos seguían concesiones, hechas a entidades privadas extranjeras, que debían encargarse de completar y explotar la empresa. Después de las simples mercaderías, los capitales, que a su vez impulsan el intercambio de otras mercaderías (material ferroviario, barcos, materiales de construcción, herramientas) y la inversión de nuevos capitales, no ya en papeles sino en explotaciones de minas, de bosques o plantaciones diversas, servicios públicos como ferrocarriles, puertos, compañías de electricidad, etc.

Tal es también, exactamente, el cuadro que hallamos en el caso de nuestro país. Según un inventario de los capitales extranjeros invertidos en la República Argentina en 1910, realizado por G. A. Schwenke (citado por A. E. Bunge) tenemos la siguiente distribución: sobre un total de casi 5.130 millones de pesos moneda nacional 1.570 millones en empréstitos y títulos (30,5 %), 2.220 millones en servicios públicos (ferrocarriles, puertos,

tranvías, electricidad, gas, aguas corrientes con una preeminencia absoluta de los primeros) representando un 43 % del total, 770 en tierras, hipotecas y bancos (15 %), 455 millones en comercio (9 %) y sólo 115 millones (2 %) en varios, entre los que se incluyen frigoríficos y una que otra empresa industrial. Se nota ya la tendencia a la inversión en sectores sumamente productivos, como ferrocarriles, compañías de tierras, electricidad, aguas corrientes y otros, que van desplazando a los préstamos en metálico. Ese cambio se nota de una manera más concreta en los datos que corresponden a las inversiones inglesas en la Argentina en 1927, que se distribuyeron así: sobre el total de \$ m/n. 4.700 millones, 2.800 millones o sea casi 60 % en ferrocarriles, 900 millones en empréstitos y el resto varios. Las inversiones estadounidenses del mismo año muestran un cuadro diferente, pues sobre 1.150 millones 863 se dirigen a empréstitos y 220 a industrias extractivas (frigoríficos y petróleo). De cualquier modo el peso de estos capitales sobre la suma total es muy relativo: apenas un 4 %. La Revista South American Journal ofrece un cuadro con la variación de los capitales ingleses en los últimos 25 años. En 1913, 81,6 millones de £ pertenecían a los títulos públicos, 215 a los ferrocarriles y 61,2 a varios. En 1933 la primera categoría abarca 49,4 millones, la segunda 276,5 y la última 110,8. Llama la atención el aumento del tercer grupo, que por su amplitud abarca sectores muy diversos de actividad económica, incluida la industria.

Esa tendencia universal a la ampliación de los capitales invertidos en forma directa (empresas de diversa índole) a expensas de los empréstitos (inversiones indirectas), se nota también en el cuadro siguiente, que concierne a los capitales extranjeros radicados en los países de América Latina, en 1930. Las cifras son en dólares norteamericanos; y han sido extraídas de publicaciones especiales.

Capitales extranjeros invertidos en América Latina en 1930

	Gran Bretaña	EE. UU..	Otros países
Empréstitos	1.645.000.000	1.650.000.000	355.000.000
Ferrocarriles	2.410.000.000	—	—
Comunicaciones y transporte	—	887.000.000	440.000.000
Bancos y navega- ción	211.000.000	—	165.000.000
Varios	1.635.000.000	466.000.000	1.827.000.000
Petróleo	Incluido	617.000.000	Incluido
Minería y metalur- gia	en	723.000.000	en
Agricultura	varios	817.000.000	varios

De manera que al finalizar el primer cuarto del siglo presente, las principales sumas de capital extranjero invertido en el país se hallaban radicadas en ferrocarriles y empréstitos. El resto se distribuía entre otras empresas de servicios públicos, compañías de tierras, bancos y compañías de seguros y, sólo en mínima medida, en industrias, salvo las de carácter extractivo típico, como ser frigoríficos, extracción minera del petróleo, cemento, etc. Pero en los últimos diez años en los cuales tiene lugar una modificación tan radical de las condiciones habituales políticas, sociales y económicas del mundo se asiste también a un cambio de rumbo en las corrientes de inversiones extranjeras.

¿Qué factores primordiales caracterizaron aquel momento? Cupo el papel principal al trastrueque simultáneo de la situación de los países europeos y americanos de mayor peso, cumplido según dos direcciones divergentes. Los profundos sacudimientos sociales y políticos, sobrevenidos en el continente europeo después de la guerra del 14, hicieron que los capitales no se sintieran muy seguros, en medio de una sociedad convulsionada, que no ofrecía garantías suficientes para su desarrollo tranquilo a cubierto de sorpresas desagradables, como la de verse privado de todos sus bienes o restringidos en la facultad de gozarlos. Pero había algo más, y de una importancia intrínseca para el asunto que estamos tra-

tando. A resultas de una intensa corriente inmigratoria, acompañada por el crecimiento vegetativo propio, los países de América Latina vieron acrecentar en gran medida su población consumidora. Así, por ejemplo, la Argentina, que en 1914 alcanzaba 7,5 millones de habitantes llega en la actualidad a 12,5 millones. Al mismo tiempo la capacidad de compra del país en su conjunto, sin distinguir por categorías de consumidores, denotaba un aumento constante, como surgiría del cotejo de los valores de la exportación argentina, que de un promedio de 940 millones \$ m|n. en el quinquenio 1910-14 pasa a 2.100 entre 1925-29, o sea un aumento superior al doble.

Respecto a la mano de obra experimentada, necesaria para implantar industrias nuevas, se había progresado considerablemente. La antigua situación de relativa desventaja para los fabricantes nacionales, debido al superior costo de la mano de obra argentina con respecto a la europea unida a la ausencia de obreros calificados en muchas ramas industriales, había pasado desde hacía años. Los salarios que se pagaban aquí a los obreros, en particular después de la época de la última crisis, eran inferiores a los correspondientes en Europa y EE. UU., conservando casi el mismo grado de pericia y rendimiento. El economista estadounidense J. Phelps calcula que el grado de esa inferioridad no pasa de un 10-15 %, eso cuando no existe igualdad completa. La llegada de obreros extranjeros calificados, la difusión de la enseñanza industrial de carácter oficial y privada, la existencia de talleres especializados en diversas labores complementarias indispensables para el buen desempeño de la producción fabril, todos estos factores crearon el clima técnico adecuado para que pudieran instalarse industrias de tipo hasta entonces desconocido en la Argentina.

Pasando de los factores de orden técnico a los puramente comerciales, hallaremos otros argumentos en favor de la misma tendencia. Las elevadas barreras aduaneras gravaban el artículo importado en forma tal que hacía casi imposible su competencia con los similares fabricados en el país, a pesar de la técnica deficiente y de la insuficiencia de capitales. Las dificultades opuestas por los gobiernos para conseguir cambio monetario con que pagar las compras de artículos manufacturados hechas en el exterior, la des-

valorización de la moneda (que obligaba a desembolsar sumas más crecidas que antes en billetes nacionales, por igual cantidad de mercaderías), la conveniencia de acompañar al público consumidor en las modificaciones que sufrieran sus gustos, ofreciéndole el artículo que fuera de su agrado (difícil de cumplir con la fábrica situada allende los océanos), todos estos factores presionaron, en mayor o menor medida, para determinar una verdadera migración de industrias europeas y estadounidenses a territorios extraños. La República Argentina no ha hecho excepción a esta modalidad nueva del capital internacional, y en consecuencia podemos constatar como en su suelo se elevan empresas fabriles, que constituyen filiales, ramas de poderosas compañías extranjeras.

El arraigo de industrias en países económicamente más débiles, constituye hoy el eslabón principal de la inversión de capitales, porque esa esfera rinde máximo provecho a sus poseedores y permite dominar el mercado nacional de una manera más completa y efectiva. El traslado orgánico de una industria es un hecho nuevo en la historia si descontamos las ocasiones en que trusts internacionales resolvieron hacerlo, siempre dentro de los marcos de naciones fuertemente industrializadas. Antes se daba también el caso, — aunque poco frecuente porque eso era atentar contra los intereses de fábricas extranjeras, — que capitales venidos de afuera se dedicaran a financiar ciertas actividades industriales en otros países. Pero eran Capitales con mayúscula, capitales en abstracto, capitales libres que sólo piden conocer el monto del interés que se va a percibir para justificar su preferencia por tal o cual empresa. El cuadro actual ofrece otro cariz: poderosas compañías de renombre mundial remiten parte de sus maquinarias y de sus técnicos, con el objeto de edificar fábricas a modo y semejanza de las originarias, dedicadas a la elaboración de los mismos productos, sin perder su vinculación orgánica con el tronco del que han brotado.

Es simplemente otro aspecto del movimiento general de difusión de los grandes trusts industriales, que, desbordando los límites de sus propios países, cubren el mundo entero, en todas direcciones.

Cronológicamente las primeras en migrar fueron las industrias de tipo extractivo como los frigoríficos, compañías mineras y fábricas de cemento, que se han establecido en Sud América to-

davía antes del año 1925. Su radicación se explica fácilmente por la existencia de la materia prima necesaria en estos países.

Los subproductos de la agricultura y de la ganadería, y en menor medida los minerales, permitieron, por su parte, el establecimiento de fábricas dedicadas a su elaboración, como en el caso del negro animal, jabón, alcohol, glicerina, etc.

Pero más tarde, y desvinculados ya entonces del problema de la existencia de materia prima en el lugar, les tocó el turno a las industrias de montaje. Numerosos artículos, como automóviles o ascensores, constan de una gran cantidad de piezas distintas, que sin inconveniente de orden técnico pueden traerse a granel a otros países, donde se realiza su ensamblaje hasta constituir el producto terminado. Aquí el proceso manufacturero, se escinde en dos etapas, separadas entre sí por un lapso de dos meses y una distancia de miles de kilómetros, pero cuyo carácter es idéntico al que se tiene en las fábricas de las que procede. El crecido derecho aduanero que grava el artículo terminado, un automotor por ejemplo, el costo del flete en estas condiciones y el hecho de que, para este tipo de productos el factor mano de obra representa un ítem de mucha importancia (el 25 % y a veces más del costo completo) hace factible la instalación de tales industrias. Dentro de ellas caben muchas subcategorías, según que se dediquen exclusivamente a armar piezas, todas importadas del extranjero, o que parte de las mismas, o el total, se produzca en plaza. La elaboración de aparatos de radio, que ha comenzado por el primero de los aspectos mencionados, va llegando, ahora, rápidamente a abarcar el tercero, ya que las principales compañías fabrican la totalidad de sus piezas en la República Argentina, importando sólo la materia prima que el país no produce.

La rama radicada en el exterior puede, a veces, limitarse a introducir mercaderías a granel, para fraccionarlas y envasarlas en el lugar, acompañando esta labor simple por la manufactura de algunos artículos, de acuerdo a fórmulas originales. Tal es el caso de numerosas empresas de productos farmacéuticos y médicos. Otras industrias, como la de pinturas y lámparas eléctricas, introducen de sus países de origen ciertas sustancias que combinan con otras de fabricación nacional para componer el producto terminado. Una variedad de esta clase de industrias está constituida por aquéllas que

a pesar de importar toda o casi toda la materia prima, realizan en el país un importante proceso químico de elaboración. A esta categoría pertenecen las fábricas de seda artificial (que importan la celulosa y parte de los ingredientes químicos necesarios) y las de neumáticos que introducen el caucho en bruto. Respecto a estas últimas es interesante observar que, jerárquicamente, no existe diferencia alguna (si no es por las dimensiones y el perfeccionamiento del aparato productor) entre estas fábricas y las instaladas en EE. UU. o en Europa puesto que tanto las unas, como las otras se valen de materia prima importada.

Extraemos de la obra ya mentada de Phelps, el cuadro siguiente que ofrece un ejemplo de la distribución de capitales estadounidenses en las diversas ramas industriales de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, en el año 1936, expresada en dólares. El capital total alcanza la suma de cerca de 250 millones de dólares, siendo cerca de 50.000 el personal ocupado por las fábricas respectivas.

Automóviles y neumáticos	27.000.000
Frigoríficos	95.000.000
Petróleo	55.000.000
Construcción	22.000.000
Radio	2.000.000
Alimentación	3.000.000
Farmacia	2.000.000
Varios	30.000.000

Analizando los balances de pagos de la Argentina se nota también ese fenómeno de la afluencia de dinero a sectores industriales de inversión. Hasta 1930 de las dos ramas que componen las corrientes de capitales: empréstitos públicos e inversiones privadas, la primera pesa decididamente sobre la segunda. De 1926 a 1930 inclusive, representa unos 700 millones de \$ m/n. contra 630 millones, correspondiendo la parte principal de estos últimos a la emisión de obligaciones ferroviarias. Ya el año 1930 se inicia un retiro de capitales, que continúa hasta 1932, alcanzando un total de 170 millones. A partir de 1930 se corta la afluencia de capitales en empréstitos, que se reanuda en 1938, para ceder su lugar a un arribo de capitales privados, sin duda industriales, con ritmo cre-

ciente. De 1931 a 1937 alcanzan éstos la suma de unos 800 millones.

En lo que sigue hemos tabulado los principales establecimientos extranjeros, que ha establecido sus filiales en el país. Para ello nos hemos valido de una publicación de A. E. Bunge en la Revista de Economía Argentina, muy ampliada con nuestras informaciones particulares. No pretendemos que sea completa pero permite, por lo menos, apreciar panorámicamente la importancia que ha adquirido en los últimos años esta nueva forma de inversión de capitales extranjeros en la Argentina. Se ha computado un centenar de industrias, de las que la mitad de origen estadounidense y la abrumadora mayoría de reciente instalación.

Acompañando a la industria argentina en su árduo ascenso por la cuesta del progreso, hemos llegado a las puertas de la gran crisis de 1930. Detengámonos un momento para descansar de tan pesado viaje, mientras las oscuras nubes, preñadas de desastres económicos, ciñen el horizonte.

Principales industrias extranjeras instaladas en la Argentina.

RAMO Y EMPRESA	AÑO INSTALACION	PAIS DE PROCEDENCIA
Sustancias alimenticias.		
Frigorífico Swift Co.	1907	EE. UU
Frigorífico Wilson Co.	1914	„
Frigorífico Armour Co.	1911	„
Argentine Estates of Bovril Ltd.	1909	Inglaterra
Liebig's Extract Meat Co.	1895	„
The Smithfield and Argentine Meat Co.	1903	„
Vermouth Cinzano y Cía.	1922	Italia
Ginebra Bols	1933	Holanda
Nestlé	1930	Suiza
Toddy	1930	EE. UU.
Cross and Blackwell	1930	Inglaterra

Industrias químicas

A.—Perfumería y tocador.

Florfrance	1935	Francia
Coty	1934	"
Bourjois	1930	"
Atkinson	1927	EE. UU.
Elizabeth Arden	1935	"
Enoch Morgan's Sons Inc.	1932	"
Colgate, Palmolive, Peet, Co. (Incluye Cía. de Jabón Conen)	1927	"
Daggett y Ramsdell	1930	"
Guerlain	1930	Francia
Perfumería Gal	1928	España
Lever Hnos.	1933	Inglaterra

B.—Productos químicos y farmacéuticos.

Millet y Roux	1935	Francia
De Wiet y Co.	1929	Inglaterra
Carlo Erba	1934	Italia
Fleischman Argentina Inc.	1934	EE. UU.
Química Merck	1930	Alemania
Química Shering Kahlbaum	1926	"
Química Bayer	1928	"
Eno's Fruit Salt	1932	Canadá
Johnson and Johnson	1931	EE. UU.
Lambert Pharmacal Co.	1932	"
Parke Davis Co.	1926	"
Scott and Bowne Inc.	1934	"
William Chemical and Medical	1925	"

En este rubro podemos incluir también compañías que agrupan varias otras entidades como sería el caso de:

Del Valle Ltda., fabrica para: J. B. Williams Co., Kolynos Co., Lehn and Frink Co., Lily Tulip Cup Co., R. L. Watkins Co., L. D. Vaulk Home Products Co., A. S. Hinds Co., Cía. Argentina Sidney Ross fabrica para: Sydney Ross Co., Lambert Pharmacal Co., Williams Medical Co., Mc Coy Laboratories.

C—Neumáticos (y artículos de goma).

Pirelli	1930	Italia
Good Year	1930	EE. UU.
Firestone	1931	"
Michelin	1934	Francia
Dunlop	1935	Inglaterra

D.—Pinturas y barnices.

Pingston Johnston	1931	Inglaterra
Goodlass, Wall y Cía.	1931	"
Dupont Nemours	1932	EE. UU.

E.—Varios.

Duperial de ácido tartárico	1935	E. U. - Ingl.
Glue Manufacturing Co. (Química industrial)	1932	EE. UU.
Corn Products Refining Co.	1933	"
Cies. Extractes Tintoriet Tanant de Le Havre	1928	Francia
Progil de ácido sulfúrico (en instalación)	1938	"

Industrias de los metales.

National Lead Co.	1935	EE. UU.
St. Joseph Lead	1933	"
Cía. Partridge Jones and John Laton (chapa galvanizada)	1927	Inglaterra
United Shoe Machinery	1903	EE. UU.
Durasmalt	1933	Alemania
Thyssen		"
ARMCO (American Rolling Mill Co.)	1933	EE. UU.
Cía. Cierre Relámpago	1931	"
Cía. Frigidaire	1934	"
General Motors Co.	1925	"
Ford Motors Co.	1922	"
Aircraft Pen Co.	1935	"
Otis Elevator Co.	1927	"

Industrias textiles.

Jantzen Co. S. A.	1934	EE. UU.
Sudamtex	1935	"
Anderson, Clayton and Cie.	1936	"
Godde, Badin, Mondin	1930	Francia
Linen Thread Co. (Cia de Hilo de Lino)	1938	Inglaterra
Seda artificial Rhodiaseta	1933	Francia
Seda artificial Duperial	1936	EE. UU.
Linificio y Cenificio Nazionale	1937	Italia

Industrias eléctricas.

Lámparas Phillips	1934	Holanda
Lámparas Osram	1934	Alemania
National Carbon Co. (Baterías Eveready)	1936	EE. UU.
Marelli S. A.	1932	Italia
Brown Boveri Cia.	1926	Suiza
Siemens Schuckert A. E. G.		Alemania
General Electric	1936	EE. UU.
Brunschwig Radio of Argentina	1929	"
R. C. A. Victor	1931	"
The Argentine Talking Machine	1925	Holanda
International Telephone and Telegraph Co.	1930	EE. UU.
American and Foreign Power Co.		"
Accumulatoren Fabrik Aktienges. (Acumuladores Varta)	1909	Alemania

Industrias varias.

International Cement Co.	1917	EE. UU.
Standard Oil Co.	1917	"
The Turkisch Tobacco Co.	1930	"
Fábrica Sudamericana de Aceites	1919	Holanda
International Products Corpor. (extracto quebracho)	1928	EE. UU.
Nebiolo (artes gráficas)	1920	Italia

YODATOMETRIA

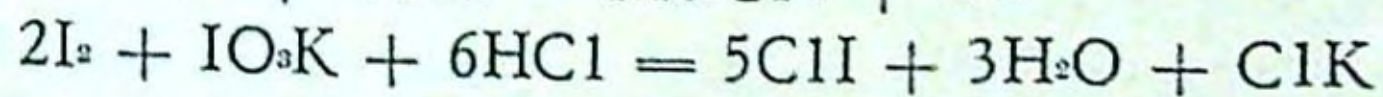
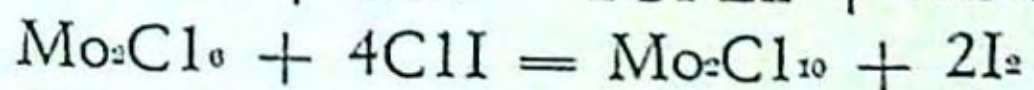
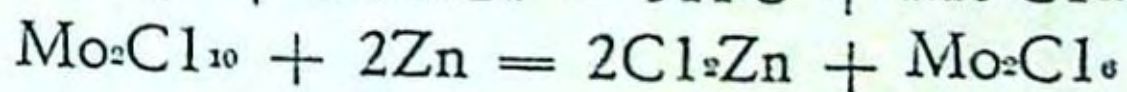
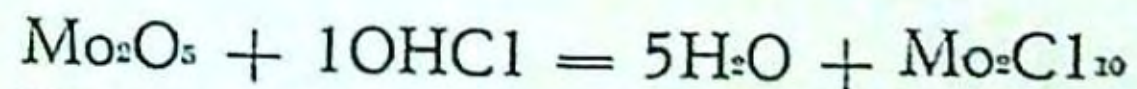
METODO LANCELOT W. ANDREWS.

Por MAX AWSCHALOM

Segunda parte del Curso dictado en el Colegio, en Setiembre de 1938.

VALORACION DEL MOLIBDENO (27)

El pentóxido de molibdeno, (Mo_2O_5) disuelto en HCl es reducido por la amalgama de zinc, en el reductor Jones, al estado de Mo_2O_3 ; luego reoxidado mediante el cloruro de yodo al estado de Mo_2O_5 y, finalmente, se valora el yodo puesto en libertad con el IO_3K , de acuerdo con las siguientes ecuaciones:



Estas ecuaciones nos indican que una molécula de IO_3K (214,02 g.) oxida a 2 moléculas de yodo, provenientes de la oxidación de una molécula de trióxido de molibdeno, o también, que una molécula de IO_3K oxida a una molécula de Mo_2O_3 o a dos átomos de molibdeno ($2 \times 96 = 192$ g. de Mo).

La transformación del molibdeno trivalente a molibdeno pentavalente es rápida y el punto final de la reacción es sumamente sensible y nítidamente observable.

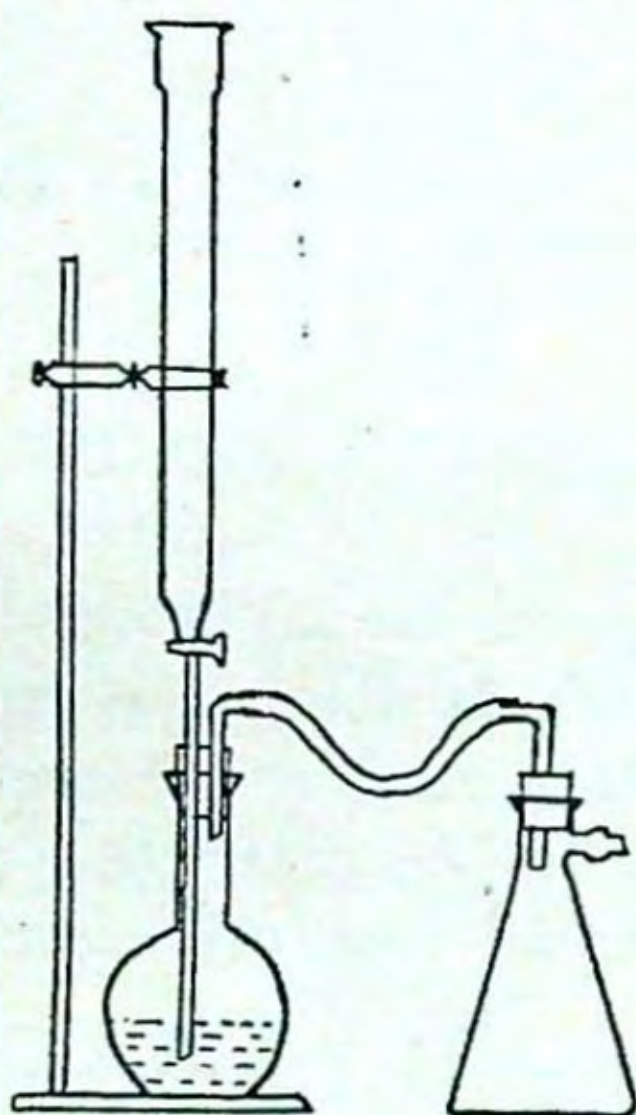
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(27) Jamieson G. S.; On the Determination of Molybdenum by Potassium Iodate, Jour. Am. Chem. Soc. 246,39,1917.

Reactivos:

- 1) Sol. de IO_3K contiene 3,567 g. de IO_3K por litro; 1 cm^3 . = 0,0032 g. de Mo.
- 2) ClI , disuelto en HCl (ver su preparación en la pág. 606, V. XIII).
- 3) HCl $d = 1,19$.
- 4) Amalgama de Zinc. Su preparación:

Se prepara de acuerdo al método Blair (28). Se disuelven 5 g. de mercurio en HNO_3 (1:1) y la solución obtenida se diluye



Esquema del reductor Jones

con H_2O hasta 250 cm^3 . Este líquido se vierte luego en un matraz de 1.000 cm^3 . y se le añaden 500 g. de polvo de zinc, cuyos granos pasen a través de un tamiz de malla 20, pero que no atraviesen el de malla 30. La mezcla se sacude vigorosamente uno o dos minutos. Se decanta con cuidado el líquido que sobrenada y se lava la amalgama de zinc con agua destilada varias veces mediante decantaciones sucesivas. Se seca la amalgama y se la guarda en frascos provistos de tapón esmerilado.

NOTA: La amalgama de zinc reduce en frío las sales férricas, molíbdicas, vanádicas y titánicas, en soluciones de SO_4H_2 .

(28) Blair A. A. The Chemical Analysis of Iron, 1918, pg. 88 y 92, Lipincott Co.; Thorton W. M.: Titanium, 1927, p. 142.

HCl diluídas, como el zinc ordinario, pero sin desprender hidrógeno.

El Redutor Jones — Su preparación (29)

El aparato Jones consta esencialmente de un tubo de vidrio de 43 cm³. de largo por 1,8 cm. de diámetro interior, provisto de una llave que permite controlar la marcha de la reducción. En la parte inferior del tubo se coloca un disco de platino agujereado o un alambre de platino arrollado en espiral plana o unas cuentas de vidrio, encima de lo cual se pone una capa de lana de vidrio de un espesor aproximado de 2 cm. y, encima, una capa de asbesto de 1 mm. de espesor. Esta capa filtrante ha de estar formada de tal modo que retenga toda la amalgama de zinc y que el líquido a reducirse no pase muy de prisa. Se llena el tubo con la amalgama hasta 5 cm. de la boca y se pone encima un poco de lana de vidrio.

El extremo inferior del tubo ha de penetrar en el líquido (ClI + HCl) hasta un cm. del fondo del matraz.

Reducción y determinación del Molibdeno

Antes de proceder a la reducción, en un matraz de 50 cm³. provisto de cierre a esmeril se introducen: 5 cm³. de ClI, 25 cm³. de HCl, 5 cm³. de H₂O y 7 cm³. de cloroformo y enseguida se lo coloca en una vasija honda, llena de agua helada. Esto se hace con el objeto de enfriar la mezcla, para que ella, a su vez, refrigere el Mo₂Cl₆ que irá penetrando del reductor.

Para lavar el reductor, se hace pasar a través del mismo 10 cm³. de HCl al 5 %, caliente y luego 100 cm³. de agua caliente, y el líquido es recogido en otro frasco. Al quedar lavado, se lo coloca en el matraz enfriado, como ya se indicó.

Se toma un volumen determinado de la solución molibdica a valorarse; se la acidifica con 20 cm³. de HCl (1 : 1), se calienta todo a 50°C. y se lo hace pasar a través del reductor en forma lenta con ayuda de vacío, empleando aspiración suave. Durante la penetración de la solución de molibdeno reducida, debe agitarse el matraz

(29) Lundell G. E. F. y Knowles H. B., Jour. Amer. Chem. Soc. 45, 2620, 1923; Ind. Eng. Chem. 16, 723, 1924.

con frecuencia, a fin de que el líquido penetrante se enfríe, evitando así probables pérdidas de yodo.

Finalizado el pasaje de la solución de molibdeno, se enjuaga el frasco que contenía la solución de $\text{Mo}_2\text{Cl}_{10}$ varias veces con HCl (1 : 2). Estos líquidos de enjuague se vierten en el reductor y se completa el lavaje al dejar escurrir por el mismo otros 50 cm^3 de HCl (1:2).

Al terminar la operación, se aparta el reductor del matraz y se procede a la valoración mediante la solución de IO_3K , la cual se añade con rapidez al principio y agitando, hasta que comience a aclarar el color pardo de la solución; se tapona, entonces, el matraz y se lo agita fuertemente; se sigue agregando IO_3K , gota a gota, y agitando, hasta conseguir la decoloración completa y persistente del cloroformo.

Observaciones:

Si en el transcurso de la valoración con el IO_3K la solución se calentase se la debe enfriar colocando el matraz bajo un chorro de agua fría.

Al terminar la valoración, el matraz debe ser colocado en agua fría durante 5 minutos; si en el transcurso de éste tiempo no volviera a reaparecer la coloración violácea en el cloroformo, la determinación puede considerarse finalizada.

La coloración de una solución molibdica varía con la cantidad presente de Mo_2O_6 : es incolora casi, si la cantidad es muy reducida y varía de rosado a rojo, si la dosis aumenta.

La posible formación de agua oxigenada en el reductor, debida al zinc amalgamado, no influiría en el resultado de la valoración, por cuanto el H_2O_2 no reacciona con el ClI ni con el IO_3K ; en cambio no sucedería lo mismo en el caso de utilizarse la permanganometría.

Las determinaciones en blanco se hacen con los mismos reactivos y en iguales condiciones que las valoraciones definitivas, con el fin de determinar la corrección que es necesario hacer, debida a las impurezas del zinc, principalmente de hierro y de azufre, al efectuar los cálculos correspondientes.

Es importante tener presente que el punto final de una valo-

ración se presenta en forma nítida y bien observable si las soluciones se hallan frías y mantenidas a la sombra durante la operación, sobre todo si existe una cantidad importante de molibdeno en la solución.

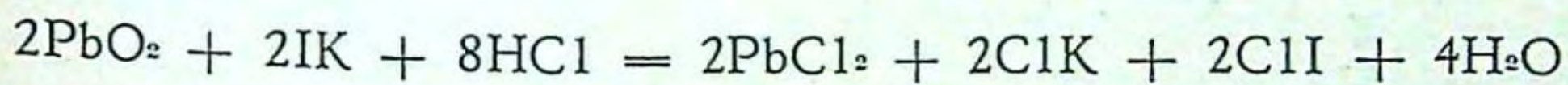
Llamamos la atención que tanto durante la valoración, como al final de la misma, debe haber en el medio de 12 a 15 % de HCl libre, para evitar la hidrólisis del ClI.

Los resultados de los diversos ensayos, expuestos en el cuadro adjunto, muestran que el molibdeno puede ser valorado con mucha exactitud mediante el IO_3K .

Solución molibdica en cm^3 .	Solución de IO_3K usado en cm^3 .	Molibdeno hallado en g. met. IO_3K	Molibdeno tomado g.	Error g.
42,0	13,40	0.0428	0.0428	0.0000
41,9	13,25	0.0424	0.0427	—0.0003
29,9	9,55	0.0306	0.0305	+0.0001
20,5	6,35	0.0203	0.0204	—0.0001
32,5	10,30	0.0330	0.0332	—0.0002
46,0	14,70	0.0470	0.0469	+0.0001
34,9	11,00	0,0352	0,0356	—0.0004

VALORACION DEL PEROXIDO DE PLOMO

La valoración del peróxido de plomo, por medio del método yodatométrico, se efectúa en forma indirecta. El peróxido de plomo (PbO_2), en medio ácido, reacciona con el IK, según la siguiente ecuación:



Esta reacción indica que una molécula de PbO_2 (239,2 g.) oxida a una molécula de IK (166,02 g.).

Si se coloca en presencia de PbO_2 una cantidad de IK mayor que la requerida, se puede valorar el exceso de KI mediante la solución de IO_3K y del modo usual. La ecuación se presenta del modo siguiente:



Este es el procedimiento propuesto por Dean (30), para la valoración de las sustancias oxidantes.

Reactivos:

- 1) Solución de IK. contiene 5,534 g. de KI por litro:
 $1 \text{ cm}^3 \text{.. KI} = 0,003567$ de $\text{IO}_3\text{K} = 0,007965$ de PbO_2
 $= a$ 1 cm^3 de IO_3K , sol. 4).
- 2) HCl $d = 1,19$.
- 3) Cloroformo o tetracloruro de carbono.
- 4) Solución de IO_3K , contiene 3,567 g. de IO_3K por litro:
 $1 \text{ cm}^3 = 1 \text{ cm}^3$ de IK sol. 1) $= 0,005534$ de KI.

Modo operatorio:

En un matraz de 250 cm^3 . y provisto de tapón a esmeril, se introducen de 0,25 g. a 0,4 g. de PbO_2 , 20 cm^3 . de la solución de IK, exactamente medidos, 30 cm^3 . de HCl , 10 cm^3 . de agua y 6 cm^3 . de cloroformo; se agita todo muy fuerte. Enseguida se agrega la solución de IO_3K , rápidamente al principio, hasta que el color pardo de la solución comience a aclarar; se tapona el matraz y se agita fuertemente. Desde este momento, se agrega la solución IO_3K , gota a gota, agitando después de cada adición, hasta la desaparición del color violeta del cloroformo.

Si a es el número de cm^3 . de IK colocados en el matraz, y b el número de cm^3 . de sol. de IK que quedó en la solución sin oxidarse y que fué determinada mediante el IO_3K , tenemos que $a - b$ es el número de cm^3 . de la sol. de IK que fué oxidado por el peróxido de plomo.

Ensayos comparativos que se efectuaron con muestras de PbO_2 mediante los métodos de Bunsen y el yodatométrico dieron los siguientes resultados:

Método yodatométrico: 31,95; 32,00; 5,10; 10,50 % de plomo
 Método de Bunsen: 32,09; 32,05; 5,22; 10,56 % de plomo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(30) Dean S. R., The Determination of Peroxide in Lead Oxide, Chem. News 2, 111, 1915; Jamieson G. S., Volumetric Iodate methods, 1926.

Estas cifras muestran que el método yodatométrico puede considerarse exacto. Además, las sustancias orgánicas no influyen en los resultados. Como ya se hizo notar, en todo momento, hasta el final de la valoración, no debe haber menos de un 15 % de HCl libre en el medio, a fin de evitar la hidrólisis del CII.

VALORACION DE PEROXIDOS, CROMATOS, PERMANGANATOS, CLORATOS, ETC. (31)

El método Dean, expuesto al estudiar la valoración del peróxido de plomo, se aplica con excelentes resultados a la valoración de peróxidos, dicromatos, permanganatos, cloratos, etc., de acuerdo con las siguientes ecuaciones:

- 1) $BaO_2 + IK + 4HCl = Cl_2Ba + ClK + CII + 2H_2O$
- 2) $Cr_2O_7K_2 + 3IK + 14HCl = 2Cl_3Cr + 5ClK + 3CII + 7H_2O$
- 3) $2CrO_3 + 3IK + 12HCl = 2CrCl_3 + 3ClK + 3CII + 6H_2O$
- 4) $MnO_2 + IK + 4HCl = Cl_2Mn + ClK + CII + 2H_2O$
- 5) $2MnO_4K + 5IK + 16HCl = 2Cl_2Mn + 7ClK + 5CII + 8H_2O$
- 6) $ClO_3K + 3IK + 6HCl = 4ClK + 3CII + 3H_2O$

Reactivos:

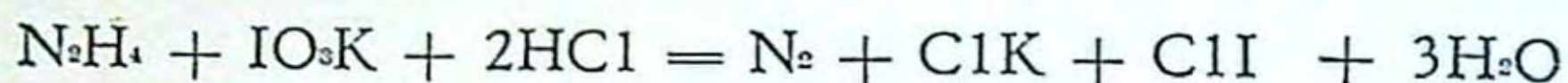
Los mismos que se indicaron al tratar de la valoración del peróxido de plomo (ver pág. 5).

Modo operatorio:

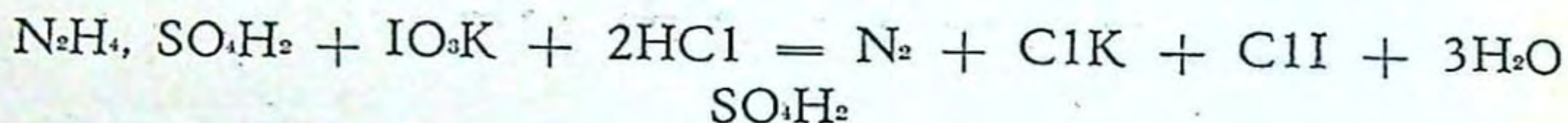
El mismo que se expuso en el estudio sobre el peróxido de plomo.

VALORACION DE LA HIDRACINA (32)

La reacción que se produce entre la hidrazina y el IO_3K , en medio ácido, representada por la ecuación que sigue, nos da el procedimiento para su determinación:



o también:



Luego una molécula de IO_3K (214,02 g.) oxida a 32,048 g. de N_2H_4 o a 130,134 g. de $\text{N}_2\text{H}_4, \text{SO}_4\text{H}_2$.

Reactivos:

- 1) Solución de IO_3K , contiene 3,567 g. de IO_3K por litro, 1 cm³. = 0,000534 N_2H_4 o = 0,002169 $\text{N}_2\text{H}_4, \text{SO}_4\text{H}_2$.
- 2) HCl ($d = 1,19$).
- 3) Cloroformo o tetracloruro de carbono.

Modo operatorio:

En un matraz de 250 cm³. se colocan 0,1 g. a 0,3 g. de sulfato de hidracina y se añaden 30 cm³. de HCl , 20 cm³. de agua y 6 cm³. de cloroformo, y se agita. Se adiciona la solución de IO_3K , poco a poco y agitando hasta conseguir la desaparición del color violado del cloroformo.

La precisión del método queda demostrada por los resultados expuestos en el cuadro reproducido:

$\text{N}_2\text{H}_4, \text{SO}_4\text{H}_2$, tomada en g.	IO_3K , usado cm ³ .	$\text{N}_2\text{H}_4, \text{SO}_4\text{H}_2$, encontrada g. Met. yodatomet.
0,0487	22,50	0,0488
0,0434	19,90	0,0432
0,0589	27,30	0,0592
0,0986	45,65	0,0990
0,1060	49,00	0,1063

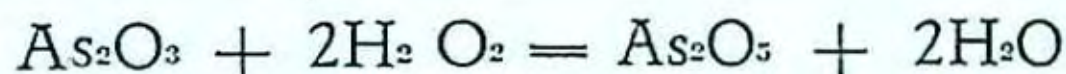
(32) Jamieson G. S., A Volumetric Method for the Determination of Hydrazine, Am. Jour. Science 352, 33, 1912.

Observación:

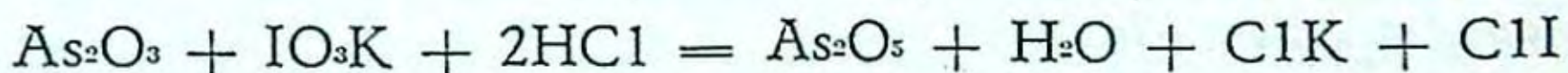
La fenilhidracina (33) no puede ser valorada con el IO_3K por cuanto forma productos de descomposición que colorean el cloroformo, dificultando la observación del punto final de la reacción; los sulfatos dobles de hidracina tales como SO_4Zn , N_2H_4 , etc. reaccionan muy bien (34).

VALORACION DEL AGUA OXIGENADA (35)

El agua oxigenada en medio alcalino oxida a una molécula de anhídrido arsenioso, (As_2O_3) transformándola en anhídrido arsénico (As_2O_5), según la siguiente ecuación:



Si a un determinado volumen de agua oxigenada se lo coloca en presencia de un exceso de anhídrido arsenioso, parte del mismo será oxidado a As_2O_5 por el H_2O_2 (en medio alcalino) y el resto podrá ser determinado (en medio ácido) mediante el IO_3K , en concordancia con la siguiente ecuación:



Reactivos:

- 1) Solución de As_2O_3 , 0,1 N; Su preparación: se disuelven 4,948 g. de As_2O_3 puro en 50 cm^3 . de agua, a la cual se añade 4 g. de $\text{Na}(\text{OH})$. Cuando el As_2O_3 llega a disolverse, se añaden 200 cm^3 . de bicarbonato de sodio, solución saturada y se completa luego con H_2O hasta un litro. 1 cm^3 . de As_2O_3 0,1 N corresponde a 0,001701 de H_2O_2 .

(33) Bray and Cuy, The Oxidation of Hydrazine: I The Volumetric Analysis of Hydrazine by the Iodic Acid, Bromine and Hypochlorous Acid Methods, Jour. Amer. Chem. Soc., 858, 46, 1924.

(34) Kothoff I. M. The Volumetric Analysis of Hydrazine by the Iodine, Bromate, Iodate and Permanganate Methods, Jour. Am. Chem. Soc., 2009, 46, 1924.

(35) Jamieson G. S. New Method for the Determination of Hydrogen Peroxide, Amer. Journal of Science, 150, 44, 1917; Jamieson G. S., Volumetric Iodate Methods, 1926.

- 2) Solución Na(OH) al 10 %.
- 3) Solución de IO_3K , contiene 5,3505 g. de IO_3K por litro 1 cm^3 . corresponde a 1 cm^3 . de sol. As_2O_3 0,1N o sea $a = 0,004948$ de As_2O_3 .
- 4) HCl: $d = 1,19$.
- 5) Cloroformo o tetracloruro de carbono.

Modo operatorio:

En un matraz de 250 cm^3 . se introducen 20 cm^3 . de As_2O_3 0,1N; 10 cm^3 . de Na(OH) al 10 %, un cm^3 . de H_2O_2 y se agita para que se mezclen bien. Se deja reposar el líquido durante 2 minutos y se agregan luego, con cuidado, 40 cm^3 . de HCl, agitando constantemente y procurando de que no haya un fuerte desprendimiento de CO_2 , que podría ocasionar una pérdida sensible de la substancia a valorarse. A fin de conseguir el desprendimiento completo del CO_2 , se tapona el matraz y se agita fuertemente. Se agregan 5 ó 6 cm^3 . de cloroformo y se valora con la solución de IO_3K el As_2O_3 0,1N no oxidado por el agua oxigenada, como describimos en otras determinaciones.

Si a es el número de cm^3 . de solución 0,1 N de As_2O_3 puestos en el matraz al principio y b el número de cm^3 . de solución IO_3K usados y que representa el número de cm^3 . de As_2O_3 0,1N que no se oxidaron por el H_2O_2 , tendremos que $a - b$ es el número de cm^3 . de As_2O_3 0,1 N que oxidó el H_2O_2 .

Es importante recordar que el análisis del H_2O_2 debe hacerse inmediatamente de recibida la muestra en el laboratorio, pues el agua oxigenada se descompone con el transcurso del tiempo.

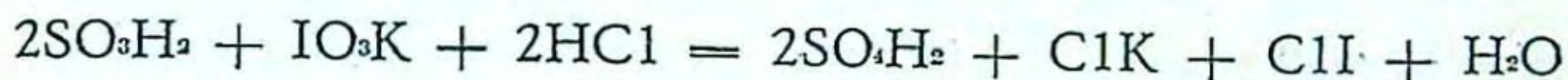
El procedimiento de valoración descrito, comparado con otros similares, da muy buenos resultados, por cuanto la solución de IO_3K , en medio ácido no oxida a las substancias orgánicas contenidas en el H_2O_2 , y usadas como estabilizadoras o preservadoras, como sucede en el caso de emplear la permanganometría.

La exactitud del método yodatométrico, en la valoración de H_2O_2 , puede apreciarse por el cuadro siguiente:

Sol. H ₂ O ₂ tomada en cm ³ .	Sol. As ₂ O ₃ tomada en cm ³ .	Sol. N/10 de IO ₃ K usado cm ³ .	Sol. As ₂ O ₃ oxidada por H ₂ O ₂ en cm ³ .	H ₂ O ₂ encon- trada, en g mét. IO ₃ K	Por met. Kingzett en grs.
15,0	34,9	5,02	31,55	0,0536	0,0539
20,0	46,0	6,00	42,00	0,0714	0,0710
22,0	49,9	5,90	46,00	0,0782	0,0781
22,0	49,9	5,90	46,00	0,0782	0,0781

VALORACION DEL ACIDO SULFUROSO (SO₃H₂) (36)

El ácido sulfuroso reacciona con el IO₃K, en medio ácido, de 15 a 20 % de HCl, según la siguiente ecuación:



una molécula de IO₃K (214,02 g.) oxida a dos moléculas de SO₃H₂ ó a dos moléculas de SO₂.

Reactivos:

- 1) Solución de IO₃K; contiene 3,567 g. de IO₃K por litro;
1 cm³ = 0,002136 de SO₂.
- 2) HCl d = 1,19.
- 3) Cloroformo o tetracloruro de carbono, como indicador.

Modo operatorio:

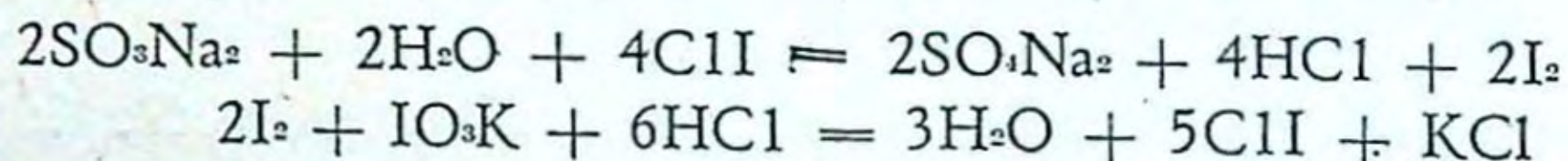
En un matraz de 250 cm³., provisto de tapón a esmeril, se ponen 10 cm³. de la solución de SO₃H₂ ó una cantidad de 0,3 g. a 0,5 g. de sulfito, pesados en un pesafiltro, y se añaden 20 cm³ de agua, 30 cm³. de HCl, 6 cm³. de cloroformo y se procede a la valoración con IO₃K, que se deja caer rápidamente al principio. Cuando el color pardo de la solución comienza a aclarar, se tapona el matraz y se agita fuertemente. Luego se va añadiendo, gota a gota y agitando hasta conseguir la desaparición del color violeta del cloroformo, lo que indica el final de la valoración. Los resultados obtenidos mediante el

(36) Jamieson G. S.: A New Volumetric Method for the determination of Sulphurous Acid. Jour of Scien. 166, 38, 1914.

método yodatométrico son excelentes como lo confirma W. S. Hendrixson. (37).

Observación: es importante que el HCl que se utilice esté a la temperatura de 18°C.

Si hubiera que valorar mayor cantidad de sulfito, se aconseja poner previamente en el matraz 15 cm³. de CII disuelto en HCl, 30 cm³. de HCl, 20 cm³ de agua y 6 cm³. de cloroformo y luego la cantidad pesada de SO₃Na₂. El CII reacciona enseguida con el sulfito evitando cualquier pérdida de SO₂, según la siguiente ecuación:



El yodo puesto en libertad, se valora de la manera usual. El cálculo se efectúa en base a que una molécula de IO₃K oxida a dos moléculas de yodo (2I₂) o a dos moléculas de SO₂. La preparación de la solución de CII en HCl se halla expuesta en la pág. 606, V. XIII.

Los cuadros abajo insertos muestran la exactitud del método yodatométrico, al ser aplicado en las valoraciones del ácido sulfuroso libre y del bisulfito sódico.

SO ₂ tomado g.	IO ₃ K usado cm ³ .	SO ₂ encontrado g. Met. yodatomet.
0,0224	10,53	0,0225
0,0290	13,70	0,0292
0,0290	13,72	0,0293
0,0315	14,85	0,0317
0,0317	14,95	0,0317
0,0628	29,70	0,0634

SO ₂ (del SO ₃ HNa) g.	IO ₃ K usado cm ³ .	SO ₂ encontrado g. Met. yodatomet.
0,0495	23,40	0,0499
0,0492	23,20	0,0495
0,0492	23,15	0,0494
0,0328	15,40	0,0329
0,0336	15,70	0,0335

(37) Hendrixson W. S. The Action of some Oxidizing Agents of Sulfite and its determination with Potassium Iodate. Jour. Amer. Chem. Soc., 319, 47, 1925.

El bisulfito de sodio tratado previamente con el CII, fué determinado con el IO_3K con los siguientes resultados:

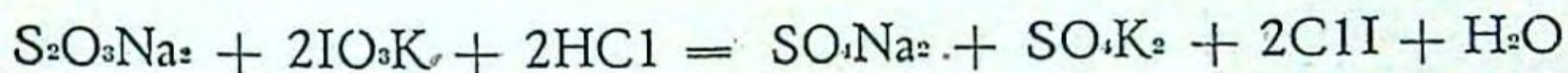
Cantidad pesada SO_3HNa g.	IO_3K usado g.	SO_2 encontrado % Met. yodatomet	Contenido de de SO_2 %
0,0972	26,35	57,88	58,01
0,1271	34,56	58,04	58,01
0,1392	37,85	58,05	58,01
0,1372	37,25	57,96	58,01

VALORACION DE ANHIDRIDO SULFUROSO (SO_2) EN MEZCLAS GASEOSAS (38)

Es muy fácil determinar la cantidad de SO_2 contenida en una mezcla gaseosa; es suficiente hacerla pasar a través de una solución de $\text{Na}(\text{OH})$ y luego valorar el SO_3HNa de la manera descripta; o también haciendo pasar la mezcla a través de una solución que contenga 10 cm^3 de CII, 30 cm^3 de HCl , 20 de agua y 6 cm^3 de cloroformo y determinar el yodo puesto en libertad.

VALORACION DEL TIOSULFATO DE SODIO ($\text{S}_2\text{O}_3\text{Na}_2, 5\text{H}_2\text{O}$)

La ecuación de la reacción, que se produce entre el tiosulfato de sodio y el IO_3K , en medio fuertemente acidificado, es la siguiente:



Reactivos:

- 1) Solución de IO_3K , contiene $7\text{g}134$ de IO_3K por litro.
 $1 \text{ cm}^3 = 0,004137$ de $\text{S}_2\text{O}_3\text{Na}_2, 5\text{H}_2\text{O}$
- 2) HCl . $d = 1,19$.

3) Cloroformo o tetracloruro de carbono. www.ahira.com.ar

(38) Haller P. T.: Determination of Sulphites and Sulphur Dioxide in Gaseous Mixtures, Jour. and Eng. Chem. 296, II, 1919.

Modo operatorio:

Es el expuesto al tratar del anhídrido sulfuroso.

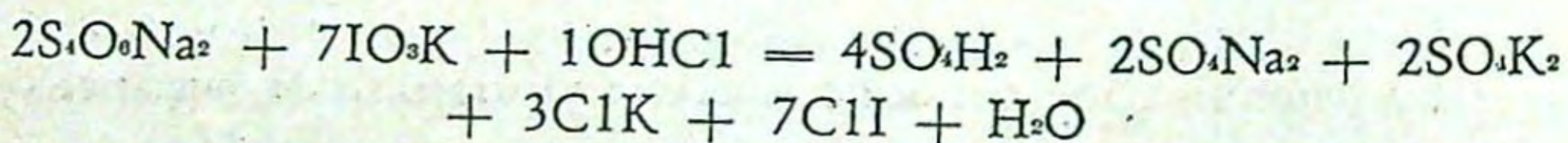
Es importante que la solución de $S_2O_3Na_2$ sea valorada tan pronto como se la ponga en contacto con el HCl, el cual debe ser enfriado a la temperatura de $18^\circ C$.

Los resultados obtenidos con este método son exactos. Al final de la valoración, la acidez libre del medio debe ser, del 12 a 15 %.

$S_2O_3Na_2, 5H_2O$ tomado en g.	IO_3K usado en cm^3 .	$S_2O_3Na_2, 5H_2O$ encontrado en g. Mét. Yodaton.
0,0847	16,00	0,0848
0,1008	19,00	0,1007
0,0613	11,60	0,0614
0,0413	7,80	0,0413
0,1554	29,35	0,1555
0,2051	38,70	0,2051
0,2430	45,95	0,2435
0,1923	36,30	0,1924

VALORACION DE LOS TETRATIONATOS (39)

Los tetratonatos reaccionan con IO_3K , en presencia de HCl de 15 a 20 %, en volumen, según la siguiente ecuación:



7 moléculas de IO_3K ($7 \times 214,02$ g.) oxidan a dos moléculas de $S_4O_6Na_2$ ($2 \times 270,28$ g.).

Reactivos:

- 1) Solución de IO_3K , contiene 7,134 g. de IO_3K por litro:
 $1 \text{ cm}^3 = 0,002574$ de $S_4O_6Na_2$.
- 2) HCl; $d = 1,19$.

3) Cloroformo o CCl_4 .

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(39) Jamieson G. S.: The Volumetric Determination of Polythionic Acids by Potassium Iodate. Ame. Jour., of Scie. 639, 39, 1915.

Modo operatorio:

Es idéntico al expuesto al tratar de la valoración del SO_2 . El tetratiónato de sodio puede ser valorado sin necesidad de enfriar el HCl a 18°C .

Observación: Se ha encontrado que los ditionatos ($\text{S}_2\text{O}_6\text{Na}_2$) reaccionan muy lentamente con el IO_3K en presencia de HCl ; de tal suerte que es fácil determinar la cantidad de tiosulfato ($\text{S}_2\text{O}_3\text{Na}_2$) en presencia de ditionatos ($\text{S}_2\text{O}_6\text{Na}_2$).

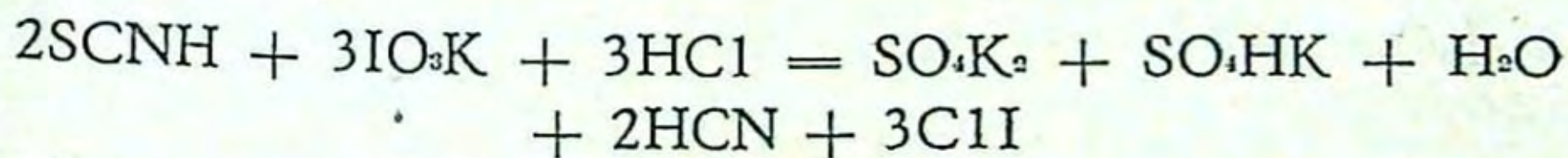
De la misma manera los tetratiónatos ($\text{S}_4\text{O}_6\text{Na}_2$) pueden ser valorados en presencia de los ditionatos ($\text{S}_2\text{O}_6\text{Na}_2$).

Cuadro de resultados obtenidos al valorar el tetratiónato sódico, mediante el IO_3K .

$\text{S}_4\text{O}_6\text{Na}_2$ pesado en g.	IO_3K usado en cm^3 .	$\text{S}_4\text{O}_6\text{Na}_2$ encontrado en g. Mét. yodatomet.
0,0640	19,35	0,0638
0,0766	23,20	0,0765
0,1373	41,70	0,1375
0,0872	26,43	0,0871
0,1065	32,30	0,1065
0,0880	26,80	0,0884

VALORACION DE LOS TIOCIANATOS (40)

La determinación del ácido tiociánico y tiocianatos puede efectuarse con toda precisión de acuerdo a la siguiente ecuación:



Reactivos:

1) Solución de IO_3K ; contiene 7,134 g. de IO_3K por litro; $1 \text{ cm}^3 = 0,001313$ de SCNH .

2) HCl $d = 1,19$.

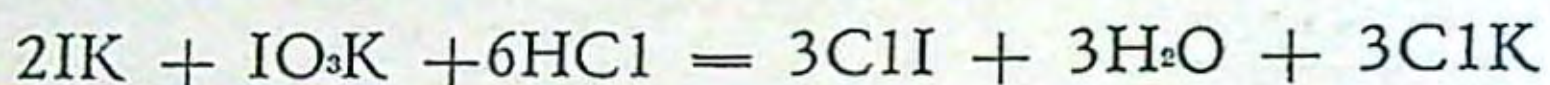
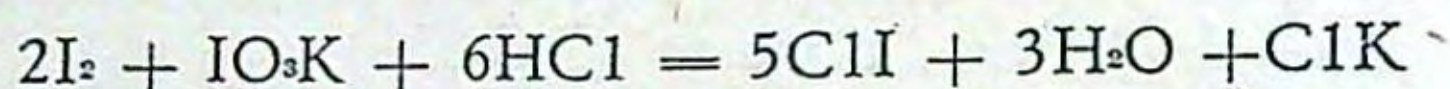
3) Cloroformo o tetracloruro de carbono.

Modo operatorio:

Es el ya descrito, al exponer la valoración del SO_2 .

VALORACION DEL YODO Y LOS YODUROS

Las reacciones que se producen entre el yodo y los yoduros y el yodato de potasio se hallan determinadas por las ecuaciones siguientes:



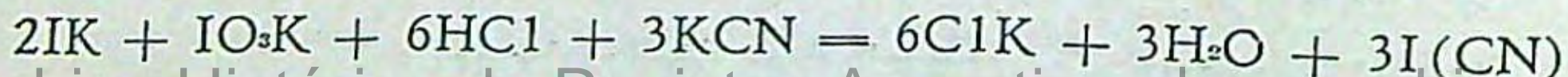
y fueron ya explicadas a través de estas notas.

Debemos hacer presente que el método yodatométrico no es apropiado para valorar el yodo, cuando se halla en presencia de un yoduro. Es de aconsejar en estos casos, valorar el yodo con el $\text{S}_2\text{O}_3\text{Na}_2$; con la yodatometría, determinar la suma del yodo y yoduro y por diferencia, se calculará el yoduro.

VALORACIONES DIRECTAS CON EL YODATO DE POTASIO EN MEDIO DEBILMENTE ACIDO, EN PRESENCIA DEL ACIDO CIANHIDRICO

METODO "YODO-CIANICO" DE LANG, R. (41)

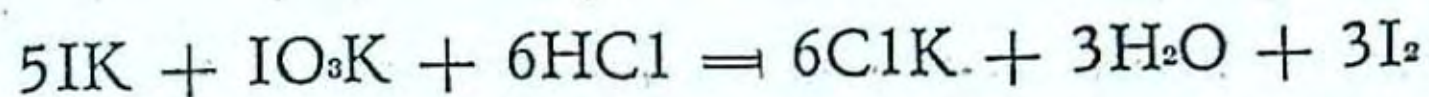
El método Andrews dió motivo a que Lang introdujera en él cierta modificación que lleva su nombre. Consiste ésta en valorar substancias oxidables con el IO_3K en medio débilmente ácido y en presencia del ácido cianhídrico. En la modificación de Lang, no se produce cloruro de yodo (CII) sino el cianuro de yodo (I (CN), incoloro, como lo indica la siguiente ecuación:



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

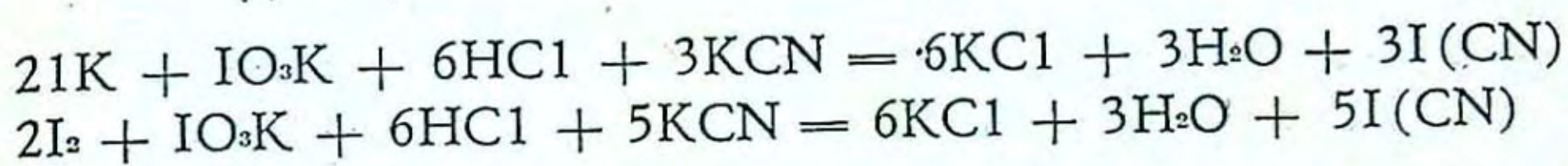
(41) Lang R., Zeitschrift f. allgem. anorganische Chemie, 122, 232, 1932; Id., 142, 229, 279, 1925; Id., 144, 75, 1925.

En ausencia del ácido cianhídrico y en presencia de la misma concentración ácida se habría producido yodo libre:



El estudio teórico del proceso de la reacción en el método Lang es largo y complicado; para conocerlo, consúltese los trabajos originales (42).

VALORACION DE YODUROS O DE YODO LIBRE



Reactivos:

- 1) Solución de IO_3K ; contiene 3,567 g. de IO_3K por litro $1 \text{ cm}^3 = 0.005534$ de KI o a $0,008461$ de I .
- 2) KCN , solución al 10 %.
- 3) HCl al 25 %.
- 4) Almidón o cloroformo, como indicador.

Modo operatorio:

En un matraz de 250 cm^3 . de capacidad y provisto de tapón a esmeril, se colocan 10 cm^3 . de solución de IK 0,1 molar, 20 cm^3 . de HCl al 25 %, 4 a 5 cm^3 . de KCN al 10 % y se valora con la solución de IO_3K . En la primera fase de la reacción el líquido adquiere color pardo, debido al yodo puesto en libertad. A medida que avanza la valoración, el yodo reacciona con el IO_3K y el color del líquido vira al amarillo claro. Se agrega entonces solución de almidón, la cual toma color azul, se agita bien el matraz y se sigue la valoración con el IO_3K hasta la desaparición del color azul. Esta decoloración es sumamente sensible y se produce cuando todo el yodo libre se ha transformado en cianuro de yodo $[\text{I}(\text{CN})]$.

(42) Lang R.: Zeitschrift allgem. anorg. Chemie.; 142, 242, 1925; Id., 142, 280, 1925.

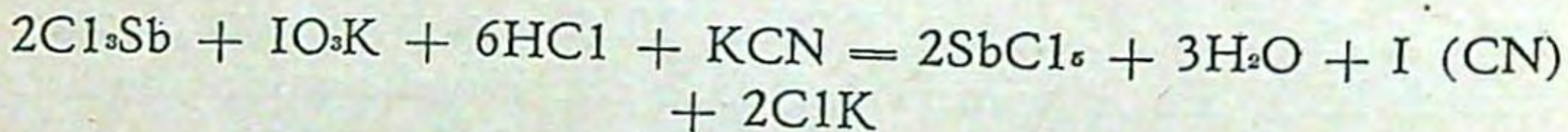
Observaciones:

El cambio del color azul a incoloro se produce con tanta mayor rapidez, cuanto mayor es la cantidad de CNK contenida en la solución.

Según Kolthoff (43), tratándose de la valoración de yodo, muy diluído, es sumamente difícil obtener una determinación exacta con el almidón como indicador. En tales condiciones sustituye el almidón por cloroformo o tetracloruro de carbono como indicadores, y valora hasta la desaparición del color violeta del cloroformo (Véase método Andrews). Con ésta modificación del indicador, pudo Kolthoff valorar 100 cm³. de una solución de IK cuya concentración era de 10⁻⁵ molar. Con tal precisión y en iguales condiciones pueden ser valoradas soluciones muy diluídas de yodo libre.

VALORACION DEL ARSENICO Y DEL ANTIMONIO TRIVALENTES

El arsénico trivalente, lo mismo que el antimonio de la misma valencia, pueden ser valorados mediante el método Lang con mucha exactitud. Las ecuaciones de las reacciones son las siguientes:



Reactivos:

Son los mismos que se explicaron en la valoración del IK

Modo operatorio:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

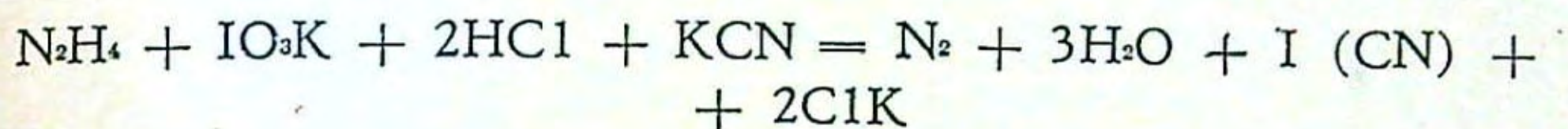
Se verifica siguiendo las indicaciones expuestas al tratar del

(43) Kolthoff; Die Massanalyse, 1928.

IK. El punto final de la reacción, cuando el I libre se transforma en cianuro de yodo incoloro, es sumamente sensible.

VALORACION DE LA HIDRACINA

La hidracina puede ser determinada también, con resultados óptimos, mediante el método Lang:



Reactivos y modo operatorio:

Son los mismos que fueron indicados al tratar de la valoración del IK.

LA FIESTA DE SANTOS PÉREZ

Cuando llegó Sarmiento a Chile, así como hemos llegado tantos, en busca de convivencia humana, huyendo de la convivencia bárbara, gobernaban gentes a las que, en lenguaje de ahora, podría tildarse de "derechistas". Sarmiento abrió su escuela. Y abrió la válvula de su odio redentor. De su pasión. Y poco después un estadista chileno, que tenía alma de americano y de hombre, sin curarse de que el sanjuanino profesaba ideas diversas a las suyas, le brindó su apoyo. Sarmiento, que era un "izquierdista" de su época recibió comprensión de un "derechista" de entonces. El hecho ocurrió en Chile. En un siglo todavía americano.

Sin la comprensión de los chilenos de entonces, y también de los uruguayos y de los peruanos, aunque menos éstos, Argentina y América no habrían podido contar con esa magnífica floración que Ricardo Rojas llama "de los proscritos". Si alguna vez "Jotabeche" indignado calificó de extranjero y famélico a Sarmiento, eso fué producto de pasajero celo literario y no más. Chile estaba por encima de cualquier rencor de campanario. Por eso, Mitre, que llegó a presidente, dirigió un periódico en Valparaíso y se mezcló en política; y Alberdi, que inspiró la Constitución argentina después de Caseros, dijo cuánto se le vino en gana; y López, hijo y padre de egregios, se trabó en pelea literaria con nativos y extranjeros a propósito de romanticismo y poesía; y Gutiérrez, que fué numen pedagógico, no se arredró por contendores del día; y Mármol y Florencio Varela, y Rivera Indarte y cien más pudieron cantar y contar. El Uruguay de entonces prefirió arrostrar las iras de Rosas que negar asilo a los fugitivos y recibió el nombre de "Nueva Troya" por el sitio a que fué sometida. Montt resistió todas las reclamaciones de Rosas contra Sarmiento y sus amigos, y así nació "Facundo", en Chile. Cuando fracasada una insurrección en los Andes, Sarmiento perseguido se refugió en tierra chilena, no hubo gobierno ni mano que le negase entrada. También entonces fracasó Rosas de cualquier manera.

Se ha especulado tendenciosamente sobre la predilección de Montt por Sarmiento, atribuyendo a móviles de politiquería —no de política— internacional lo que siempre fué en el chileno y en el argentino comprensión de veras. Santos Pérez no tuvo alma para más: por eso apejó al facón en Barranca Yaco, contra Facundo; y a la calumnia o al chismorro en todas partes contra Sarmiento.

Sarmiento veía y sentía y vivía en americano. Entonces las patrias chicas estaban indefinidas. Como España acabara de intentar la recaptura de América, aprovechándose de la Guerra de Secesión que neutralizaba a los sucesores de Monroe, los nuevos Estados sintieron renacer los vínculos del 820. Lastarria lo diría muy claramente

en las páginas de "La América" (1867). Sarmiento, viejo ya, refrescaría su americanismo en "Conflictos y armonías". Es lógico que por esa supranacionalización, se viera a veces en Sarmiento a un "internacionalista" como todavía dicen Panurgo y sus interesados seguidores. En América ello es todavía una forma de ser nacionalista a fondo y para siempre.

No dirán, claro está, cosas así en las ceremonias en honor a Sarmiento. Los que clausuran universidades y escuelas comulgarán en el altar del autor de "Dominguito", y los que tienen oculto, tras la espalda, el puñal de Santos Pérez. Esta es la fiesta de Santos Pérez en recuerdo de Sarmiento que lo perennizó, queriendo perpetuar a Facundo. Los evangelistas inmortalizaron, a contrapelo, a Judas, sin pretenderlo, por cierto.

Pero está bien que a los cincuenta años le toque el turno a Santos Pérez. Ya vendrá el día de Facundo, bárbaro, pero americano, como Sarmiento, enamorado de Estados Unidos y de Europa, y, sin embargo, más gaucho que Martín Fierro y muchísimo más que don Segundo...

Hay mucho que decir sobre Sarmiento. Vale más la pena, por eso mismo dejarle la palabra a él. Verlo cómo curvado sobre su esperanza de redimir la Argentina de entonces, dió ejemplo de eso que a tantos asombra ahora: de una cultura cabalgante, de una cultura que "hace" para merecer respeto. En su estilo acelerado, tumultuoso, pero inconfundible, expresivo y viril, dejó páginas imperecederas. Acaso por lo que me tocan, tenga en la memoria grabada una de ellas. Es de "Facundo". Y dice: "Desde Chile, nosotros nada podemos dar a los que perseveran en la lucha bajo todos los rigores de las privaciones, y con la cuchilla exterminadora que como la espada de Dámocles pende a todas horas sobre sus cabezas. ¡Nada! excepto ideas, excepto consuelos, excepto estímulos, arma ninguna nos es dado llevar a los combatientes si no es la que la prensa libre de Chile suministra a todos los hombres libres. ¡La prensa! ¡La prensa! he aquí, tirano, el enemigo que sofocaste entre nosotros".

Lo subrayado es de mano de Sarmiento. Hay coincidencias que excusan la emoción. Y hasta que se tolere a Santos Pérez a la vera de don Domingo...

Luis Alberto Sánchez.

(De "La Nueva Democracia" - New York)

SARMIENTO Y ESPAÑA

Sarmiento es el criollo que no puede comprender a España porque la ve demasiado cerca de sí mismo, en su sangre y en su médula. Ve los defectos, no las virtudes de la raza. Traslada el escenario de Amé-

rica a España y culpa a la madre de los defectos de la hija. No la trata como madre, sino como madrastra.

España para Sarmiento es la España de los Felipes, la feudal y de los monumentos históricos, le interesa el Escorial, como símbolo de opresión y feudalismo.

Le molestan los caminos de España, la falta de unidad política, de sistemas modernos de educación. Medita como un viajero francés que recorre la *barbare Espagne*. Es en su pensamiento un europeo más que un americano. Pasa un poco superficialmente sobre la literatura española de la época. Le interesan los artículos de Larra, probablemente por la parte negativa de ellos —en lo que demuestra su buen gusto y acierto, pero alaba a Espronceda, como el mejor de los poetas, en lo que no acierta sino a medias.

Sarmiento tiene la inquina contra España. No lo puede remediar, la lleva en la sangre. Es cierto que el resquemor está cercano, que apenas estos pueblos han salido de la cáscara colonial; que España fué egoísta y olvidó al criollo. Pero cuando la emprende contra la ortografía en una reforma que preconiza, en su memoria leída en la Universidad de Santiago de Chile el 17 de octubre de 1843, aprovecha la ocasión para emprenderla contra España. La considera peor que América, literariamente pobre. Sarmiento no se detuvo a gustar la pureza idiomática de Lope, de Garcilaso o de la novela picaresca, eligió probablemente para blanco de su crítica a algún escritor adocenado o algún afrancesado del siglo XVIII, sin percatarse que de esa manera pensaba más bien como un afrancesado, que como hijo idiomático de la raza.

Sus ataques contra España provocaron la indignación de sus propios amigos como don Rafael de Menvielle, que se pregunta por qué Sarmiento no se llama Sarmantier...

Sarmiento no supo gustar del sabor popular de Lope, si no no hubiese exigido la democratización del idioma castellano. Ante el purismo clasicista de Bello se explica en parte la reacción de Sarmiento; pero en materia como ésta una y otra exageración son malas. El afán iconoclasta del hombre que se forma fuera de la disciplina de la cultura, lo lleva a Sarmiento a incurrir en exageraciones y pedanterías de mal gusto.

¿Una reforma ortográfica? Pero ¿para qué sirve una reforma ortográfica? Cualquier profesor pedante se cree con derecho a reformar la ortografía. Sarmiento invocaba las razones de orden político y educacional, la necesidad de simplificar las reglas de la ortografía para hacer más accesible el idioma para el pueblo, en países, que, como decía Sarmiento, ignoran la lectura y la escritura. Pero el caso es que nuestro idioma no ofrece las dificultades de pronunciación de algunos extranjeros. La inutilidad de su reforma explica su propio

fracaso. Nadie ha seguido las normas americanas de la reforma de Sarmiento, a excepción de los chilenos, que la adoptaron por la autoridad de Bello.

Tal vez Sarmiento tuvo la intuición de un idioma de los americanos, pero ésta es cuestión compleja de por sí como para tratarla en otro artículo.

El antiespañolismo de Sarmiento tiene su explicación en sus más hondas raíces españolas. ¿Quién que es español no es antiespañol alguna vez en su vida? Defecto de la raza y de la índole díscola del criollo, y Sarmiento, un criollo con alardes de europeo y de americano del norte, que quiere imponer de rondón la cultura europea, el uniforme europeo en un ejército de gauchos, el lujo presidencial, la distancia respetuosa de la jerarquía en un medio semi-bárbaro, empieza por desconocer el origen de nuestra estirpe.

Sin mirar hacia España no podemos corregir nuestros defectos, de ella provienen, como de nuestra doble esencia española-americana saldrán nuestras futuras maneras de ser, nunca de la imitación europea.

Ildefonso Pereda Valdés.

(De "Repertorio Americano" - San José de Costa Rica)

UNA IMPORTANTE CONTRIBUCION A LA BIBLIOTECA DEL COLEGIO

Según es público, recientemente el Gobierno francés ha hecho una donación muy considerable, en libros, a numerosas instituciones culturales argentinas, públicas y privadas. El Colegio ha participado de este beneficio, viendo así aumentada su biblioteca con las obras cuyo detalle damos más abajo. Cumple señalar la generosidad de tal iniciativa, destinada a contribuir eficazmente a la difusión de la cultura francesa en nuestro país.

Las obras recibidas son las siguientes:

Raoul d'Harcourt. — Les civilisations disparues (L'Amérique avant Colomb).

René Worms. — La sociologie — sa nature, son contenu, ses attaches.

Henri Brémond. — Autour de l'humanisme.

Pierre Janet. — Les Névroses.

Pasteur Vallery-Radot. — Les grands problèmes de la médecine contemporaine.

Pierre Janet. — L'intelligence avant le langage.

Pierre Janet. — Les débuts de l'intelligence.

Émile Boutroux. — La philosophie de Kant.

Victor Brochard. — Les Sceptiques Grecs.

- Victor Brochard.** — Études de philosophie ancienne et de philosophie moderne.
- Henri Bergson.** — Essai sur les données immédiates de la conscience.
- Georges Dumas.** — Nouveau traité de psychologie (4 tomos).
- Joséph Déchelette.** — Manuel d'archéologie préhistorique celtique et gallo-romaine (4 tomos).
- André Lalande.** — Vocabulaire technique et critique de la philosophie (3 tomos).
- Émile Boutroux.** — De l'idée de loi naturelle dans la science et la philosophie contemporaines.
- Émile Boutroux.** — Études d'histoire de la philosophie allemande.
- Émile Boutroux.** — La nature et l'esprit.
- Lucien Lebre - Émile Tonnelat - Marcel Mauss - Alfredo Niceforo - Louis Weber.** — Civilisation.— Le mot et l'idée.
- C. Bouglé - M. Déat.** — Le guide de l'étudiant en Sociologie.
- Maurice Delafosse.** — L'âme nègre.
- Gaston Bachelard.** — Le nouvel esprit scientifique.
- Jacques Maritain.** — Trois Réformateurs.—Luther, Descartes, Rousseau.
- Émile Bréhier.** — Histoire de la philosophie (3 tomos).
- Émile Meyerson.** — Du cheminement de la Pensée (3 tomos).
- Émile Meyerson.** — Identité et réalité.
- Maurice Blondel.** — L'être et les êtres.
- Maurice Blondel.** — La pensée (2 tomos).
- C. Blondel.** — Psychologie collective.
- Émile Meyerson.** — La déduction relativiste.
- Émile Meyerson.** — De l'explication dans les sciences.
- Alain.**—Propos de Littérature.
- „ —Idées.—Platon, Descartes, Hegel.
- „ —Histoire de mes pensées.
- „ —Les idées et les âges (2 tomos).
- „ —Propos sur l'éducation.
- Émile Durkheim.** — Les règles de la méthode sociologique.
- Jean Baruzi.** — Problèmes d'histoire des religions.
- Ch. Lalo.** — L'Art et la vie sociale.
- Daniel Mornet.** — Histoire de la clarté française.
- René Verneau.** — Les origines de l'humanité.
- H. Vallon.** — Les origines du caractère chez l'enfant.

- André Lalande. — Les théories de l'induction et l'expérimentation.
- Émile Bréhier. — La philosophie de Plotin.
- Paul Descamps. — La sociologie expérimentale.
- Victor Brochard. — De l'erreur.
- Léon Brunschvicg. — De la connaissance de soi.
- Lucien Lévy-Bruhl. — L'âme primitive.
- Lucien Lévy-Bruhl. — Le surnaturel et la nature dans la mentalité primitive.
- Lucien Lévy-Bruhl. — Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures.
- Léon Brunschvicg. — La modalité du jugement.
- „ „ — Introduction a la vie de l'esprit.
- „ „ — L'idéalisme contemporain
- Pierre Janet. — La force et la faiblesse psychologiques.
- Louis Baudin. — L'Empire socialiste des Inka.
- Pierre Janet. — L'amour et la haine.
- „ „ — L'évolution de la Mémoire et de la notion du temps.
- „ „ — L'évolution psychologique de la personnalité.
- „ „ — De l'angoisse à l'extase. — Un délire religieux. — La croyance. — Les sentiments fondamentaux (2 tomos).
- „ „ — Les médications psychologiques.
- Auguste Comte. — Cours de philosophie positive (6 tomos).
- Jean Piaget. — Le langage et la pensée chez l'enfant.
- „ „ — La causalité physique chez l'enfant.
- Henri Delacroix. — Les grandes formes de la vie mentale
- „ „ — La religion et la foi.
- „ „ — Psychologie de l'art.
- Henri Bergson. — Le Rire. — Essai sur la signification du comique.
- Pierre Janet. — L'Automatisme Psychologique.
- Henri Bergson. — Les deux sources de la morale et de la religion.
- „ „ — L'évolution créatrice.
- „ „ — La Pensée et le mouvant.
- „ „ — L'énergie spirituelle.

DONACIONES

Dos generosas donaciones han sido hechas al Colegio: una, del Dr. Enrique Navarro Viola, por \$ 4071.68 para cancelación de nuestro déficit el año anterior, repitiendo, así, su apoyo lleno de simpatía de otros años. La otra es de un nuevo amigo del Colegio, don Se-

gismundo Edelstein, que ha contribuido con \$ 1008.—, permitiéndonos, así, afrontar los gastos de los meses de verano en que la paralización de las actividades culturales del Colegio impide, a la vez reunir los fondos necesarios para su sostenimiento.

Las dos donaciones son un ejemplo para quienes, en condiciones de apoyar la institución económicamente, retardan su ayuda, que esperamos se cumpla.

LAS REVISTAS

NOSOTROS.—En su número 33, correspondiente a diciembre pasado, Roberto F. Giusti comenta una traducción italiana del Poema del Cid y Francisco Romero, *Fermentario*, el último libro de Vaz Ferreira. La entrega comprende también una expresiva nota sobre nuestro número especial dedicado a Ponce. En el número 34 hemos leído dos trabajos sobre el portorriqueño Hostos, que suscriben Luis Galdanes y Arturo Mejía Nieto. También nos entera de que este colega tiene el honor de no ser admitido por la censura de Italia.

SUR.—El número 52, de enero, trae una conmovida nota de Augusto José Durelli —Tres pueblos mártires—, que ratifica la excelente posición de este escritor católico ante los problemas del antisemitismo y las guerras de China y España.

ARGUMENTOS.—Esta reciente y lozana publicación incluye en su número 4 un trabajo sobre “el grupo Bunge y Born en la economía nacional”, que firma Roque Paz, sólidamente documentado y de sumo interés. Anotamos también un artículo de Paulino González Alberdi sobre perspectivas de la política internacional y un estudio de “La energía hidro-eléctrica en la Argentina”, bajo la responsabilidad de León Barsky.

LOS LIBROS

KANT EN CASTELLANO (1).—Tenemos ahora una nueva y vieja edición de Kant en castellano, publicada aquí, en la Argentina, en Buenos Aires. Vieja porque se trata de una edición que vio originalmente la luz hace más de 50 años; nueva porque de ella acaba de darnos una reedición la Biblioteca Filosófica que dirige Francisco Romero. La reim-

(1) Crítica de la razón pura (Estética trascendental y analítica trascendental) Trad. de José del Perojo. Nota preliminar de Francisco Romero. Editorial Losada.

presión de un clásico de la filosofía es un acontecimiento extraordinario entre nosotros porque vivimos en pavorosa indigencia espiritual en lo que se refiere a la bibliografía clásica. No sólo en filosofía, sino también —lo que casi es peor— en literatura, carecemos de buenas versiones. De la literatura y de la filosofía griegas, por ejemplo, hay escasas traducciones aceptables. Parece aún remoto el día en que dispongamos de volúmenes como los que el inglés vulgar o el alemán de la calle pueden adquirir fácilmente. Y estamos aún muy alejados de las magníficas ediciones clásicas teubnerianas, de las antiguas pero lozanas traducciones inglesas de Homero y de Platón, e igualmente distantes de las bifrontes de *Belles Lettres* o de las muy importantes traducciones filosóficas que inspiraron en Italia Croce y Gentile. Cualquiera país culto de Europa aventaja a los de habla española en traducciones de los clásicos de la Antigüedad. Y si nos ceñimos a la literatura filosófica de la Edad Moderna no somos más afortunados. No es que en España o en América haya faltado interés por la filosofía. Hace ya sesenta años José del Perojo publicó la primera versión directa de la *Crítica kantiana* —cuya reedición comentamos—, pero en esa oportunidad no se reparó debidamente en ella: el campo filosófico español estaba atraído por otros intereses, dividido entre krausistas y escolásticos. En el presente siglo hubo esfuerzos más notables y constantes que permitieron publicar un cierto número de obras clásicas de la filosofía moderna. Con todo, faltaba un esfuerzo continuado; quizá por falta de colaboradores competentes o de capitales generosos. La acción más pujante se debió, sin duda, a la *Revista de Occidente*, la cual, pese a su gran importancia, tenía la limitación de presentar, casi con exclusividad, autores alemanes contemporáneos. Y la filosofía no es sólo —aunque sí en buena parte— alemana; ni toda la filosofía —ni siquiera una buena parte— es contemporánea. Pero la *Revista de Occidente* y la producción filosófica española son hoy cosas del pretérito. El acero de España es más apreciado para la construcción de armas automáticas que para la de rotativas; el plomo, más codiciado para las balas que para fundir tipos de imprenta. Las editoriales filosóficas españolas, por tanto, dejaron de funcionar. Hoy, como consecuencia de la misma guerra, han surgido en Buenos Aires varias casas editoras que dedican secciones exclusivas para libros de filosofía. Así, la presente publicación de la más célebre de las *Críticas* es una hebra que nos conduce rectamente a la urdimbre del interés general. Porque no es insignificante esta preocupación argentina por el menester filosófico. Todo lo contrario: es muy significativa. Es un indicio y una pista. La filosofía implica siempre conciencia, y aquí conciencia histórica, que es como decir que un pueblo ha superado los juveniles impulsivos entusiasmos, que ha llegado a su mayoría de edad, que se ve a sí mismo, que vive el sentimiento de la responsabilidad, que reconoce sus limitaciones y

entra realmente a hacer la Historia con una cultura propia que lo haga libre de veras. La vida gira siempre sobre el gozne ético. Su libre juego es la dignidad. Este debe ser el inmediato y último ideal de toda acción. Y hacia él apunta toda auténtica filosofía —aunque una concepción estrecha pueda creer que la preocupación teórica es ajena a la moral— porque la actividad teórica no es más que dar una forma determinada a la pura virtualidad de la vida.

Esta edición —cuyo aspecto no desmerece el contenido espiritual impreso— se enriquece, además, con dos estudios de Kuno Fischer. En el primero —*Vida de Kant*—, cuenta Fischer con una nimiedad indiscreta algunas curiosas circunstancias íntimas del filósofo, como, por ejemplo, su celibato y el orden económico de su vida. Muy interesante, por otros motivos, es el segundo estudio —*Historia de los Orígenes de la Filosofía Crítica*— donde Fischer revisa las articulaciones esenciales del pensamiento moderno y muestra el pasaje del período dogmático a la etapa peculiarmente kantiana.

Si algo hemos de lamentar en este volumen es que no podamos leer íntegramente la *Crítica de la Razón Pura*. En efecto, tal como la dejó Perojo en su traducción, sólo comprende la *Estética* y la *Analítica Trascendental*; falta la importante tercera y última parte: la *Dialéctica Trascendental* que da la clave de las investigaciones anteriores. En una nota de esta edición dice Francisco Romero: "Ha pasado más de medio siglo y todavía no podemos leer la *Crítica* en nuestra lengua, completa y en traducción veraz. Que el ejemplo del ilustre cubano incite a otro hombre de América a darnos la versión íntegra y depurada —como los tiempos permiten y exigen— del libro inmortal".

Juan Adolfo Vázquez.

COLABORADORES DE ESTE NUMERO

JOSE P. BARREIRO. — Nació en Buenos Aires en 1900. Se formó en la amistad de José Ingenieros. En 1920 fundó y dirigió la revista *Claridad*. En 1921 fué secretario de redacción de la revista *La Hora*, que dirigía Augusto Bunge. De 1923 a 1928 ocupó altos cargos públicos en el gobierno de San Juan. En el diario "*Crítica*", al que está vinculado desde hace veinte años, ha ejercido la secretaría y la jefatura de redacción. Actualmente, es su primer editorialista. Tiene dos libros en preparación: *La Superstición y el Realismo en la Política Argentina* y una biografía novelada de Sarmiento, que se titulará: *Sarmiento, el Ambicioso*.

LUIS REISSIG. — Nació en Buenos Aires en 1897. Su producción literaria, de crítica y ensayos ha sido publicada en "*La Nación*" y las revistas "*Nosotros*" y "*Cursos y Conferencias*". Dos libros lleva

escritos: "La Campaña del General Bulele" (1928), de crítica social, y un estudio sobre "Anatole France" (1931). Ha sido uno de los fundadores del Colegio Libre de Estudios Superiores, formando parte de su actual directorio.

EUGENIO PUCCIARELLI. — Doctor en Medicina de la Universidad de Buenos Aires (1932) y Doctor en filosofía de la Facultad de Humanidades de La Plata (1935); en ésta misma ciudad dictó cursos de Introducción a la filosofía, en el Colegio Nacional, y de Lectura y comentario de textos filosóficos y Psicología, en la Facultad de Humanidades; en Buenos Aires disertó en la Sociedad Kantiana sobre "La verdad en Descartes" y en el Colegio Libre de Estudios Superiores sobre "Aspectos de la filosofía de Descartes" (1937) y obtuvo por concurso una cátedra en la sección filosofía del Instituto Nacional del Profesorado secundario; en Tucumán fué llamado a desempeñar las cátedras de Introducción a la filosofía, Psicología y Gnoseología y metafísica, que quedaron vacantes a raíz de la renuncia del doctor Manuel García Morente. Desde 1934 es Secretario del Centro de Estudios filosóficos, en cuyos cuadernos ha editado las siguientes monografías: *La causalidad en Descartes* (1934), *Las ideas innatas en Descartes*, *La psicología de Descartes* (1935), *Introducción a la filosofía de Dilthey*, *La psicología de la estructura* (1936), *La psicología de Dilthey* (1937). Ha publicado, además, en "Cursos y Conferencias": *Alejandro Korn, maestro de saber y de virtud* (1937); en "Humanidades": *La comprensión en Dilthey* (1939); en "Universidad Bolivariana" de Medellín, Colombia: *Kant y el problema de la filosofía* (1938) y en "La Gaceta" de Tucumán: *¿Qué es filosofía?, Filosofía y religión; Arte, ciencia y filosofía; Simmel, Husserl y Dilthey* (1937), *Aristóteles y el problema de la filosofía, Hegel y el problema de la filosofía* (1938). Ha colaborado con Francisco Romero en la redacción de un texto de *Lógica* (Espasa-Calpe, 1938).

JORGE ROMERO BREST. — Nacido en Buenos Aires en 1905. Maestro y abogado, profesión ésta que no ejerce actualmente. Preocupado especialmente por los problemas estéticos y la Historia del arte. Fué fundador y miembro de la primera comisión directiva del "Cine Club de Buenos Aires", secretario del Instituto de Pedagogía y director de la Revista de Pedagogía. Participó en la fundación de la revista "Clave de sol". Ha dictado cursos libres en el Instituto de Pedagogía: "Sobre la posibilidad de la educación estética", y en la Universidad Popular Alejandro Korn: "Sobre la estimación del arte" y varias conferencias en el Cine Club, en el Colegio de Pedagogía, en el Instituto Nacional de Educación física, en la Sociedad Diapasón, en la Sociedad de Artistas Plásticos. Ha publicado: *El problema del arte y del artista contemporáneo* (1937). Colabora o ha colaborado en

"Sur", "Nosotros", "Clave de Sol", Revista de la Educación física, Revista de Pedagogía, Revista del Profesorado. Ha hecho dos viajes de estudio a Europa (1934 y 1938).

FELIPE COSSIO DEL POMAR. — En nuestra entrega anterior involuntariamente omitimos la nota relativa a este pintor y crítico de arte peruano. Ha militado en su país en el aprismo y los vaivenes de la política le han llevado a México, donde actualmente reside y dirige un Instituto de Cultura artística en San Miguel Allende. Ha publicado entre otros libros: *Pintura Colonial (Escuela cusqueña)* y *Arte y vida de Pablo Gauguin* (1930). Ha colaborado anteriormente en "Cursos y Conferencias" (Véanse los tomos III, IV y VI).

De **ROBERTO F. GIUSTI, HANS LINDEMANN, ADOLFO DORFMAN** y **MAX AWSCHALOM**, nos hemos ocupado precedentemente en los números 3-4; 5-6, 1-2 y 5-6, respectivamente, del año VII.